AJ RAVEN



SONRISA TRISTE

Sonrisa Triste

Sonrisa Triste
©AJ Raven.
Diseño de portada: Imagine Desings
Corrección y Edición: Miguel Greco
A.J Raven | Facebook
A.J Raven (@AJRaven2) / Twitter
Visita mi web:
AJRaven

©Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio sea electrónico; mecánico, fotocopia, grabación ni otros medios sin el consentimiento previo y escritor del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual. (Art 270 y siguientes del código penal)

Querido lector/a, estás a punto de entrar en las páginas de la primera novela de Virginia Otero. Me gustaría decirte que la historia y los personajes que aparecen, son totalmente inventados. La novela está escrita para entretener y que disfrutes de ella.
Espero que te guste.

Sobre el autor

AJ Raven (1986) es un autor y guionista nacido en Madrid. Es el autor del Betseller *Llueve sangre sobre el asfalto*, y la serie de *Andrés Hurtado*, la serie **MÁS NEGRA DE AMAZON**. También tiene varios relatos y obras de teatro. Todo relacionado con el género criminal. Sus novelas son consideradas por los lectores como «duras» y realistas. Algunos lectores han opinado acerca de sus obras:

Recomendable sin lugar a dudas. Policía a la antigua, sin pelos en la lengua y sin abusar de lo políticamente correcto que se estila ahora. Trama interesante y deseando el desenlace. Me gusta su narrativa y sobre el personaje principal, voy por el segundo a ver qué tal

Sin duda una trama que desde el principio engancha y con final inesperado

Un relato desenfadado, interesante y con un fondo de justicia de una forma diferente a la que se espera. No había leído nada de este autor, pero leeré otras suyas. La recomiendo.

Contenido

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20

1

Los ojos de aquel niño se llenaron de un terror espeso, casi animal. Nunca había escuchado un disparo. No uno real. No tan cerca. Tampoco había visto un cuerpo sin vida, aunque ahora entendía que un muerto no es como en las películas. Un muerto de verdad huele, pesa, y tiñe el suelo con un rojo que parece no acabarse nunca.

Y ese muerto, ese bulto que aún sangraba frente a él, era su padre.

Eran las ocho de la mañana de un lunes veintidós de marzo. El frío mordía y la lluvia apuñalaba los paraguas que se abrían como escudos en la acera. En el interior de la portería, el niño sujetaba la mochila con ambas manos, aun con los cordones mal atados, y las legañas en los ojos. Su padre fregaba el suelo. Olía a lejía y humedad vieja.

Entonces entró un hombre. Sin prisa. Ropa oscura. Mojado. La cara de alguien que ya no espera nada de nadie. El niño lo recordaría después con dos palabras: hombre triste.

Lo vio cruzar el umbral, meterse una mano en la chaqueta y sacar el arma como si sacara las llaves de casa. Ni siquiera gritó. Solo señaló con el cañón a su padre y le ordenó que se arrodillara.

El portero soltó el mocho. Las rodillas le fallaron antes de tocar el suelo. Se arrodilló sin fuerza, con el rostro empapado y no por la lluvia, sino de miedo. Alzó las manos y empezó a suplicar. Por su vida. Pero sobre todo, por la del niño. Que no sabía nada, que no tenía culpa, que solo era un crío. El hombre triste no le respondió. Ni una palabra. Solo lo miraba con ojos de piedra mojada.

Apuntó a la cabeza y disparó.

El cuerpo del padre cayó como un saco de arena. Sonó seco, como un muñeco que se desploma sin alma. La sangre empezó a extenderse como un charco impúdico, abrazando los bordes del cubo de agua sucia.

El niño no lloró. No gritó. No se movió.

Entonces el hombre triste lo miró. Lo miró de verdad. Le sostuvo la mirada como si buscara algo. ¿Un reflejo? ¿Una condena? El niño, con las piernas clavadas al suelo, le devolvió la mirada como quien no entiende el mundo pero lo acepta. El asesino esbozó una sonrisa breve, triste, casi humana. Como si pidiera perdón.

Y después apoyó el cañón en la frente del niño.

El metal quemaba. No por el fuego, sino por el infierno que llevaba dentro.

—Cierra los ojos —dijo el hombre.

El niño obedeció. El mundo se volvió silencio. Ni lluvia, ni tráfico, ni nada. Solo ese instante suspendido, ese segundo que no pasaba. El hierro seguía ahí, humeando sobre su piel. Su padre seguía en el suelo, la sangre seguía escurriéndose. El miedo no dolía. No aún. Era otra cosa. Una grieta nueva que no se cerraría nunca.

Y así se quedó, en silencio, esperando que el mundo terminara.

O que no lo hiciera

2

A las nueve y media, sonó el teléfono. Virginia acababa de cerrar la puerta de casa, aún con el eco del colegio resonando en la cabeza. La voz de su jefe era grave, cortante, sin rodeos: habían encontrado algo en el número diecinueve de la calle Segovia, barrio de Palacio. Un portal cualquiera, hasta esa mañana. Se dio una ducha rápida, tragó el café de un sorbo y marcó el número de su compañera.

Algo olía a sangre.

—¿Te ha llamado el jefe?

—Sí, estoy llegando a tu casa, en cinco minutos estoy en tu portal.

Cogió las llaves, cerró la puerta y bajó al portal. Esperó bajo la lluvia, resguardada por la marquesina de un bar cerrado. Vestía de oscuro, como siempre: pantalones negros ceñidos, camisa blanca con el primer botón abierto y un abrigo largo que ocultaba la pistola. El pelo, liso y oscuro, recogido en una coleta baja. Los ojos, afilados como cuchillas. Nadie diría que era policía. Ni que había compartido más madrugadas con muertos que con amantes. Cuando Miri dobló la esquina, subió al coche sin decir palabra, y se dirigieron a la escena del crimen. Afuera llovía. Dentro, el caso ya pesaba.

La calle Segovia era gris. Como tantas otras. Con persianas medio rotas, buzones oxidados y vecinos que o gritaban demasiado o llevaban años sin emitir un solo sonido. Nadie saludaba. Nadie se conocía. Y si alguien caía muerto en mitad de la acera, la mitad miraba hacia otro lado y la otra pensaba que era normal.

El portal estaba a quinientos metros del viaducto. Un monstruo de hormigón que no salía en postales, pero todos sabían por qué estaba ahí. No por su arquitectura, sino por lo que arrastraba. Los que subían solos, sin nombre, con los bolsillos vacíos y la vida hecha jirones. Se tiraban. Veinte metros de caída y se acababa todo. Sin testigos. Sin ruido. Solo el golpe seco. El salto más sincero de todos.

Cuando caía la noche, a la sombra del viaducto, entre las inmensas bóvedas de piedra, distintos grupos étnicos se reunían para darse caza. El que quedaba en pie regresaba a casa con un trofeo en la mano. Y el trofeo era, literalmente, eso: la mano de su rival.

Hacía menos de un mes, un hombre apodado *Cabeza de Perro* —un tipo despiadado, capaz de arrancar la piel a tiras antes de martirizar a sus víctimas— asesinó a un compañero de banda. El motivo: el otro planeaba fugarse con su novia embarazada y dejar atrás aquel mundo de plomo que siempre buscaba un pecho donde alojarse.

A él le quitó la vida de la forma que en la calle se conoce como la *corbata colombiana*: con un cuchillo le rajó el cuello y le sacó la lengua por la abertura.

Ella tuvo más suerte —si es que puede llamarse suerte seguir viva—, aunque en su cabeza anidaba una locura que ningún psiquiatra pudo arrancar. Acabó sus días como *reclusa* en la clínica de salud mental López Ibor.

El tráfico en Madrid se volvía una trampa con tan solo caer cuatro gotas. Pasadas las diez, por fin llegaron. Los paraguas seguían inundando las aceras y el rugido de los coches sobre el asfalto mojado mantenía a los vecinos a raya. Los que podían, se refugiaban en los bares buscando calor en una taza y algo de consuelo antes de encarar la jornada.

Aparcaron en doble fila, justo frente al portal. Virginia abrió el paraguas. Miri se metió debajo sin decir palabra. No hacía falta. Con los gestos y las miradas se entendían mejor que muchos con frases enteras.

Esperaron a que el muñeco se pusiera en verde y cruzaron. El viento les golpeaba de frente, con la furia de quien ha perdido algo más que un partido. La lluvia no caía: arañaba. Cada paso era un pulso contra el asfalto mojado, contra el frío, contra la ciudad entera. Contra ellas mismas.

Caminaron en silencio, con las manos en los bolsillos y los dientes apretados. Afuera llovía. Pero lo más turbio no venía del cielo.

El portal estaba acordonado. La cinta policial cortaba un tramo de acera, pero no hacía falta. Con ese cielo gris plomo, la lluvia constante y los vecinos más curtidos que asustados, no había muchos ojos fisgando.

Las patrullas tenían el carril cortado, y un municipal con cara de lunes regulaba el tráfico atrapado en un embotellamiento que se alargaba desde el Paseo Virgen del Puerto hasta la calle Segovia.

Entraron sin hacer ruido. Saludaron con un leve gesto a los compañeros que custodiaban el portal. Nadie habló. Para las inspectoras, el único que tenía que «hablar» era el cuerpo que yacía en el suelo.

Dentro hacía frío. No el del clima, sino ese otro, denso, que se queda en los huesos. Frío de portal. De paredes viejas que sudan humedad.

El suelo de mármol brillaba tanto que, no podía verse reflejado, distorsionado, como si caminara sobre un espejo roto. Helado.

Las paredes, color crema, estaban decoradas con cuadros anodinos y lámparas que intentaban dar algo de calidez, sin éxito. A la derecha del ascensor y de las escaleras, la escena del crimen.

La portería no era más grande que cualquier habitación de un piso corriente. Estaba dividida en tres zonas: un baño diminuto con ducha, una cocina con una nevera pequeña y un hornillo, y un salón que también hacía de dormitorio.

En el salón, apenas lo justo: un armario, un mueble que aguantaba el peso de un televisor antiguo y una mesa con restos de desayuno —un vaso con café, un tazón de leche y galletas a medio comer. Contra la pared, un somier de hierro con un viejo colchón de muelles hacía las veces de sofá.

La víctima yacía en el salón, junto a la mesa. Estaba boca arriba, con los zapatos puestos, el pantalón azul del uniforme y una camisa blanca desabotonada. Además del disparo, le habían cortado la lengua.

Sin embargo, lo que más llamó la atención de las inspectoras fue lo que tenía dibujado en el pecho: ocupando todo el tórax, el

asesino le había pintado con sangre un círculo, dos puntos a modo de ojos y una sonrisa de payaso triste.

Ambas inspectoras saludaron con otro gesto de indiferencia a los compañeros que trabajaban en la escena. Se pusieron los guantes y, sin perder tiempo, Virginia se acercó a Francisco Zahorí, el técnico forense.

—Buenos días, Fran. ¿Quién es?

—Hafid Lalá —respondió el técnico, sin rodeos, tendiéndole una billetera—. Estaba sobre la mesa.

Virginia la abrió sin decir nada. Lo de siempre: tarjeta de crédito, Seguridad Social, DNI. Dos fotos tamaño carné. Una mujer que sonreía sin saber lo que venía, y otro de un crío que por desgracia vio lo que nunca tuvo que ver.

En el hueco de los billetes, solo uno. Cincuenta euros. Planchado. Solitario. Como si esperara algo que nunca llegó.

Virginia sacó el DNI y lo leyó en voz alta:

—Treinta y cinco años. Marroquí.

Miró a su alrededor.

—La casa está ordenada. La cartera, encima de la mesa, ¿no?

—Sí —asintió el técnico—. Así la encontramos.

—¿La puerta?

—Abierta. Sin forzar.

—Si sumamos eso a que no se llevaron el dinero… —hizo una pausa—. No fue un robo.

Miri observó el cadáver.

—¿Hora y causa de la muerte? —preguntó sin rodeos.—Parece reciente. Muy reciente.

—Un disparo —dijo el forense, sin levantar la voz—. Según el crío, sonó a las ocho y cuarto.—Miró el cuerpo como quien ya ha visto demasiados —Por la temperatura, el rigor… encaja. Entre las ocho y las nueve —Hizo una pausa— Solo uno. Limpio. A quemarropa.

—¿Y ningún vecino oyó el disparo? —preguntó Virginia, agachada junto al cadáver.

—No. Lo hizo a través del cojín del sofá. —El técnico señaló el cuerpo—. Hay fibras en la herida—Le mostró el cojín —Esto es lo

que queda.

—Un silenciador casero. Eficaz.

Virginia se quitó los guantes y se incorporó despacio, estirando la espalda como quien lleva encima más peso del que le toca. Un peso que no había pedido. El de un mundo podrido que a veces se le pegaba al alma como el barro a las suelas. Un mundo que ella no se merecía.

—Sabía que era hora punta —murmuró—. El disparo se escucharía: gente saliendo a trabajar, niños corriendo al colegio…

—Por eso usó el cojín —intervino el forense—. El proyectil entró por el parietal y salió por el ojo derecho. Terminó en la pared.

Señaló el punto de impacto, seco.

—El pelo evitó el collarete de limpieza. El orificio es más grande. Hay pólvora incrustada, no solo en la epidermis, diría que llegó a la dermis. La quemadura es amplia. Gases y llama hicieron su parte.

Virginia anotaba cada dato en su mente como si los viera flotar en el aire. Miri lo apuntaba en una libreta.

—Por el ángulo, el asesino estaba detrás. Arrodillado. Cinco metros, a ojo. No hay signos de lucha. Ni piel bajo las uñas. Ningún golpe previo.

El técnico le abrió la boca con cuidado. Lo más macabro se encontraba dentro.

—Y esto. Tiene la lengua cercenada. Se nota la necrosis. Ya estaba muerto cuando lo hizo. El corte es limpio, realizado por una hoja sin dientes, y muy afilada. Con pequeñas muescas al final.

Levantó la mirada.

—No hemos encontrado ni el cuchillo. Ni la lengua.

—Joder…

—¿Habéis registrado las papeleras de la calle? Puede que lo arrojase en alguna de ellas —expresó Miri.

—Los compañeros lo han examinado y nada. Ni rastro.

—¿Y has podido identificar con qué cuchillo lo pudo hacer?

—Estoy en ello.

—¿Y el arma? —preguntó Virginia sin levantar la voz—. ¿Has podido identificarla con el proyectil?

—No —respondió el técnico, girándose—. No hay proyectil.

—¿Cómo que no?

—Seguidme.

Caminaron hasta la pared. Él señaló un punto apenas visible, a la altura de los ojos.

—Este es el impacto. Si os fijáis bien, se ven unas marcas. Muescas finas, de punta metálica. Un cuchillo.

—¿Lo sacó?

—Exacto. El asesino extrajo la bala.

Sacó una pequeña jeringa y un molde transparente.

—Inyectaré gel balístico en el orificio. Una vez solidifique, podremos replicar el canal del proyectil, ver las estrías. Con eso, cruzando otras pruebas balísticas, tal vez podamos dar con el arma.

Virginia asintió despacio.

—Eso era lo que quería. Que no la identificáramos. Lo está poniendo difícil.

Se agachó. Miró con detalle el agujero en la pared.

—¿Y esa mancha roja?

—Recogí una muestra, creo que es sangre de la punta del cuchillo.

—¿Habías visto ese dibujo, inspectora? —inquirió Miri.

Virginia lo miró de nuevo, esta vez con otra mirada. Más dura. Más consciente.

La muerte, pensó, siempre tiene estilo. Pero esta vez tenía algo más. Un mensaje. ¿O no? Tal vez solo fuera sangre.

—Que yo recuerde, no —dijo al fin—. Háblanos de esa carita triste que tiene en el pecho.

—No está dibujada —corrigió el forense—. Está grabada. Con cuchillo.

Lo dijo sin pestañear.

—Trazada en sentido contrario a las agujas del reloj. Profundidad de un centímetro. Corte irregular, pero preciso. No fue rápido. No fue improvisado. Se tomó su tiempo.

—¿Huellas? —preguntó Virginia, sin apartar la vista del cadáver.

—Cinco pares diferentes —respondió el técnico—. Cinco manos.

—¿Dónde?

—Repartidas por el salón. Pero lo interesante está en el pecho. Hay tres tipos de huellas ahí. Una la podemos descartar: por el tamaño, el arco y la curvatura, es de un menor. Lo más probable que del hijo.

—Intentó ayudarlo —murmuró Virginia.

—¿Y las otras? —preguntó Miri, cruzada de brazos.

—Ahí viene lo bueno. ¿Veis los ojos de la carita triste?

—Sí —respondieron casi al unísono.

—Son huellas dactilares. Dos. Ambas de dedos índices de la mano derecha.

—Dos dedos, dos personas. Dos firmas—afirmó Virginia.

—¿Hay un tercero? —inquirió Miri.

—Según las huellas dactilares, sí, sin embargo, lo sabré si me traéis a algún sospechoso para cotejar.

—¿Y dónde está ese tercero? —preguntó Virginia con una voz calmada, casi seca.

El técnico se encogió de hombros.

—Una será de la víctima y otra del asesino —aventuró Miri.

—No —negó él—. Revisé su dedo índice. No tiene restos de sangre. Está limpio.

Virginia frunció el ceño.

—Entonces, dices que tres huellas están en el cuerpo… ¿y las otras dos repartidas por el salón?

—Exacto. Pero una la podemos descartar. También es del niño. Coincide con la del pecho. Mismo arco, misma presión.

Silencio.

—Eso nos deja dos adultos. Y un crío en mitad del infierno —murmuró Virginia.

—Puede que sea de la mujer —alegó Miri.

—Ahora voy con las plantares —dijo el técnico.

—Adelante —asintió Virginia.

—Pasamos luz negra por el salón. Encontramos huellas del número treinta y siete. Coinciden con las zapatillas del niño.

La segunda, un cuarenta y tres. También encaja. El padre.

Y una tercera: cuarenta y dos, con barro seco. Probablemente del parque de enfrente. Poco barro. El tipo se sacudió antes de

entrar. La suela es de una bota Salomon. El dibujo está intacto. Diría que son nuevas. Recién compradas.

—¿Habéis revisado el resto de la casa? —preguntó Miri.

—Si te refieres a si esta es la escena primaria… lo es. No hay huellas plantares del asesino más allá del salón. Nada en pasillo, cocina, baño. Solo de la puerta al cuerpo.

Silencio.

Virginia entrecerró los ojos.

—Un momento… —dijo, pensativa—. Se supone que hay un tercer hombre. ¿Dónde están sus huellas? ¿Entró volando?

Fran se encogió de hombros. Otra vez.

—O entró descalzo —añadió Miri.

—O nunca salió —dijo Virginia—. ¿Y dices qué su hijo estaba presente?

—Sí, lo hizo delante de él.

—¡Qué horror! —exclamó Miri.

—Bastante —sentenció el técnico.

—¿Quién llamó a la policía? —preguntó Virginia.

—El vecino del primero. Ya hablaron con él dos compañeros.

—Entonces ese es el tercero —dijo Virginia, cruzando los brazos —. Bajó a ayudar, tocó el cuerpo.

—Él dice que no. Que no lo tocó en ningún momento.

Virginia apretó los labios. Miri intervino:

—¿Y el niño? ¿Cómo está?

—¿Cómo va a estar? —respondió el técnico, con tono seco—. Vio cómo mataban a su padre. Está en shock.

—¿Ha dicho algo?

—Ni una palabra. Está con los psicólogos.

Virginia echó un vistazo lento al salón. Caminó sin prisa, como si buscara algo sin saber qué. Se detuvo ante un mueble. Varios marcos. Uno con el padre, el niño y una mujer.

—¿La madre?

—Viene de camino.

Desvió la mirada a la mesa. Observó Un vaso de leche y cuatro galletas.

—Parece que estaba preparándole el desayuno al crío cuando lo mataron —dijo Virginia, sin apartar los ojos de la mesa—. Reconstruyamos.

Dio un par de pasos, lenta, como si midiera la escena con el cuerpo.

—El asesino —o asesinos— entra. Lo obliga a arrodillarse. Le dispara. Luego lo gira, le graba la cara en el pecho… y se toma la molestia de sacar el proyectil de la pared. Todo con calma. Con intención.

Hizo una pausa.

—La pregunta es: ¿por qué? ¿Cuál es el motivo? ¿Se conocían?

—¿Racismo? —sugirió Miri.

—No lo creo —negó Virginia, firme—. Un racista te da una paliza y sale corriendo. No pierde tiempo en tallarte un dibujo en el pecho.

Miró la foto del niño.

—Y tampoco deja testigos.

Mientras las inspectoras barajaban hipótesis sobre una tercera persona implicada, a las once y media el portal se llenó de gritos. No eran simples alaridos: eran gritos tan desgarradores que harían llorar al mismísimo diablo.

Una mujer irrumpió en la escena. Vaqueros, abrigo, un hiyab que apenas contenía un cabello negro y brillante. Gritaba y lloraba al mismo tiempo, mezclando frases en árabe que se perdían entre las paredes húmedas del portal.

Virginia y Miri salieron. La vieron de rodillas, golpeando el suelo mojado. Pero no era la lluvia: eran sus lágrimas. Sus ojos, negros, se habían vuelto fuego. Rezaba. Suplicaba. No porque creyera que él seguiría vivo, sino porque necesitaba vaciarse de dolor antes de que llegara lo otro: la soledad.

Junto a ella, un hombre de unos cincuenta años. Chilaba, barba espesa, rostro de piedra. La sujetaba del hombro, murmurando palabras que ella no escuchaba.

Ambas inspectoras caminaron hacia ellos.

—Soy la inspectora jefe Otero —dijo Virginia, con tono sereno—. ¿Son ustedes familiares?

—Salam aleikum —saludó el hombre.

—Aleikum salam —respondió Virginia, con una leve inclinación de cabeza.

—Mi nombre es Shamir Awad. Soy el cuñado de Hafid. Ella es mi hermana, Amina. Nos han dicho que… lo han asesinado.

Virginia asintió, lenta, intentando mantener la calma y no dejarse llevar por los sentimientos.

—Me temo que sí. Lo sentimos mucho.

Hubo un silencio.

—¿Cómo ha sido? —preguntó Shamir.

—Le dispararon —dijo Virginia directa, sin adornos. Sin vueltas.

Amina no hablaba castellano, pero lo entendía. Y lo entendió. Al escuchar la palabra dispararon, gritó. Un grito seco, de esos que no salen de la garganta, sino de las tripas. Gritó y el pasillo se volvió más estrecho, más frío, más insoportable.

Nadie se atrevió a decir nada. El silencio ya lo dijo todo.

—Necesitaríamos que respondieran a unas preguntas —dijo Virginia con voz baja, firme—. No tiene que ser ahora, pero si puede ser pronto, se lo agradeceríamos. El tiempo juega en nuestra contra.

Amina miró a su hermano y le susurró algo en su lengua.

—Mi hermana pregunta si puede ver a su marido —dijo Shamir—. No domina el idioma. Yo haré de intérprete.

—Lo siento —respondió Virginia—. No es posible. Los compañeros siguen trabajando en la escena. Hay que esperar al juez para el levantamiento del cadáver.

Shamir lo tradujo. Y con la negativa, Amina volvió a romperse.

El llanto esta vez no fue un grito: fue un derrumbe.

Su hermano la abrazó. La sostuvo fuerte. Como si sujetarla fuera lo único que podía hacer. Y por un momento, pareció que ese gesto bastaba. Las lágrimas dejaron de caer.

Recobrada a duras penas, Amina volvió a hablar. Otra frase. Otro pedazo de alma empujado fuera del pecho.

—Dice que si puede ver a su hijo —tradujo Shamir.

—Por supuesto —asintió Virginia—. Un compañero los acompañará hasta él.

—Šukran.

—No hay de qué.

Virginia hizo una seña a uno de los agentes. El protocolo siguió su curso mientras el dolor intentaba encontrar reposo. Fue entonces cuando la puerta del portal se abrió con fuerza.

Entró la jueza María Ángeles Montilla, el abrigo aún empapado y una mirada opaca, sin brillo.

—Buenos días a todos. Me han asignado este caso —dijo sin rodeos—. Inspectoras, volvemos a encontrarnos. Contadme.

—Acabamos de estar con la mujer y el cuñado de la víctima —dijo Virginia.

—¿Los mismos con los que me crucé en la entrada? —preguntó la jueza.

—Exacto, señoría.

—¿Habéis hablado con ellos?

—Ella no estaba en condiciones —intervino Miri—. Y no queríamos presionar.

La jueza asintió con un leve gesto, como quien entiende pero no olvida.

—¿Quién dio el aviso?

—El vecino del primero.

—¿Le habéis tomado declaración?

—Todavía no.

—Pues hacedlo. Y por cierto, ¿dónde está vuestro jefe?

—Dijo que tenía una reunión importante —respondió Virginia.

—¿Y hay alguien que pueda ponerme al día?

—El técnico forense.

—Perfecto. Hablaré con él. Vosotras, id a por el vecino.

A las diez en punto subieron las escaleras hasta el primero derecha. Virginia llamó al timbre. Al otro lado, se escucharon pasos lentos. Luego, el sonido del cerrojo al deslizarse. La puerta se abrió.

Un hombre de unos setenta años apareció en el umbral. Vestía un chándal viejo de algún equipo de fútbol. En la cara llevaba la huella del suceso: ojeras profundas, una mirada perdida y la piel estirada, tensa como una cuerda de violín la cual, vibraba con el miedo

No hacía falta ser forense para ver que el tipo todavía no había digerido la escena.

¿Y quién lo habría hecho?

—¿Son ustedes policías?

—Inspectora jefe Otero —dijo Virginia, mostrando la placa—. Y mi compañera, la inspectora Cruz.

—Eduardo Gil. Pasen, por favor. No se queden en la puerta.

Entraron. El vecino les ofreció el sofá.

—¿Quieren agua, café?

—No, gracias. Estamos bien —respondió Virginia—. Usted fue quien llamó, ¿cierto?

—Así es.

—¿Puede contarnos lo que ocurrió?

—Estaba en la cocina, preparando el desayuno y escuchando la radio. Serían las ocho y media, tal vez algo más. Justo cuando terminaba de exprimir el zumo… llamaron al timbre, seguido de golpes fuertes a la puerta A la vez, gritos: ¡Ayuda! ¡Han matado a mi papá!

Respiró hondo. El recuerdo pesaba más que las palabras.

—Abrí corriendo. Me encontré al pequeño Karim. Llorando. Las manos llenas de sangre. Me quedé en blanco… Le pregunté qué pasaba, pero solo repetía: ¡Ayuda a mi papá! Me agarró de la camiseta. Lo seguí. Bajamos a la portería. Y ahí estaba. Hafid. En el suelo.

Lentamente bajó la mirada.

—Entonces llamé a la policía. A ustedes.

—¿No escuchó ningún ruido? —preguntó Virginia.

—No. Tenía la radio puesta. Si hubiera oído algo… ruidos, gritos... habría bajado. O al menos les habría llamado antes. Que al final, es lo que hice.

—¿Y no tocó al cuerpo? —interrogó Miri, directa.

—No. Solo hice la llamada. Nada más.

—Le haremos unas preguntas de rutina —dijo Virginia mientras Miri abría la libreta para tomar notas—. ¿Conocía a su hijo de antemano?

—Naturalmente. Desde que empezó a trabajar aquí hace cinco años. Karim es un buen chico. No muy hablador… pero correcto. Siempre ha sido educado.

—¿Y cómo consiguió el puesto? —preguntó Miri.

—Por una empresa de trabajo temporal. Al principio cubría una suplencia, unos meses. Cuando el portero anterior se jubiló, decidimos quedarnos con Hafid. Funcionaba bien. Puntual y discreto. Encajaba con lo que nosotros queríamos.

—¿Vivían los tres en la portería? —preguntó Virginia.

—No. Hafid sí, entre semana. Los viernes se iba a una casa alquilada con su familia. El espacio de la portería es para una sola persona.

Virginia cruzó los brazos.

—Entonces, ¿qué hacía el niño allí? La madre no estaba. Y el padre estaba preparándole el desayuno.

—A veces se queda con él a dormir —respondió Eduardo—. La madre trabaja mucho. Hay lunes que entra temprano y no le da tiempo a llevar al crío al colegio. A los vecinos no nos molesta. El niño es encantador.

—¿Qué horario tenía Hafid?

—De siete a tres. Y luego de cuatro a ocho.

—¿Y cómo lo definiría?

—Mire… y se lo digo con el corazón en la mano: era una bellísima persona. Y un currante de la hostia. Nunca tuvo un problema. Nadie se quejó de él. Al contrario.

A la señora Antonia, la del quinto, con artrosis, le subía las bolsas, le tiraba la basura…

—¿Algún conflicto?

—Solo uno. Con Felipe, el del cuarto. Pero ese hombre ya estaba mal… Tiene demencia. Un día se cruzó con Hafid, se pensó que era un moro que quería robarle. Intentó agredirle. Hafid no respondió. Muy tranquilo. Esperó a que llegara el hijo, que lo calmó. Después de eso lo ingresaron. Ahora está en una residencia, bien atendido.

Guardó silencio un momento.

—De verdad… es una pena. Por la madre. Y por ese niño. Lo que ha tenido que ver…

—¿Tuvo algún problema con alguien de fuera? —preguntó Virginia.

—No que yo sepa. Ningún vecino ha dicho nada. Inspectoras… era una familia normal. Solo querían salir adelante. Averigüen quién lo hizo.

—Para eso estamos aquí —respondió Virginia, sin afectación.

—¿Sabe a qué se dedica la mujer?

—Me parece que a la limpieza. Pero no me haga mucho caso.

Virginia asintió. Miri anotó.

—Antes de marcharnos… ¿suele quedar el portal abierto? ¿Y la puerta de la portería?

—Sí. Es costumbre. Hafid empezaba temprano: abría el portal, sacaba los cubos… y dejaba la puerta de su cuarto abierta, por si alguien necesitaba algo.

—¿Incluso lloviendo? —dijo Miri, arqueando una ceja—. Entre entradas y salidas, eso se pone hecho una porquería.

—A veces sí. Pero Hafid lo dejaba impoluto. Siempre. Cualquier mancha, la quitaba al momento.

—Gracias por su ayuda, señor Gil.

Miri cerró la libreta.

—A ustedes.

Se despidieron del vecino y bajaron por las escaleras. Apenas unos peldaños, cuando una voz las detuvo.

—¡Esperen! —gritó Eduardo desde arriba.

Ambas se giraron. Miri ya sacaba de nuevo la libreta.

Subieron.

—¿Qué ocurre? —preguntó Virginia.

—Me ha venido a la cabeza algo… puede que tenga importancia, o no.

—Le escuchamos, usted diga, nosotras decidiremos si es importante..

—Fue hará una semana. A eso de las ocho de la tarde. Escuché a Hafid discutiendo con alguien. Estaba en casa, oí los gritos. Salí al descansillo y me asomé por el tragaluz.

—¿Estaban dentro? —preguntó Miri.

—Sí, se escuchaba desde la portería.

—¿Por qué discutían?

—En realidad… no era una discusión. El que más gritaba era el otro. Hafid intentaba calmarlo. Por el tono, yo diría que iba borracho.

—¿Y el motivo?

—Algo de… que se lo había quitado. No sé qué era exactamente.

Cuando pegué un grito —para ver si todo iba bien—, el tipo se marchó.

—¿Podría describirlo?

—¡Puf! No. Todo fue muy rápido. No le vi bien. Solo una sombra que se fue por las escaleras.

—Gracias por la información.

—Siento no haber podido ayudar más.

—No se preocupe —dijo Virginia—. Lo ha hecho muy bien.

3

A mediodía, la lluvia seguía cayendo como si quisiera borrar la ciudad entera. Los limpiaparabrisas arañaban el cristal sin descanso, como uñas sobre un ataúd cerrado. Las alcantarillas vomitaban agua sucia. Las hojas podridas formaban diques miserables que transformaban las calles en cloacas a cielo abierto. El viento no silbaba: rugía. Le daba igual a quién se llevara por delante. Arrancaba ramas, destrozaba paraguas, escupía barro contra los portales como si odiara cada ladrillo.

Un día más en una ciudad que hace tiempo dejó de pedir perdón.

Y si lo pidió, nadie le perdonó.

A las doce y veinte, Virginia recibió la llamada. No hizo falta decir mucho. Shamir Awad, el cuñado, hablaba con la voz de alguien que no lo había asimilado. Había conseguido que Amina hablara. No mucho, pero lo justo. Virginia les citó en jefatura para dentro de una hora.

Sin embargo, Amina no quiso ir a jefatura. El tranquilizante que le proporcionó su hermano, le había borrado los bordes del temblor, pero no el miedo. No quería cruzar la puerta. Decía que si ponía un pie fuera, la matarían. Como a él.

También repetía que en casa, al menos, el miedo tenía paredes. Y lo más importante, cerraduras. No era que no pudiera salir. Es que ya no confiaba en el mundo que quedaba al otro lado del marco de la puerta.

Shamir preguntó si podían acercarse a su domicilio. Ninguna de las inspectoras puso objeciones. Virginia aceptó, y Shamir le dio una dirección que Virginia apuntó en un papel. Calle Zurita.

La calle estaba en Lavapiés. Era un Barrio castizo, pero también frontera entre lo que parece y lo que es. Cuna de la picaresca madrileña, donde la tradición y la trampa comparten barra y confidencias. Un lugar donde la calma es solo fachada.

Donde más vale ir con el bolsillo cerrado y la espalda cubierta dado que las manos largas no piden permiso; mientras te tomas una caña, tus pertenencias pueden volar sin que nadie levante la vista. Lavapiés no avisa. Te sonríe mientras te quita el reloj o la vida.

En ocasiones, las dos cosas.

Los vecinos, en su mayoría de origen árabe, vivían con discreción y trabajaban el doble.

Regentaban tiendas pequeñas: marroquinería, cuero artesanal, locales de electrónica y telefonía donde todo parecía en regla… hasta que dejaba de estarlo.

Negocios humildes, sí, pero con rejas en las ventanas y ojos en la nuca.

Un lugar dónde nadie preguntaba demasiado. Ni quién entra, ni quién sale, ni qué se guarda en la trastienda.

El abandono de los viejos residentes arrastró al barrio hacia la decadencia.

Y en la podredumbre, siempre brota algo.

Primero vinieron los ocupas, al principio casos sueltos. Luego un sistema bien ejecutado. Las mafias comenzaron a apropiarse de pisos vacíos. Los revendían con contratos falsos, precios abusivos y promesas tan frágiles como el papel donde se firmaban. Las víctimas, los recién llegados. Con papeles o sin ellos.

Gente que pagaba lo que no tenía por un techo. Aunque el suelo no fuera suyo. Ni legal. Ni seguro.

Y mientras esa red crecía al sol, otra germinaba a la sombra. Silenciosa. Precisa. La más peligrosa porque no quería dinero. Quería control.

Los fondos buitre llegaron con hambre y el visto bueno de un Estado ya vendido al mejor postor. No hicieron ruido. No lo necesitaban. Compraban bloques enteros, legalmente, mientras los vecinos de toda la vida eran desalojados como si fueran basura acumulada.

El proceso fue limpio, rápido, quirúrgico. A golpe de desahucio, con papeles en regla y una sonrisa institucional. Los pisos no tardaron en convertirse en alojamientos turísticos, disfrazados de oportunidad, decorados con fotos falsas y precios de expolio.

Lavapiés ya no olía a pan recién hecho. Olía a especulación.

La calle Zurita, como casi todas en Lavapiés, era estrecha, sucia e imposible para aparcar. No había tráfico. Solo charcos, hojas podridas y un viento con muy mala baba.

Tuvieron que dejar el coche en un paso de carruajes. Sin luces. Sin distintivos. Nada que dijera «policía». Allí dentro, lo oficial era un blanco fácil. Y en ese barrio, la policía no era bienvenida. Menos aún al caer la noche, cuando el neón moribundo de un puticlub empezaba a parpadear como un ojo enfermo y una bruma sucia se tragaba las aceras. Lavapiés ya no era un barrio. Era un campo de caza rápida. De nombres falsos.

De puertas con cerrojos dobles y paredes que escuchaban más de lo que debían.

La lluvia seguía cayendo con rabia, destrozando sus gotas contra los tejados como si buscara abrir grietas en la ciudad. Los semáforos sangraban luces sobre los charcos.

Rojo, ámbar, verde…

Colores rotos que se desteñían en agua sucia, como si Madrid se desangrara en silencio sobre el negro asfalto, un asfalto donde nada se movía. Solo el tiempo.

Y el miedo.

Virginia conocía la zona como la palma de su mano aunque hacía años que no pisaba aquellas calles. Demasiados fantasmas.

Los recuerdos flotaban, sí, pero olían a tabaco y a tiempos que no volverían.

Y no había lugar para la nostalgia. Hoy no. Una bala había destrozado una familia.

La vivienda de Hafid y su familia era una más entre las cientos controladas por la mafia de la ocupación. Estaba dentro de una corrala de tres pisos, patio de cemento, paredes rojas. A lo largo del patio cruzaban cuerdas para tender ropa. Solo colgaban dos prendas, olvidadas bajo la lluvia. Cruzaron el patio y se detuvieron en el centro.

Levantaron la vista. El interior de la corrala las miraba de vuelta. Los pocos vecinos que rondaban por allí fijaron los ojos en ellas. Miradas

secas. Miradas que mataban. Miradas que decían: no deberíais estar aquí.

Subieron al segundo por unas escaleras de madera que crujían como si se quejaran del peso de la muerte. Continuaron por un pasillo que olía a encierro para tras unos pasos más, detenerse frente a la puerta diez. No había timbre. Fue la mano de Virginia quien ejerció ese papel, la levantó y golpeó con firmeza. Sabiendo que al otro lado no esperaban buenas noticias.

Shamir Awad abrió.

—Gracias por venir.

Extendió la mano para saludarlos. Virginia se la estrechó con firmeza. Después, sin decir palabra, se llevó la mano al corazón. Shamir asintió con los ojos cansados.

Miri, que no conocía el gesto, lo imitó un segundo más tarde, en silencio.

No era cortesía. Era respeto.

—Pasen.

Cerraron el paraguas y se lo entregaron a Shamir. Él lo dejó en una esquina del pasillo y las condujo hasta el salón. Amina estaba allí sentada en un sofá de color negro, todavía con la misma ropa con la que llegó a la escena del crimen.

Se había sentado en el sofá y no se movió hasta que llegaron las inspectoras.

Tampoco había llorado. Sin embargo, los ojos seguían ardiendo más intensos.

Shamir les hizo un gesto.

—Por favor, si son tan amables de sentarse. Están en su casa.

Virginia y Miri tomaron asiento sin decir palabra. El sofá crujió como si también supiera lo ocurrido en aquella portería de la calle Segovia.

—¿Puedo ofrecerles un té?

—No, gracias. Estamos bien —dijo Virginia.

Shamir frunció el ceño, educado pero firme.

—Insisto. Me ofendería si lo rechazasen.

Virginia se miró con Miri.

—Entonces lo aceptamos. No queremos ofender.

Él asintió y le indicó a su hermana que fuera a prepararlo.

Amina obedeció sin mirar a nadie, como si cada paso fuera un esfuerzo.

—Señor Awad —empezó Miri.

—Shamir, por favor.

—Shamir… ¿Tiene idea de quién pudo asesinar a su cuñado?

Él bajó la vista. Apretó los labios.

—Ojalá lo supiera, inspectora.

Virginia cruzó una pierna, con los codos apoyados en los brazos del sillón.

—Tengo que hacerle unas preguntas duras, Shamir. No son de mi agrado, pero no tengo opción.

Él asintió, lento.

—¿Tuvo algún problema con alguien? ¿Problemas de dinero?

—Mi cuñado era un hombre de Alá. Un buen hombre. Nunca levantó la voz. Padre ejemplar. Trabajador. No buscaba problemas.

—¿Y con el dinero?

—Como todos. Justo, pero sin deudas. Nunca pidió ni prestó.

Virginia afinó la mirada. Bajó un tono.

—Ha dicho que era un hombre de Alá. ¿Tuvo problemas con religiosos? ¿Disputas, amenazas?

—Nunca.

—¿Pertenecía a alguna congregación, mezquita, grupo?

Shamir negó con la cabeza.

—De ninguna. Nosotros llevamos la religión por dentro. Sin banderas. Sin ruido.

Virginia asintió despacio. Pero su mirada no parpadeó.

Amina regresó con una bandeja. Traía una tetera de metal y tres vasos pequeños.

Los colocó con cuidado sobre la mesa. Sirvió el té en silencio.

El líquido humeaba. Ella lloraba por dentro.

—Gracias —indicaron las inspectoras.

Amina hizo un gesto con la cabeza en señal de agradecimiento.

Ambas dieron un sorbo.

—Tengan cuidado, está caliente —alegó Shamir.

—Sí que lo está —añadió Virginia—. ¿Cuánto tiempo llevaba en España?

—Hafid seis años, Amina y el niño, dos. Hafid vino antes en busca de un futuro mejor para su familia. En Marruecos, no tenían nada y aquí, podía dar una vida digna a su familia.

—Necesitamos hablar con el niño.

—¿Es necesario?

—Sí, si quiere que averigüemos quién lo hizo.

Shamir le pidió a su hermana que trajera al niño.

Karim estaba callado, retraído. Le costaba hablar. Tenía en la boca ese sabor que deja la muerte, y en los ojos, la misma imagen que su madre intentaba enterrar: la de su padre, tendido boca arriba, bañado en sangre. Una imagen que lo acompañaría hasta el final de sus días. Con ayuda de su tío, lograron que el pequeño tuviera fuerzas para decirlo.

Contó que estaba desayunando, preparándose para ir al colegio, cuando un hombre entró por la puerta sin decir nada. Solo traía una cara. Una cara triste. Sin decir palabra, sacó un arma de la espalda y se la puso al niño en la cabeza. Luego, se llevó un dedo a los labios y siseó pidiendo silencio sepulcral. Después, dejó de apuntarlo para elevar la pistola en la cabeza de su padre. Le dijo que se arrodillara frente a la pared o mataría al chiquillo. El padre obedeció. Sin protestar. Sin mirar atrás.

El hombre agarró un cojín del sofá, lo apoyó sobre la nuca y disparó Una sola bala. La única que hizo falta para matarlo. El cuerpo cayó sobre el suelo y el suelo se tiñó de rojo.

Entonces miró a Karim.

—Cierra los ojos —dijo—. Si los abres, mueres.

Karim los cerró.

Contó hasta mil. O más. Transcurridos quince minutos o veinte, no pudo aguantar más. Cuando los abrió, el hombre triste ya no estaba.

—¿Cómo era ese hombre? —preguntó Virginia, bajando un poco la voz—. ¿Recuerdas algo más? Por ejemplo… cómo vestía.

—De negro —susurró el niño.

—¿Vaqueros, chándal?

—Vaqueros. Y un abrigo largo.

—¿Tenía tatuajes? ¿Alguna cicatriz en la cara?

Karim negó en silencio. Miri se inclinó un poco, buscando suavizar el momento.

—¿Llevaba guantes? —inquirió Miri.

—Sí.

—¿De qué color?

—Negro.

—¿Llegó a hablar con vosotros?

El niño dudó. Luego dijo, bajito:

—Solo para decir que nos calláramos… cuando mi papá pedía que no nos hiciera daño.

Un silencio helado cruzó la habitación.

—¿Estaba solo? ¿Viste a alguien más? —continuó Virginia.

—Estaba solo.

—¿Y viste el arma? —preguntó, sin subir el tono.

Karim asintió.

—¿Recuerdas cómo era?

Esta vez no respondió. Solo bajó la cabeza, y al segundo siguiente ya estaba fundido en el abrazo de su madre. Nadie dijo nada, porque cuando un niño se rompe, hasta los policías se quedan en silencio.

—Todavía está confuso, será mejor que lo dejemos para más tarde. Antes de marcharnos, necesitaríamos dos cosas, la primera es la ropa que llevaba puesta el niño. ¿La tienen?

—Sí —alegó Shamir.

—Nos la llevábamos para analizar.

—Amina se la traerá.

Amina la trajo en una bolsa. Era el uniforme del colegio. Antes de entregárselo, lo sostuvo unos segundos entre las manos. Lo miró como si fuera una prueba de vida. O un milagro. Pensó en su hijo. En la suerte que había tenido. Si se lo hubieran arrebatado, ya no habría nada. Ni dolor. Ni consuelo. Solo vacío.

Luego pensó en su marido. Le costó Dios y ayuda huir del tercer mundo para acabar muriendo en el primero.

—Lo segundo es que se pasen por jefatura, mostraremos unas fotos al niño para ver si identifica al asesino y el arma que portaba.

—Lo haremos.

—Gracias por todo.

Se levantaron con intención de marcharse. En la puerta, mientras se despedían de la familia, Virginia ya tenía la mano en el pomo. Fue entonces cuando el niño habló.

—El hombre triste hablaba raro.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire, como humo en una habitación cerrada.

Ambas se giraron.

—¿Puedes describirlo?

El niño negó con la cabeza.

—Tenemos un dato más, gracias.

A la una y media de una tarde sin tregua, la ciudad continuaba azotada por la lluvia. La niebla comenzaba a colarse entre los dedos de la ciudad, traicionera, espesa, pegajosa como culpa vieja. Entregaron la ropa en jefatura a un compañero del laboratorio quien la recogió sin hacer preguntas.

Después, se dirigieron para hablar con Fran. Hora de saber si la muerte había dejado algún rastro que sirviera de algo.

Hablaron con él.

—¿Qué tienes para nosotras? —preguntó la inspectora jefe.

—Las huellas encontradas en el interior de la portería pertenecen al padre, su hijo y un par que tendremos que cotejar. Pero lo más importante es esto.

Un ayudante le entregó una carpeta marrón. Era nuevo. Le temblaban los dedos sobre la carpeta.

—¿Qué es? —cuestionó Virginia.

—¿Recuerdas los puntos de los ojos en el dibujo?

—Claro.

—Es el expediente de una de las huellas, ábrelo.

—¿Cómo el expediente?

—Ábrelo.

Bajo su desconcierto, lo abrió y comenzó a leer.

—No puede ser… —mencionó con una incredulidad que iba en aumento.

—Es su huella —alegó el técnico con firmeza.

Virginia mascó aquella palabra como si fuera un hueso que no quería tragar. No entendía nada de lo que estaba sucediendo.

—¿Lo has verificado?

—Varias veces.

Aquella palabra mascada, se convirtió en un nudo en el estómago.

—Pero eso es imposible, aquí pone que lleva diez años entre rejas.

Virginia se refería a Ramón Sotillo. El expediente lo decía claro: llevaba diez años encerrado en un agujero de Soto del Real. Su nombre era vulgar. Plano, indiferente De esos que lo oyes y ni lo recuerdas. Nadie lo recordaba. Nadie lo buscaba. Un fantasma con seguridad social. Un escupitajo en la acera.

No obstante, todos sabían quién era el *asesino de la cara triste.*

La prensa lo apodó así. Y como contaron en su día —igual que los psicólogos y especialistas que intentaron meterse en su cabeza— todos coincidieron en lo mismo:

Frío. Solitario. Calculador. Eso sí, educado. Siempre educado.

Más allá de la cara triste que dejaba pintada en sus víctimas, Ramón Sotillo mutilaba. Les quitaba cosas. De las cuatro víctimas que pasaron por sus manos, a la primera le cortó la lengua. A la última le hizo el completo: ojos, lengua, nariz y orejas.

Dado que llevaba diez años en el talego, era imposible que su huella apareciese por arte de magia en el escenario de un crimen.

—Mira las fotografías de sus víctimas.

Virginia pasó una a una las fotografías. Los cuerpos. El mismo dibujo macabro; Un círculo. Dos puntos por ojos. Y una sonrisa torcida, hecha con sangre. En todas. Sin excepción.

Ergo lo supo al instante. Esa marca no era solo un símbolo. Era una declaración. Un mensaje viejo que volvía a hablar.

Le pasó la carpeta a Miri sin decir nada. Solo formuló una pregunta.

—¿Qué opinas?

Miri repasó las imágenes en silencio. Frunció el ceño. No por asco, sino por certeza.

—Como no puede ser el mismo, es alguien que aprendió bien.

—Misma huella, mismo dibujo —siguió el técnico.

—¿Y cómo narices ha aparecido su huella en la víctima? —preguntó la inspectora jefe.

Ninguno supo que contestar.

—Lo volveré analizar.

—¿Alguna idea, Miri?

—No sabría decirte —contestó con total desconocimiento.

—¿Qué sabemos del dibujo? —cuestionó Virginia.

—Lo mismo que dije, grabado con el cuchillo. Está hecho al contrario de las manecillas del reloj. Tiene una profundidad de un centímetro, de forma irregular.Investigue si hay un patrón entre el dibujo realizado en el cuerpo de Hafid, como los que realizó Ramón Sotillo en sus víctimas. Nuestro asesino lo hizo al contrario de las agujas, Ramón lo hizo en el mismo sentido de las agujas del reloj.

—¿Algún patrón entre las víctimas? —preguntó Miri.

—Ninguno.

—Las escoge al azar, al primero que pase —continuó la inspectora jefe—. ¿A cuántas víctimas asesinó Ramón Sotillo?

—Cinco.

—Pues si alguien está repitiendo la hazaña, quedan cuatro. ¿La segunda huella encontrada en el cuerpo de la víctima?

—Estamos trabajando en ello, hay algo que no nos deja examinarla con claridad.

—¿Y del cuchillo y el arma del crimen?

—Hemos identificado el cuchillo. Es un cuchillo mondador, con el que se pelan las frutas y verduras, de diez centímetros de una hoja muy afilada. Examine el gel balístico que introduje en el agujero de la pared. Ahora sabemos que es un revólver del calibre 9 mm y con munición del 38. Estamos realizando pruebas de tiro con distintas armas del calibre 38 para determinar que revólver es. Cuando este los resultados de balística, te aviso.

4

Confusas, sobre todo la inspectora jefe, y con la ansiedad por saber cómo había aparecido aquella huella, a las tres y media tomaron la carretera de Colmenar Viejo rumbo al Centro Penitenciario Madrid V: la prisión de Soto del Real. Allí, tras los viejos muros de hormigón, se custodiaba de todo. No hacían distinciones.

Un tipo detenido con un kilo de hierba dormía en la misma litera que otro que, en un arrebato, se había cargado a veinte. O a treinta. Aquí nadie preguntaba. Nadie separaba. Y no era raro que los peces gordos agarraran a los chavales pillados en una esquina con cuatro gramos y los convirtieran en sus juguetes. En sus putas.

El interior estaba limpio, sí. Reformado incluso. Pero eso no lo salvaba. Soto del Real era, para algunos, un hotel. Para otros, un cementerio.

Virginia no habló en todo el camino. Miri conducía con los nudillos blancos. Algo no encajaba. Y una persona dentro de aquellos muros podía tener la pieza que faltaba.

El coche se detuvo frente al primer control. La lluvia golpeaba el parabrisas con fuerza, como si también quisiera colarse en la cárcel.

Una verja negra, con pinchos en lo alto, marcaba la frontera entre el mundo de los vivos y el de los que ya no cuentan. Un guardia uniformado les pidió la identificación con la misma cara que pondría para pedir la hora. O para leer la necrológica del día.

Virginia sacó la placa. Este sin decir palabra, les abrió paso.

Pasaron los controles. Fríos, impersonales, hechos para recordar que allí dentro nadie manda salvo el encierro. Un funcionario las recibió y las guió por los pasillos del edificio de administración. Muros blancos, puertas cerradas, cámaras en cada esquina. Piedra y silencio.

En el despacho de Elena Ramos, la directora del centro, se detuvieron.

—Habla con Lupe, su secretaria —mencionó señalando a una mujer que se encontraba sentada a una mesa.

—Gracias —alegó Virginia.

Se acercaron a la secretaria. Tendría unos cuarenta sin embargo, su aspecto decía otra cosa. Vestía como si llevara décadas enterrada en la misma oficina. Maquillaje mal puesto, moño tirante, mirada muerta. Parecía una mujer en el epílogo de su vida… y sin final feliz.

—¿Lupe? —inquirió Virginia.

La mujer que mantenía la vista puesta en unos papeles, la levantó y la miró.

—La misma, ¿qué necesitan?

—Soy la inspectora jefe Otero, de la policía judicial —Mostró la placa—. Mi compañera, la inspectora Cruz. Necesitamos hablar con la directora.

—¿Tienen cita?

—No sé desde cuando la policía tiene que pedir cita, pero no, no tenemos cita. Es importante que halemos con ella.

—Aguarden un momento.

Se levantó sin entusiasmo y caminó hasta la puerta de dirección. Llamó dos veces con los nudillos.

Desde dentro, la voz seca de la directora se escuchó.

—Adelante.

Menos de veinte segundos después, Lupe volvió, abrió la puerta y las miró sin expresión.

—Pueden pasar.

Las inspectoras entraron. La secretaria salió sin decir nada y cerró la puerta tras de sí. Junto a la mesa, de pie, estaba Elena Ramos. Una mujer de rostro duro, gestos de acero y una mirada que insinuaba que ya ha visto todo. Había empezado como funcionaria en una cárcel de mujeres. Luego saltó a la política. Y de la política, como pasa a veces, volvió al fango convertida en directora.

—La inspectora Otero, y la inspectora Cruz —mencionó extendiendo la mano.

Ambas inspectoras se la estrecharon.

—Gracias por recibirnos —expresó Virginia con media sonrisa.

—No hay que darlas, siéntense por favor.

Se sentaron.

—Ustedes dirán.

—Sabemos que es precipitado pero necesitamos hablar con un interno.

—No es el protocolo habitual.

—Lo sabemos, pero es de vital importancia —argumentó Miri.

—¿De quién estamos hablando?

—Ramón Sotillo —continuó Virginia.

—¿Puedo preguntar el motivo?

—Está bajo investigación, no puedo decirla más.

Cogió el teléfono y llamó al funcionario jefe. Le ordenó que en cinco minutos llevase al interno a la sala de visitas.

—Ya está, arreglado, un funcionario les llevara a la sala de visitas —Pulsó un interfono para habla con su secretaria—. Lupe.

—Sí, señora Ramos.

—Avisa a David, y que venga.

—Enseguida.

—Lupe les dará unos papeles para que firmen —mencionó a Virginia.

—Gracias por atendernos.

—A ustedes.

Salieron del edificio de dirección para entrar en el lugar donde moran las almas. Las prisiones tienen su propio idioma. No se habla con palabras, sino con miradas, silencios y gestos. Aquellos muros eran tan fríos como los secretos que los habitaban. Cada grieta, cada sombra alargada por la luz mortecina de un fluorescente roto, parecía esconder un eco de lo no dicho. Tan pronto como accedieron, el portón de hierro de la prisión de Soto del Real se cerró tras las inspectoras con un estruendo seco, como un disparo apagado. La sala de visitas se encontraba en la otra punta. Si el pasillo que se dirigía al despacho de Elena Ramos, olía a lavanda y se notaba el fuerte calor que emanaban los radiadores como si estuvieras al lado de la chimenea en un día nevado de Navidad, el pasillo que conducía hasta la sala de visitas olía a lejía, sudor y fracaso. Todo envuelto en un frío que congelaría las brasas del

inferno. Había estado en decenas de cárceles antes, pero esa tenía algo distinto. Algo frío. Algo... inquieto. Demasiado inquieto.

Escoltados por dos guarias civiles y por el funcionario llamado David, un hombre calvo, de mediana edad, con gafas que se empañaban cada vez que respiraba, encaminaron a la sala de visitas. Durante el trayecto, hablaron.

—¿Qué sabes de él? —preguntó Virginia sin mirarlo.

—No mucho —respondió el funcionario, encogiéndose de hombros—. No es mi módulo. Pero los compañeros dicen que no habla casi nada. Hace talleres. Pocas visitas. Bueno, ninguna.

—¿Está con los comunes?

—Sí. Mezclado.

—¿Y no está en aislamiento?

—No hace falta. Es un tipo tranquilo. Inofensivo… al menos aquí dentro. Hay peores. Sin ir más lejos, hace un mes mandamos a uno a aislamiento. Mató a su compañero de celda. Lo ahogó con las manos.

Virginia arqueó una ceja.

—¿Y el motivo? —inquirió Miri ansiosa por la curiosidad.

El funcionario hizo un gesto con la boca, como si el motivo le diera vergüenza ajena.

—No le gustó la distribución que hizo en el chabolo. Hemos llegado.

El funcionario las dejó en la puerta, se despidió con un gesto y se marchó.

Los guardias civiles se quedaron por si el interno se volvía loco y había que bajarle los humos. Aunque, llegado el caso, sería la reglamentaria de Virginia la que lo pondría en su sitio. La puerta se abrió con un chirrido largo, metálico. Dentro, el silencio pesaba. Normalmente, un cristal separaba a internos y visitantes, pero a Virginia le habían autorizado una entrevista directa y sin cristal. Cara a cara. Sin barreras.

Ramón Sotillo estaba sentado. Engrilletado de pies y manos. Aquel hombre, flaco y apagado, era uno de los asesinos en serie más sanguinarios del país. Pero allí parecía otra cosa, Un despojo de carne y rutina.

El rostro pálido y más delgado que en las fotos del expediente. Los huesos marcaban las sienes como lápices bajo la piel. La cárcel no alimenta el cuerpo. Tampoco el alma. Su mirada era fija, inmóvil. Como si contemplara algo que nadie más podía ver.

El vacío. O su recuerdo. Una existencia sin perdón.

Ambas se sentaron. Ramón Sotillo no dijo nada, solo clavó la mirada en Miriam.

Una mirada hueca, sin alma. Vacía como una celda al amanecer. A Miriam le tembló el estómago. Le vino a la memoria la misma mirada que le hizo su captor cuando estuvo encerrada en aquella jaula. Apartó la vista, como si esa mirada pudiera volver a meterla allí dentro. A continuación, hizo lo mismo con Virginia. Pero con ella fue distinto. Con ella no pudo. Con ella pinchó en hueso. Podía mirarla días, semanas, lo que quisiera.

Virginia no pestañearía.

Sin previo aviso, Virginia levantó la mano y golpeó la mesa. Un golpe seco, como un disparo contenido. El eco rebotó en las paredes frías de la sala.

Ramón ni se inmutó. Solo alzó las cejas.

—Tienes unas facciones fuertes. Me gusta —soltó con media sonrisa.

—No hemos venido a hablar de mi cara —cortó Virginia, sin perderle la mirada.

—¿Entonces? ¿A qué debo esta agradable visita? Me dijeron que querían hablar conmigo.

Miri, que hasta ahora no había dicho nada, sacó una foto del sobre. La deslizó por la mesa. Mostrando a Hafid tendido y en el pecho, una cara triste grabada con cuchillo. Cruel. Minuciosa. Exacta.

Ramón inclinó la cabeza. Miró la foto como quien observa una postal vieja.

—¿Te suena? —preguntó Virginia—. Esta es tu firma, ¿verdad?

—Puede.

—No, no puede, lo es. Es lo que hacías. Lo que dejabas en los cuerpos. Tu puto sello de jodido chalado —insistió.

Ramón levantó la mirada. Sus ojos tenían esa calma que da el infierno cuando te acostumbras a él.

—¿Qué tiene eso que ver conmigo?

—Para eso estamos aquí, para que nos lo digas.

—No sé en qué puedo ayudarles. Llevo aquí más de diez años. Largos e interminables —dijo Ramón, arrastrando las sílabas como si cada una pesara lo suyo.

—Vas a contestar unas preguntas —ordenó Virginia, sin concesiones.

Ramón volvió a mirar la fotografía. Se le endureció la mandíbula.

—¿Quién es? —preguntó, frunciendo el ceño como si realmente no supiera.

—Esperaba que me lo dijeras —soltó Virginia, observándolo como una pantera mide a su presa.

Ramón alzó la vista. Un parpadeo. Apenas perceptible.

—No tengo ni idea, inspectora. Se lo juro.

—La víctima a la que le dejaron tu firma en el pecho —añadió Miri, clavándole las palabras como agujas afiladas.

—Pues… tampoco sé qué decir.

—Ya lo digo yo —saltó Virginia, ladeando ligeramente la cabeza —. Creo que estás continuando tu obra. Desde dentro. A través de alguien.

—¿Amigos? —remató Miri.

Ramón bufó, como si la idea le provocara asco.

—Yo no tengo amigos. Ni aquí… ni fuera.

—¿Nos estás diciendo que no tienes contacto alguno con el exterior? —preguntó Miri, sin levantar la voz, pero con filo en cada palabra.

—Por carta —respondió Ramón, encogiéndose de hombros—. Es lo único que llega a estas paredes.

—¿Y tu relación con los funcionarios y los presos? —siguió ella.

—Los funcionarios hacen su trabajo, yo el mío: respirar y no molestar. Nos ignoramos mutuamente. Con los presos, lo mismo. Al principio me buscaron las cosquillas, sí… pero la cárcel tiene memoria corta. Con el tiempo, se olvidaron de mí.

—¿Familiares? —interrogó Virginia.

Ramón bajó la mirada, apenas un instante.

—Me repudiaron. No quieren saber nada de mí. Y es comprensible.

—Mataste a muchas personas. No esperes que te den la llave de la ciudad —gruñó Virginia.

—Ni la espero. Ni la quiero.

—¿Recibes visitas?

—Además de mi abogado, vosotras sois las primeras caras nuevas que veo en siete años. Ahora soy otro. Estoy intentando reconstruirme… a mi manera.

—¿Y eso me lo tengo que creer? —escupió Virginia, sin parpadear.

—Puede pedir mi expediente. Preguntar a los funcionarios. Verá que no miento.

—Háblanos de esas cartas.

Ramón sonrió. Fue una sonrisa torcida. Inquieta.

—Me las envían los fanáticos. Los únicos que aún creen que soy algo más que un monstruo. Me escriben desde fuera, desde dentro… algunos incluso desde otros países. Para ellos no soy un asesino. Soy una idea. Una llama que aún no se apaga.

—¿Cuánta gente te escribe? —preguntó Virginia, sin apartar la mirada.

—Cientos —respondió Ramón, con una sonrisa torcida—. No tiene ni idea la cantidad de gente que me admira. Hombres. Mujeres. Jóvenes con la cabeza hueca y ganas de guerra. Hasta universitarios que dicen estudiar mi "caso".

—¿Qué puede querer de ti una mujer? —cuestionó Miri, escéptica.

—La mayoría, un hijo —contestó sin inmutarse, como si hablara del pan del desayuno.

Se hizo un silencio breve. Espeso. Asqueroso.

—¿Qué tienes pensado hacer cuando salgas? —soltó Virginia. Le importaba una mierda, pero quería medirle el alma por la respuesta —. Saldrás con sesenta, si vives lo suficiente.

—Cobraré el paro que me queda… —respondió Ramón, encogiéndose de hombros—. Y montaré un pequeño negocio en la

sierra. Algo discreto y tranquilo. Como yo.

—Sí, claro… —masculló Miri

La puerta chirrió detrás de ellas. Un funcionario entró. Alto, con el pelo corto y pegado al cráneo, y la voz… gangosa, como si hablara con la nariz tapada.

—¿Va todo bien? —preguntó.

—Todo bien —contestó Virginia.

—Tómense el tiempo que necesiten.

—Con esto hemos terminado. Una cosa, necesitamos la correspondencia del interno.

—¿Ahora? —cuestionó el funcionario.

—Sí, ahora, ¿algún problema?

—No, ninguno.

—Vamos con vosotros.

Lo acompañaron a su chabolo. Para no perder tiempo, atravesaron la zona de los módulos residenciales. El interior de una cárcel era un lugar frío, austero y sombrío, marcado por la rigidez de su arquitectura y la constante vigilancia. Los pasillos largos y estrechos se encontraban flanqueados por celdas pequeñas que reforzaban la sensación de encierro. La luz artificial, muchas veces tenue y parpadeante, se mezclaba con el eco de los pasos, por puertas metálicas cerrándose, y voces que se perdían en la lejanía. El ambiente era tenso, cargado de una mezcla de rutina y alerta permanente, donde cada rincón estaba diseñado para controlar y limitar la libertad de quienes allí viven.

A esa hora, las puertas de los chabolos se mantenían cerradas. Gracias a un ventanal en la puerta, se podía observar a los internos. Unos hablaban entre ellos, otros dedicaban su tiempo en esculpir sus cuerpos a base de mancuernas y otros, arrodillados, rezaban a cualquier dios que escuchase sus plegarias. Sin embargo, lo que sí hacían todos por igual, era contemplar las fotos de sus familiares ancladas a la pared.

Virginia se paró ante una de las cientos de puertas que conducían a un lugar donde nadie quiere estar. A través del ventanal, observó a dos internos. Uno de ellos, tatuado hasta las

cejas, intentaba consolar a su compañero, a quien no le dejaban de caer lágrimas. La inspectora jefe se dirigió al funcionario.

—¿Ese por qué llora?

—Es Raulito pero lo llaman el «Obi.» Entró hace un mes. Tiene una «ruina» de cincuenta años. Le pegó una paliza a su novia de diecisiete hasta causarle la muerte.

—¿Qué años tiene? Parece un crío —indicó Miri.

—Y lo es, tiene veinte años.

—¿Tan joven y ya arruinó su vida?

—Su vida ya venía arruinada de antes. Continuemos, quedan dos cientos metros para la de vuestro interno.

Entraron a la celda. El espacio estaba dividido en dos mundos. El de su compañero —una pared empapelada con fotos de mujeres que sólo llevaban tacones y mala vida. Y el de Sotillo —una balda clavada en la pared, donde se alineaban libros usados y recortes amarillentos de prensa. Todos hablaban de lo mismo: sus crímenes.

Su compañero, apodado el Pulgas, era un tipo de unos cincuenta con tatuajes donde debería de estar su piel. Le gustaba más hablar con los puños que con la boca.

Tumbado en la litera de abajo, con las manos detrás de la cabeza, ni parpadeó al ver entrar al guardia civil. Solo respiraba. Y pensaba en lo mismo que piensan todos aquí dentro, da igual si eres nuevo o llevas media vida.

La libertad.

—¡Tú! —exclamó el guariada civil—. Vamos, sal—. Le agarró del brazo para levantarlo.

—¿Otra vez? ¿No os cansáis de hacer registros? Llevamos tres en lo que va de mes.

—Calladito, aquí el que habla soy yo.

—Ya voy joder.

Se levantó y al cruzarse con su compañero, le dirigió unas palabras:

—Como me hagan el lío, esta noche te ahogo con la almohada.

—¡Eh! No amenaces —expresó el guardia empujándolo.

Virginia se dirigió a Ramón.

—¿Dónde las tienes?

—Son esas bolsas de ahí—Señaló a la esquina donde se encontraban dos bolsas de basura.

Miri s acercó a las bolsas y las cogió.

—¿Esto es lo que tienes? —cuestionó Miri.

—Sí.

—¿Nada más?

—¿Le parece poco?

Miri observó el interior de las bolsas. Eran cartas sin los sobres. Acto seguido, le dio las bolsas a Virginia. Esta también observó el interior.

—¿Dónde están los sobres?

—Esos los tiro.

—¿No te importa saber quién te escribe?

—No, solo me importa saber que me escriben. Quien lo haga, me da igual.

—Inspectora, registre sus pertenencias.

—Enseguida.

Hizo un registro a la ropa, una bolsa de deportes vacía y entre los libros de la balda.

—No hay nada.

—Se lo dije.

Virginia lo sabía. Había algo más. Tenía que haber algo más. Algo que Ramón no decía… pero insinuaba.

Lo miró. Él no la miraba a ella. Miraba su litera, de reojo.

Un gesto apenas. Un parpadeo torcido. No hizo falta más. Virginia le sonrió, no con calidez, con la certeza de que había encontrado lo que esteba buscando.

Se acercó al colchón y lo levantó. Entre las lamas del somier halló una carta. Alargó el brazo y la sacó. Papel doblado y las esquinas húmedas. Algo había ahí dentro.

Y no era poesía.

—¿Y esto?

—No es nada, una carta de un fan.

—¿Y por qué la tienes escondida?

—Me gusta leer cuando voy a dormir.

—Háblame de la carta, ¿quién te la escribió?

—No recuerdo su nombre, ya le digo que no me interesa el quién.

—Pero la tienes cariño, por eso la tienes escondida.

—Ya le dije que me gusta leer.

—Si hay una cosa que odio, es que me mientan a la cara. Dime quién te la escribió.

—No lo sé.

—¿Cuánto hace qué la recibiste?

—Tampoco me acuerdo, aquí el tiempo se para, inspectora.

—¿Te has escrito más veces con esta persona? —cuestionó Miri.

—Quizás, me escribo con mucha gente como puedes observar por las bolsas.

—De acuerdo.

La guardó en una bolsa de pruebas. Antes de marcharse, miró a Ramón una última vez.

—¿Quieres qué te traiga algo en mi próxima visita?

Él sonrió, una sonrisa triste.

—Un libro. Pero que no tenga un final feliz. Odio los finales felices.

—Cualquier final es mejor este.

Terminado, a las cinco de la tarde regresaron a jefatura. Le dieron las cartas a varios compañeros que mediante una orden de la inspectora, dejaron lo que estaba haciendo para ponerse con la lectura de todas las cartas. A pesar de que ya contaban con una carta importante, la encontrada entre los muelles debajo del colchón, Virginia quería examinar una por una en busca de algún otro sospechoso.

Dejaron la carta a un lado. Por ahora. Antes había que atar cabos, buscar algún vínculo entre Hafid y Ramón Sotillo. No encontraron nada. Ni una coincidencia. Ni una nota al margen. Nada.

Siguieron por otro lado. Investigaron el círculo de Sotillo. Según el expediente, solo le quedaba un familiar. La madre.

El padre había muerto en un accidente de tráfico cuando Ramón tenía diez años.

La madre seguía en Madrid, en la calle Gomeznarro, en el barrio de Canillas.

Antes de pasar por allí, decidieron llamarla. Al otro lado de la línea, la voz de la inspectora jefe apenas acabó la primera frase. La madre, al escuchar que era policía, colgó sin dar explicaciones. Virginia lo volvió a intentar.

—¿Quién llama? —cuestionó una voz apenada.

—Señora, no cuelgue por favor. Soy la inspectora Virginia…

—Mire —interrumpió la mujer—. Sé para qué me llama, quieren hablar de mi hijo, pero no voy a decir nada, no tengo nada que decir acerca de ese señor…

—Ese señor es su hijo.

—Un asesino es lo que es, no sabe por el calvario que he pasado y que todavía sigo pasando, cuando me enteré de lo que hizo, me dio un infarto, casi muero en el hospital. Tuve que cambiar de casa dos veces por las amenazas que he sufrido, es un desgraciado, me dejé la piel para criarlo yo sola y así me lo pagó, asesinando a gente…

—¿Podemos vernos y hablar con tranquilidad?

—No, y mil veces no. Si quiere saber más, hablen con Julián, su único amigo, si es que lo siguen siendo.

—¿Le importa darnos su número?

Se lo dio.

—Por mi parte, ya he dicho todo dicho lo que tengo que decir, no vuelvan a molestarse si no es para decirme que ese señor, a muerto.

Colgó. Virginia lo dejó estar. Era una tontería seguir insistiendo.

Se puso en contacto con el amigo con la intención de conocer más sobre la vida de Ramón Sotillo. La inspectora jefe quería ir cerrando todas las vías. Al principio, al igual que la madre, se mostró reacio. Virginia logró convencerlo para que hablaran por teléfono. Julián le contó que se conocían desde el colegio. Era su único amigo, el que lo defendía día tras día de las constantes palizas en el recreo. Una vez que terminaron los estudios, dejaron de verse durante un tiempo hasta que se reencontraron en un trabajo. Fue en aquel trabajo cuando ramón comenzó lo que él denominaría su obra. Al hacerse público quien era el asesino, tuvo que coger a su mujer e

hijo y salir huyendo a Barcelona por las amenazas vertidas contra ellos, lo mismo que le sucedió a la madre de Ramón. No volvió a verlo desde que lo detuvieron. Del mismo modo, lo describió como lo hicieron los psicólogos y especialistas que lo trataron; un hombre frío, solitario, tímido, de pocas palabras y bastante culto.

Con ayuda del técnico forense, se pusieron con la carta. Una que se pusieron los guantes, la colocaron bajo la luz dura de la lámpara de mesa. La desplegaron con el mismo cuidado que se desactiva una bomba.

Era un folio común. Sin membrete. Sin fecha. Sin firma. Escrito a mano. Solo un párrafo.

Virginia lo leyó en voz alta:

«Ya hice lo que me pediste. Siempre estaré a tu disposición, cualquier cosa que me pidas lo haré, sin importar el cómo ni cuándo. Soy tu humilde servidor. Cuídate mucho, espero verte pronto»

Hubo un Silencio. Virginia y Miri se miraron.

El mensaje no decía mucho… pero lo decía todo.

Virginia clavó los ojos en la carta.

—¿Qué hizo? —pensó—. ¿Le pidió qué matase por él?

El técnico forense ya estaba en marcha. Cogió la brocha, la hundió en polvos blancos y comenzó a rastrear. En cuestión de segundos, dos tipos de huellas aparecieron en el papel. Las introdujo en el sistema.

Unos minutos después, el monitor escupió los resultados. Una huella era de Ramón Sotillo. Nada nuevo. Era su carta, su escondite, su celda.

Sin embargo, la segunda… la segunda coincidía con la encontrada en el cuerpo de Hafid.

La base de datos le puso nombre: Luis Eduardo Pérez. Cuarenta años. Exmilitar.

Había servido en el Ejército de Tierra desde los veinte. Diez años de misiones, tiros y polvo. Volvió de Afganistán con una mochila invisible, una que no se ve pero que pesaba más que las piedras,

depresión profunda y estrés postraumático. Al año siguiente causó baja definitiva.

Después vino la otra guerra, una guerra contra la sociedad. Su expediente policial mostraba antecedentes por alteración del orden público, destrozos en la vía pública… noches enteras en calabozos.

A las nueve de la noche, condujeron hasta el número 115 de la calle Blas Cabrera, en el barrio de Los Ángeles. La noche era cerrada, densa y con un manto de terciopelo negro lo cubría todo.

No llovía, pero el aire pesaba húmedo y callado, como si algo respirara muy despacio entre las sombras. El cielo, sin luna, y las estrellas, escondidas.

Solo el crujido ocasional de una rama, o el susurro del viento entre los árboles, recordaba que el mundo seguía ahí. En pausa. Conteniendo el aliento.

La única forma de llegar al portal era atravesando un parque. Uno de esos que los vecinos ya no cruzaban, solo lo usaban como vertedero particular, arrojando a lo que quedaba de hierba plásticos, muebles rotos, colchones mojados y silencio.

En vista de que la única farola parecía estar de adorno, apagada, oxidada y muerta, tuvieron que avanzar con la luz de sus móviles por un suelo convertido en un lodazal.

No llovía, pero el barro seguía ahí. Pegajoso. Resbaladizo. Como si el barrio no quisiera soltar a nadie.

—Cuidado con el charco —indicó Miri.

El edificio hablaba sin necesidad de abrir la boca. Muros sucios, ventanas con rejas oxidadas, ropa colgada como banderas de derrota. Y en la fachada, un mensaje pintado a brochazos torpes, pero con una intención clara como el plomo:

«Policía bueno, policía muerto.»

—Vir, mira lo que pone —murmuró Miri, señalando el grafiti con el mentón.

Virginia lo leyó sin fruncir el ceño, sin pestañear. Ya había visto demasiados mensajes para dejarse amedrentar por cuatro palabras.

—Lo mejor de eso… es que nosotras no somos buenas.

Apuntó con la mirada al telefonillo.

—Llama.

Miri pulsó el telefonillo. Nada. Muerto, como el resto del edificio. Virginia probó suerte empujando el portal. Cerrado. Miri iluminó con el móvil. Donde debería haber un cristal, había un cartón sujeto con cinta americana improvisado por los vecinos que van contra la ley.

Sin decir nada, lo arrancó. Virginia metió el brazo por el hueco y buscó el pestillo.

—Creo que puedo abrir. Dame luz.

Virginia giró el pomo y empujó la puerta. Lo primero fue buscar el interruptor. Entraron y guiada por la luz del móvil de Miri, Virginia lo encontró y lo pulsó.

Un zumbido, un parpadeo, y el portal cobró un poco de vida durante dos minutos. Los justos. Si la fachada ya insinuaba el tipo de vida que se respiraba allí dentro, el portal lo confirmaba con un puñetazo. Un carrito de bebé a medio quemar taponaba la escalera. En el interior de un ascensor sin puerta, bolsas de basura se acumulaban, amontonadas como si nadie quisiera recordar que alguna vez contuvieron restos de vida. Una bombilla colgando, sin tulipa, que parecía respirar con ellas.

Pero lo más claro, lo más directo, era la pintada.

« Bienvenidos, en el quinto se vende coca»

Avanzaron con cuidado, esquivando los charcos pegajosos del suelo de terrazo. Cada paso parecía contar una historia que nadie se atrevía a decir en voz alta. De una patada, Virginia quitó el carrito y subieron las escaleras hasta el cuarto piso. Un vecino se cruzó con ellas. Ni las miró. Ni las saludó. Como si no las hubiera vista. Abrió la puerta y de un portazo la cerró. Dio dos vueltas de llave y echó el cerrojo.

Miri golpeó con los nudillos la puerta derecha del cuarto piso. Tardó un segundo en llegar la respuesta: una voz cascada y harta, como la de quien ya ha gritado esa frase más veces que ha comido caliente.

—¡Que la coca es en el quinto, joder! ¡Dejadme en paz! — acompañó la frase con un golpe seco al otro lado de la puerta.

—¿Luis Eduardo Pérez? —preguntó Virginia sin alzar la voz, como quien ya sabe la respuesta.

—¿Quién coño es? Aquí no se vende nada, hostias.

—Y yo no vengo a comprar, soy la inspectora jefe Otero, Policía Judicial.

Silencio. Apenas unos segundos. Luego, otro gruñido desde el otro lado.

—Entonces peor. Váyanse. No quiero saber nada de ustedes.

Virginia se acercó un poco más, hasta casi rozar la madera.

—No me hagas perder el tiempo, Luis. Podemos hacer esto fácil o podemos volver con una orden, derribar la puerta, despertar a todo el edificio y registrarte hasta los calzoncillos. Tú decides si prefieres hablar con nosotras o con un ariete.

Hubo un silencio espeso. Pasaron veinte segundos de incertidumbre. Luego, los cerrojos comenzaron a deslizarse, uno a uno. El hombre abrió la puerta con la cadena puesta, dejando apenas una rendija entre él y las inspectoras.

—Inspectora jefe Otero. Ella es la inspectora Cruz —añadió mostrando la placa con ese gesto mecánico de quien lo ha hecho mil veces.

—La coca está en el quinto, ya se lo dije —repitió el tipo, escupiendo palabras desde detrás de la puerta como si le supieran a mierda.

—¿Tengo cara de venir a trinca a alguien que venda cuatro gramos de mierda? De eso se encargan los estupas. Nosotras venimos a hablarte de un amiguito tuyo. Le llaman el asesino de la cara triste.

Un segundo de pausa. Tal vez tragó saliva. Tal vez pensó en mentir.

—No es amigo mío.

—¿Nos dejas pasar?

—Tengo la casa hecha un asco.

—Tranquilo, hemos pisado charcos peores que tu salón.

—En ese caso… si no tardan mucho.

—Descuida. Tampoco lo queremos —cerró Virginia con la voz seca, de esas que no piden permiso, solo entran.

No le gustó demasiado aquella visita inesperada. El aspecto del hombre dejaba mucho que desear. El cabello le brillaba por la grasa, y la barba desaliñada le cubría casi todo el rostro. En la boca, apenas se le contaban dos dientes, ambos picados. Vestía un abrigo negro —parecido al que el hijo de la víctima había descrito—, vaqueros y unos guantes gastados. La casa estaba en sintonía con la fachada del edificio y con el portal: decadente. El olor que desprendían las paredes era una mezcla rancia de café recalentado y nicotina seca.

Encima de la mesa del salón, un plato con un filete y patatas intacto. A su lado, una botella de vino casi vacía, esa sí la había estado tocando.

Les ofreció sentarse en el sofá. Las inspectoras dudaron unos segundos. Observaron el sofá, la capa de polvo que cubría el tapizado marrón no invitaba a hacerlo, pero finalmente se sentaron.

—¿Qué pasa, tienes frío? —disparó Virginia, sin quitarle ojo.

—¿Por qué lo dice?

—Te veo con abrigo y guantes dentro de casa…

—No hay calefacción. Gracias si tengo luz. Me ducho con agua helada y esto parece un jodido congelador. Si queréis una manta, tenéis una detrás de vosotras —soltó, señalando con la barbilla un trapo mugriento tirado en el sofá.

—No hace falta —zanjó Miri, con el tono seco de quien ya ha dormido en sitios peores.

—O una copa de vino —insistió el tipo, con media sonrisa torcida.

—No estamos aquí para beber contigo —le cortó Virginia—. Y tú tampoco deberías. Primero hablas con nosotras. Después, si quieres, te metes lo que te dé la gana. Es tu hígado, tu ruina. Pero queremos escucharte sobrio.

—Entonces tendrían que haber venido hace dos horas. No conozco al hombre que dicen.

—Esta es una carta tuya hacia él.

Virginia sacó del bolsillo interior de la chaqueta la carta y se la mostró. Fue a cogerla.

—Sin tocar.

La desplegó y la puso ante los ojos de aquel hombre cuya cara también emitía tristeza.

—No me negarás qué es tu letra.

—Lo es. Nos escribimos, pero no lo conozco en persona.

—¿Nunca lo fuiste a visitar a la cárcel? —inquirió Miri.

—Nunca.

—¿Por qué? Si eres un gran fan de su obra.

—Quería ir, pero me dijo que no lo hiciera.

—En cambio —siguió Virginia— por el contenido de esta carta, sí te hizo hacer algo.

—No entiendo.

—Es muy fácil, él te mandó hacer algo que hiciste, ¿qué fue?

—No lo recuerdo.

—Te mandó matar a este hombre, ¿verdad? —inquirió Miri.

Le enseñó la fotografía de Hafid. La expresión de su cara cambió, ya no era una cara triste, la cara de Hafid lo hizo ponerse tenso.

—Fuiste a su portería —prosiguió la inspectora jefe elevando el tono de voz— lo mataste y le cortaste la lengua, todo delante de su hijo, ¿eres un puto sádico o qué?

—¡Yo no he matado a nadie! ¿Por quién me toma? No venga a mi casa a faltarme al respeto ni acusándome de nada.

—Pero sí estuviste en su portería. Tenemos tu huella en el cuerpo de la víctima. ¿Puedes explicar eso? —cuestionó Miri.

Se puso en pie y comenzó a golpear la estantería que tenía a su derecha. Virginia y Miri al observar su estado, se levantaron pero con la mano en la reglamentaria.

—Tranquilízate o la liamos —añadió Virginia.

—Necesito un sorbo.

—Te dijo la inspectora que cuando hayamos terminado —añadió Miri.

Virginia lo miró. Su mano derecha le temblada y no a causa de haber golpeado la estantería.

—Déjale, lo necesita.

Miró a la inspectora y, con aquella intensa mirada, le dio las gracias por permitirle hacerlo. Se sirvió un vaso de vino y lo apuró

de un trago. Cuando el líquido amargo se asentó en el estómago, los nervios empezaron a disiparse.

—Yo no he matado a nadie —volvió a repetir.

—Siéntate y dinos porqué están tus huellas en el cuerpo de Hafid.

—Eso no puede ser, es imposible, hace mucho que no voy por la calle Segovia. Me quieren cargar a mí el muerto.

—¿Cómo sabes qué fue en la calle Segovia? No lo he dicho en ningún momento.

—Oiga, me están liando, váyanse de mi casa.

—Tranquilo, solo estamos charlando, no te alteres. Solo explica porqué están.

—Si pudiera lo haría. ¿O piensas qué quiero ir a la cárcel?

—Lo que pensamos da igual, nosotras nos basamos en las pruebas. Un vecino, nos dijo que hace una semana, un hombre discutió con la víctima. Ese hombre eres tú, discutisteis, a la semana regresaste a la portería y lo mataste porque él te lo pidió en esa carta. ¿Qué hacías en su portería? Porque estamos en la otra punta de Madrid.

—Suelo ir mucho por la calle Segovia, hay bares que frecuento, saldría borracho, vería el portal abierto y me metería.

—¿A qué te dedicas? —inquirió Miri, su voz más cuchilla que pregunta.

—Trabajo como vigilante en un supermercado —respondió él, clavando la vista en el suelo—. Contrato temporal. Es lo único que encontré después de salir del ejército.

—¿No te concedieron pensión?

—Con eso no me llega ni para comer —gruñó. Su tono mezclaba resignación con una rabia vieja, masticada durante años.

—¿Vives solo?

—Sí. No tengo mujer. Tampoco hijos. Ni perro. Ni nada.

—¿Y por eso escribiste al asesino? —apuntó Virginia, como quien tantea el filo de una hoja.

El tipo alzó la cabeza. Tenía los ojos hundidos, como pozos sin fondo.

—Me recordó a mí. Quise decirle que fuese fuerte. Que no estaba solo. A veces, cuando el silencio te muerde los talones, cualquier monstruo se parece a un hermano.

—¿Dónde estabas el lunes por la mañana?

—En el trabajo.

—¿A qué hora entras?

—A las siete.

—Dices que eres vigilante. ¿Llevas arma?

—No. Solo una porra. Y ni siquiera metálica.

—Pero estuviste en el ejército —siguió Virginia, inclinándose hacia él—. Sabes manejar un arma. Y seguro que sabes cómo conseguirla. No necesitas una tienda si sabes a quién mirar. ¿Te importa si echamos un vistazo a tu casa?

—Eso no va a ser posible.

—Nos dejas ver las cartas por lo menos.

—No las tengo, me pidió las quemase, es lo que hice.

Virginia no supo si decía la verdad, o lo estaba mintiendo en su cara.

—Te detuvieron por daños a la propiedad pública, ¿qué liaste?

—Eché una meada a la rueda de un coche patrulla.

—Muy educativo.

—Qué quiere que le diga, cuando bebo, no sé lo que hago. Si no tienen nada, el filete se me está quedando frío.

—Tenemos lo suficiente. Bien, esto es lo que va a pasar. Vamos a pedir que venga una patrulla, y te vas a venir detenido.

—No por favor… se lo suplico, yo no lo he matado, llame a mi encargado y verá que no le miento. Estuve trabajando desde las siete.

Virginia lo miró. De la misma manera que con las cartas, tampoco supo distinguir la verdad o la mentira en aquellos ojos.

—Dame tu móvil.

—¿Para qué?

—¿Quieres cenar en tu casa o quieres unas galletas y un zumo de piña en el calabozo? Solo te digo que las galletas están rancias.

—Casa.

—Pues dame el móvil.

Se lo entregó. Virginia accedió a los contactos.

—¿Por cuál nombre tienes a tu encargado?

—Toni encargado.

—Espero que no me mientas y me quieras dar gato por libre. De lo contrario, seré yo misma quien te meta a patadas en una celda.

—¿Crees qué quiero mentirte? Soy el primer que quiero que acabe esto.

La inspectora observó su reloj, eran las diez de la noche. Llamó al encargado. Puso el altavoz.

—A ver, qué te pasa ahora, ya no te puedo dar más adelantos —mencionó una voz cansada.

—Supongo que eres Toni.

—¿Tú quién eres? ¿Eres amiga de Luis?

—Más bien soy policía. Inspectora jefe Virginia Otero, de la policía judicial. Quiero hacerte una pregunta.

—Sin problema, pregunte.

—¿Sabes dónde estuvo el lunes por la mañana? A partir de las siete.

—Estuvo trabajando, ¿ha pasado algo?

—No, todo está bien.

—Entonces lo veo en un par de días.

—¿Mañana no trabaja?

—No, libra.

—Una pregunta más. ¿Tiene cámara el supermercado?

—Tenemos varias.

—¿Puedes mandarme las grabaciones en la que salga él?

—Por supuesto, ¿adónde se lo mando?

Virginia le dio la dirección de correo electrónico.

—Mañana a primera hora lo tiene.

—De acuerdo, gracias por atenderme.

—Un placer.

Colgaron.

Virginia lo volvió a mirar.

—Has tenido suerte, tu encargado ha confirmado la coartada. Por ahora, hemos terminado.

Estado en la calle, de camino al coche, conversaron. Miri se la notaba un poco alterada.

—¿Por qué no lo hemos detenido? Seguro que es él, sus huellas estaban en el cuerpo.

—Lo sé, pero tiene coartada, tú misma lo has oído.

—¿Y la huella?

—No lo sé Miri, puede que se contaminase la escena. Es imposible que estuviera en dos sitios la vez.

—¿Y si nos miente el encargado?

—Por eso le pedí la grabación, esa sí que no miente.

—Pero lo puede manipular.

—Miri, hija, que retorcida eres, cada día te pareces más a mí. Si está manipulado, los compañeros lo averiguarán. Es tarde, vayamos a descansar, mañana seguiremos.

Virginia llegó a casa pasadas a las once, con el cansancio colgado de los hombros y el eco de aquel interrogatorio aún retumbando en la cabeza. Se despidió de Andrés en el rellano. Había estado todo el día al cuidado de su hija, la había calentado una sopa y preparado una tortilla francesa. Una vez que Valentina cenó, la metió en la cama y la leyó un cuento. Abrió la puerta con cuidado, como si el más mínimo ruido pudiera romper algo sagrado. Dejó las llaves sobre la cómoda y se quitó las botas sin hacer ruido. La casa estaba en penumbra, con ese silencio espeso que solo conocen las madres que llegan tarde. Se asomó a la habitación de Valentina y la encontró dormida, medio destapada, con un peluche aferrado al pecho y el pelo revuelto sobre la almohada. Le acomodó la manta con delicadeza y se quedó un instante mirándola, como si necesitara confirmar que todo seguía en su sitio. Fue a la cocina, y recalentó la cena que Andrés la había preparado. Seguido, volvió a la habitación de la pequeña, le acarició el pelo, le dio un beso en la frente y susurró: «Mamá ya está en casa.» Valentina no se movió, pero entre sueños murmuró:

—Te estaba esperando.

—Ya estoy contigo.

—¿Se han portado bien los monstruos hoy? —preguntó la pequeña frotándose el ojo derecho.

A Virginia se le apretó el pecho.

—Hoy no han podido conmigo.

La pequeña cerró los ojos y cayó dormida. Virginia la tapó, la observó un rato en silencio mientras se preguntaba cómo podía seguir existiendo tanta inocencia en un mundo tan roto. «Ojalá te quedaras así» volvió a pensar apagando la luz y cerrando la puerta.

5

El reloj marcaba más de la medianoche de un martes cualquiera. Hacía una hora que las nubes habían descargado su furia, y con la misma rapidez que descargó, se fue. El viento soplaba haciendo agitar los toldos y arrastrando las hojas caídas de los arboles hasta hacerlas desaparecer. A causa del viento, los vecinos habían cerrado ventanas y bajado persianas. Dos chicas caminaban por la calle de los Gallegos, a su vez que las envolvía la tenue luz anaranjada de los faroles. Sin saber lo que el cruel destino aguardaba para ellas, sus pasos resonaban sobre el asfalto húmedo, marcando un ritmo pausado mientras conversaban en voz baja, como si el silencio de la ciudad durmiente les pidiera respeto.

Una de ellas fumaba un cigarro con aire distraído y la otra, con las manos en los bolsillos de una sudadera grande, observaba las sombras proyectadas por los árboles. Aunque la noche era fría y el viento les erizaba la piel, no tenían prisa: compartían ese momento con la complicidad tranquila de quienes ya no temen al silencio ni a la oscuridad. Entretanto caminaban, un hombre se cruzó en su camino. Vestía de negro y con un abrigo. No le vieron la cara debido a la gorra que ocultaba parte de su rostro, dejando al descubierto parte de su boca que aprovechó para esbozarlas media sonrisa. No le dieron importancia y continuaron su camino sin embargo, debieron de habérselo dado. Giraron la esquina a la calle Rincón de la Solana y continuaron andando. En aquella calle enmudecida, empedrada y empinada, solo les acompañaba la luz de las farolas. El viento había dejado de soplar para dar paso a un clamoroso silencio, un silencio en el que se podía escuchar el latir de un corazón, un silencio que se truncó al escucharse unos pasos tras ellas.

El aire se paró como un reloj recién estropeado, pero una sensación de alarma crecía con cada sombra que se alargaba tras ellas. A pocos metros, un hombre avanzaba con paso firme, manteniendo la distancia pero sin ocultar su presencia. Ellas

intercambiaban miradas nerviosas, acelerando el paso, sabiendo que no era una coincidencia. La ciudad dormía, pero el peligro estaba despierto.

Ambas se detuvieron.

Al igual que los pasos.

Los músculos no respondían, solo temblaban. Ninguna quiso mirar. Ninguna quiso ponerle cara a la sombra que las seguía. El miedo, que comenzaba a trepar por sus cuerpos, se lo impidió. No se miraron. Sus ojos, muy abiertos por el pavor, solo contemplaban una calle vacía.

Pasaron treinta segundos, pero para ellas, aquel instante se alargó como si el tiempo se detuviera.

Lucharon contra el miedo. Siguieron caminando, más deprisa, rezando en silencio, implorando que aquellos pasos no hicieran lo mismo.

De nada les sirvió rezar.

Al llegar a una plaza con coches aparcados, una de ellas —la de la sudadera con bolsillos— no aguantó más. Se detuvo en seco y se dio la vuelta, dispuesta a enfrentarse a quien las seguía.

Solo se encontró con una calle desierta.

Su amiga la agarró del brazo. Estaba cara a cara con aquellos pasos.

Antes de que pudiera alertarla, una sombra emergió entre los coches aparcados, levantó el brazo, la apuntó y le disparó a la frente.

El disparo la dejó petrificada. Los músculos ya no temblaban; simplemente no obedecían. Trató de darle una orden al cuerpo, al cerebro, algo que la hiciera reaccionar.

Solo pudo mover los ojos. Por el rabillo del ojo vio a su amiga desplomarse sobre el asfalto.

Esperó que aquel balazo —ese que acababa de arrancar una vida — se convirtiera en un milagro: un vecino que bajara, alguien que gritara, un príncipe que la salvara del brujo.

Alzó la vista hacia las ventanas, esperando ver una persiana levantarse, una cabeza asomada.

Nada. Todo seguía cerrado. Persiana abajo. Ventanas selladas. Silencio.

Tras acabar con la vida de su amiga, le apuntó a la espalda. No cerró los ojos, ni gritó. Solo dejó que la muerte se la llevara con apenas veinte años. Con toda una vida por delante.

Le daba igual el rostro de la mujer de negro. Ya no importaba. Su vida no importaba.

6

A las dos de la madrugada, el teléfono vibró como un insecto nervioso sobre la mesita de noche. El zumbido no era sonido, era presagio.

Virginia abrió los ojos. No con sobresalto, sino con la resignación de quien ya no espera descanso. Tenía el sabor metálico del insomnio pegado al paladar, y en la garganta, un nudo de noches mal dormidas. No necesitó mirar la pantalla. A esa hora, las llamadas no traen buenas noticias. Nunca lo hacen. Siempre es sangre derramada en el suelo.

Se incorporó lentamente, como si el cuerpo le pesara más que la cama. Afuera, la ciudad no dormía. Se arrastraba. Respiraba lento, con ese aliento sucio que sólo suelta cuando los pecados no han acabado de morir. En algún punto, alguien gritaba en silencio.

Virginia cogió el teléfono y respondió. Al otro lado, una voz. Seca. Urgente.

—Hay y dos víctimas más…

Virginia se incorporó.

—Dónde ha sido.

—En la calle Rincón de la Solana, en Vicálvaro.

—Me visto y voy.

La noche no había hecho más que empezar.

Encendió la luz de la mesita de noche. Salió de la cama, se puso un jersey vede, unos vaqueros negros y unas botas. Seguido, fue al baño, se lavó los dientes, se dio una ducha rápido sin mojarse el pelo, y se lo cepilló para no ir con unos pelos de loca. Llamó a Andrés para quedarse con Valentina. A los cinco minutos de que Andrés llegara, se marchó. Pasados veinte minutos, llegó a la escena. Su compañera lo hizo cinco minutos después. Un hospital de campaña cubría la escena. Donde antes era una desértica calle, ahora andaban vecinos que habían bajado o asomados por sus ventanas movidos por el morbo al escuchar el cántico de las sirenas

de azul. Ambas inspectoras accedieron y observaron la escena a las dos víctimas, Carolina Cruz, y Gloria Martín.

Carolina era la chica a la que disparó por la espalda. Su cuerpo esbelto yacía bocarriba, como una bella durmiente dormida sobre un charco de sangre. Pero ningún príncipe podría despertarla con un beso.

Su amiga descansaba igual, en la misma posición, aunque con un disparo en la frente.

Les había quitado la parte de arriba.

En el pecho de ambas, alguien había dibujado una cara triste.

—¿Qué narices hacían solas dos chicas por estas calles? —preguntó Virginia.

—Su DNI indica que viven en la calle Velilla, a unos ochocientos metros de la escena. Gloria vive en el número 14, y Carolina el número 6 —añadió Fran—. Estas son sus pertenecías.

Le entregó dos bolsos.

Se trataba de dos bolsos de tamaño medio. A Miri le dio el de Gloria. Los abrieron y examinaron su contenido.

—Llaves de casa, maquillaje, pañuelos… Lo normal, nada fuera de lo común—Siguió rebuscando—. Aquí está, su teléfono móvil.

—Yo tengo el de Gloria —mencionó Miri.

Al teléfono de Carolina le quedaba un cinco por ciento de batería. El de Gloria estaba apagado.

—No hay llaves de coche, eso significa que vinieron andando o trasporte público, si es que vinieron de lejos. Por su ropa no parece que vengan de fiesta —continuó Virginia—. ¿De casa de una amiga tal vez?

—Pude ser —alegó el técnico.

—Mismo asesino… —señaló Miri.

—Por sus huellas plantares sí, las botas coinciden con las encontradas en la portería. Y aparte del dibujo, tienen esto —Les abrió la boca—. Les cortó la lengua.

—¿Hora de la muerte? —cuestionó Virginia.

—Ente las doce y la una de la noche.

—¿Quién dio el aviso?

—El operario de la basura. Le hemos tomado declaración.

—¿Qué dice?

—Estaba recogiendo los cubos cuando las vio tirada en la acera. Nada más verlo, dio el aviso.

—El asesino quería que las vieran, de no ser así, las hubiera escondido por ejemplo entre dos coches o dentro del cubo de basura. No hay ningún patrón y tampoco creo que haya conexión entre las víctimas. Estamos en la otra punta de donde asesinaron al portero. Creo que sale a matar al primero que se cruza en su camino, en este caso, dos chicas —Observó los ojos del dibujo— Los ojos son…

—Sí —interrumpió el técnico— dos dedos índices de la mano derecha.

—¿De ellas?

—No, sus dedos están limpios.

—Háblanos del dibujo, ¿lo hizo con el mimo cuchillo?

—La profundidad es la misma, un centímetro. Realizado al contrario de las agujas del reloj pero con un matiz distinto al realizado en el cuerpo de Hafid. Esta vez lo hizo más deprisa.

—Estamos en la calle, se expuso a que lo vieran, no quería tardar demasiado. Vayamos con el arma homicida. Supongo que la misma.

—Por el ángulo, el anillo de combustión, y la quemadura, sí, mismo calibre 9mm, y misma munición del 38. Los disparos los realizó a un metro de distancia. Ahora podremos deducir cuánto mide el asesino. A Carolina la disparó por la espalda, y yo diría que entre las vertebras de la caja torácica. El dibujo del orifico de entrada es más grande y se nota pequeñas muescas del cuchillo. Una vez muerta, la dio la vuelta y la hizo el dibujo en el pecho.

—Introdujo el cuchillo para sacar el proyectil. ¿Sabe si lo sacó?

—Eso lo determinará el forense en la autopsia.

—¿Sabemos que revólver es?

—Estoy trabajando en ello.

—Vamos con su amiga.

—El disparo se realizó a la misma distancia. La víctima no intentó huir, yo diría que ni se movió. El proyectil entro por el frontal y salió por el parietal impacto en la señal. Hemos recogido pequeñas esquirlas.

—Seguid investigando, nosotras vamos a inspeccionar las calles adyacentes.

A las tres y media dieron la vuelta y bajaron por la calle Rincón de la Solana hasta llegar a la calle los Gallegos. La calle era de doble sentido, flanqueada por edificios viejos y desgastados, con un bulevar de árboles que apenas lograba ocultar la suciedad acumulada entre la acera y el asfalto. No había mucho que mirar, ni nada que valiera la pena. Garajes con puertas oxidadas, una barbería americana con neones parpadeantes, y un bar llamado Los Carusos. En el letrero, iluminado con una luz mortecina, se leía el horario: de cinco de la mañana a once de la noche. Siempre abierto, siempre esperando a los que no tienen a dónde ir.

—No hay nada, ni parada de autobús, ni metro… —indicó Miri.

—En los bolsos no hemos encontrado ninguna llave de coche. O estuvieron cerca de sus casas, y regresaron caminando, o vinieron en taxi, o alguien las trajo. Múltiples posibilidades.

—¿Y si estuvieron en el bar?

—Quizás, pero por las vestimenta, no parece que hubiesen estado, nadie va a tomarse algo en chándal, ¿no te parece?

—No sé, ya sabes que yo no bebo.

—Son las cuatro de la mañana, habrá que darles la noticia a los familiares.

7

Dar la noticia siempre les partía el alma, un golpe seco que helaba la sangre de ambos lados. La primera prueba, la más brutal, era enfrentarse a los padres. ¿Cómo decirles que su hija estaba muerta? ¿Cómo soltar la palabra «asesinato» sin que se les derrumbara el mundo encima? No había respuesta ni consuelo para eso.

El segundo golpe se lo llevaban ellas mismas. Virginia y Miri, antes de soltar la verdad, se aferraban una a la otra, como si el peso compartido fuera más fácil de soportar. Más aún para Miri, quien aún cargaba las cicatrices invisibles de aquella mazmorra donde el miedo se había instalado como una sombra eterna.

Bajo la medialuna que rasgaba el cielo, avanzaron en silencio. La noche, densa y opaca, era un manto que escondía secretos y heridas. Dolor para unos, esperanza para otros. El primer golpe fue en el número seis de la calle Velilla, el domicilio de Carolina Cruz. Virginia se detuvo en el umbral, apretó los dientes, inhaló el aire frío y llamó al timbre. Eran las cuatro veinte de una madrugada muerta, sin un alma en las calles, solo el eco lejano de sus propios pasos.

—¿Quién es? No son horas de llamar —contestó una voz femenina. Aquella voz denotaba enfado.

—Buenas noches, soy la inspectora Virginia Otero, de la policía judicial. ¿Podemos hablar con usted?

Se hizo un breve silencio para seguido, dirigirse a su marido. Sus palabras no entonaban enfado, su timbre de voz comenzó a estremecerse.

—Cariño, es la policía, quieren hablar con nosotros.

—Que suban.

Abrió el portal y entraron. Subieron en el ascensor hasta el tercer piso. Antes de que el ascensor llegase al piso, ambas inspectoras pudieron sentir la tristeza de los padres de Carolina dado que estos, al llamar la policía, sabían que las noticias serían devastadoras. Como así fueron. En el descansillo, lo padres aguardaban bajo del

arco de su puerta. Solo pasaron tres o cuatro minutos desde que Virginia y Miri entraron al portal y subieron al piso. En ese tiempo, la madre se había quedado sin lágrimas de tanto llorar. Tan solo en aquel efímero espacio de tiempo. Ese tiempo que se convertirá en el aliado del recuerdo. Virginia se volvió a presentar mostrando la placa.

—Soy Gonzalo, ella es mi mujer Claudia. Por favor, díganme que le ha pasado a Carol.

—Será mejor que entremos.

—No, dígame que ha pasado.

—Señor Cruz, no sé cómo decirle esto.

A su mujer no le hizo falta escuchar nada más. Con solo aquellas cinco palabras, se arrodilló y dejó que las lágrimas inundaran el frío rellano.

Su marido la sostuvo, la levantó con cuidado y la abrazó con fuerza. Nunca la había abrazado de aquella manera, pero la situación lo pedía.

—Sí, será mejor que entremos —añadió.

El salón, ahora envuelto en una penumbra densa, parecía tragarse los colores. El marido ayudó a su mujer a acomodarse y, acto seguido, fue a la cocina a por un vaso de agua.

Virginia y Miri se sentaron en silencio.

Al regresar, le entregó el vaso a su mujer, y se mantuve de pie, con los brazos cruzados y la mandíbula apretada como si sujetara con ella algo más que palabras. Su mujer, encogida en el sofá, sostenía el vaso de agua entre las manos como si temiera que al soltarlo se rompería algo más que el cristal.

El marido miró a las inspectoras.

—Hablen sin rodeos —pidió

Virginia y Miri se miraron sin necesidad de hablar. Las preguntas venían cargadas de muerte.

—Siento decirle esto pero su hija, ha fallecido junto a su amiga Gloria.

—¿Qué? ¡Eso no puede ser! —exclamó el marido a su vez que abrazaba a una desconsolada Claudia.

Los dos rompieron a llorar y se abrazaron como si fuera la última vez que lo harían en la vida.

Ambas inspectoras mantenían la cabeza agachada, intentando enterrar sus sentimientos en lo más profundo de sí mismas. Esperaron sin prisa, dejando que aquella familia destrozada encontrara un mínimo de sosiego.

Cuando lograron recomponerse, Virginia les explicó cómo habían perdido sus jóvenes vidas.

Los padres contaron que Carolina, estudiante de Derecho, regresaba junto a Gloria de pasar la tarde en casa de su amiga Bárbara, en la calle Lavadero Viejo, a poco más de un kilómetro y medio de sus domicilios.

Carolina había salido a las cinco para celebrar el cumpleaños de esta última.

—¿Qué puede decirnos de su amiga Bárbara?

—Se conocen desde pequeñas, desde el colegio. Vive en una urbanización a cuatro calles de la nuestra.

—¿Suele llegar tarde? —cuestionó Miri.

—No, nunca, cuando tiene universidad, siempre llega a su hora, las doce.

—¿Suelen quedarse despiertos o se van a dormir antes de qué llegue?

—Nos acostamos antes. Los dos trabajamos, yo ahora tendría que estar de camino. Ella entra sin despertarnos.

Según su padre, cada dos horas le mandaba un mensaje para saber cómo estaba su niña.

«Bien, papá. Ya hemos cenado. En una hora nos marchamos. Un beso. Te quiero.»

Ese fue el último audio que recibió de ella, a las diez y media de la noche.

Esa fue La última vez que pudo escuchar la dulce voz de lo que más quería en la vida. Una voz que se le grabó para siempre en la cabeza. Una voz que no debió de apagarse.

No quisieron seguir preguntando. Era mejor esperar a que la enterrasen y la llorasen.

En silencio, se levantaron y salieron del domicilio. Hicieron lo mismo con la familia de Gloria.

Después de darles la noticia, a las seis y media de la madrugada, sus cuerpos estaban agotados, pero el sueño no llegaba.

—¿Te apetece un café? —preguntó Miri.

—Mataría por uno. ¿Has traído coche?

—No, me trajo mi chico.

Se metieron en el coche de Virginia y dieron vueltas sin rumbo fijo, buscando un bar que todavía estuviera abierto. La ciudad dormía con los ojos abiertos, y el frío se colaba por las rendijas. Al fin dieron con una cafetería en una esquina, el tipo de sitio que acaba de abrir, donde el aire olía a café amargo y madera vieja.

Un camarero, con la camisa arrugada y cara de pocos amigos, colocaba las mesas y las sillas con movimientos mecánicos. Nadie más estaba dentro, solo trabajadores que entraban cansados y sin ganas de charla.

Se sentaron en una mesa del fondo, lejos del ruido de la tragaperras. Pidieron dos cafés solos, sin azúcar. Ninguna tenía hambre, y aunque tampoco tenían sed, necesitaban algo caliente entre las manos. Se quedaron en silencio unos segundos, observando a los parroquianos habituales como si fueran piezas de un decorado que nunca cambiaba. Virginia dio el primer sorbo. Miri la imitó. El sabor amargo del café no calmó nada, pero les dio algo a lo que aferrarse mientras pensaban en las dos chicas muertas.

—Seguro qué fue él —alegó Miri.

—¿Quién? —cuestionó Virginia dando un sorbo al café.

—El tío que se escribió con el asesino.

—Tiene coartada.

—Hasta que no veamos la grabación, no podemos descartarlo.

—¿Piensas que nos mintió el encargado? ¿Qué conseguiría con eso? No tiene pinta de que mienta por él —añadió la inspectora jefe dejando la taza en la mesa.

—Todavía no lo sé, pero vamos a suponer que fue él. Discutió con el portero una semana antes de que lo mataran, sabía que fue en la calle Segovia, encontramos su huella en el cuerpo de la víctima

y cuando fuimos a su casa, tenía el mismo abrigo que describió el niño. ¿Qué más necesitas? Es el único que da el perfil.

—Entonces, ¿está matando por orden del asesino que está en prisión?

—Está continuando su obra. Seguro que fue eso lo que le pidió hacer en las cartas. Te apuesto una cerveza a que su huella y la del asesino están en los cuerpos. Bueno, en mi caso un refresco.

—Acepto la apuesta.

Se estrecharon las manos y se sonrieron.

—¿Cómo vas con la terapia? —continuó Virginia.

—Bien, ya no me cuesta tanto dormir y no tengo tantas pesadillas. La doctora dice que estoy mejorando.

—Me alegro mucho. Ya sabes que si necesitas algo, aquí estoy sea la hora que sea.

—A veces me siento vacía, como si solo funcionara cuando estoy trabajando se —confesó Miri con la voz más baja de lo habitual

Virginia asintió, sin mirarla.

—Lo nuestro no es un trabajo normal, nos acostumbramos a ver lo peor y luego nos pedimos que durmamos tranquilas, que queramos a alguien como si nada.

Miri la miró, con una mezcla de ternura y cansancio.

—Solo sé que cuando trabajamos juntas, todo se calma un poco.

Virginia le apretó la mano, y eso fue todo. No necesitaban más.

8

Tras apenas un par de horas de sueño en el asiento frío del coche patrulla, aparcado en el desangelado parking de la jefatura, el sonido insistente del móvil de Virginia las sacó del letargo a las nueve en punto. Era el técnico en informática. El encargado del supermercado había enviado la grabación justo al amanecer, cuando la ciudad aún despertaba entre sombras y silencio.

Con un café humeante en la mano, entraron al laboratorio, ese pequeño santuario de luces fluorescentes y pantallas parpadeantes donde todo podía revelarse o esconderse. El técnico, con el ceño fruncido y sin mediar palabra, les mostró el vídeo mandado por el encargado. En la imagen, borrosa por momentos, se distinguía nítidamente al sospechoso: vestido con el uniforme de vigilante, un traje que parecía una máscara en la penumbra del supermercado. Caminaba de un lado a otro, con esa calma fingida de quien sabe que está siendo observado, contestando con palabras medidas a las preguntas de los clientes, pero con los ojos siempre alerta, esquivando la verdad.

Virginia apretó el café entre las manos, el frío del vaso contrastaba con el calor que le subía al pecho. Habían encontrado a su hombre, pero el callejón oscuro que se abría ante ellas prometía más secretos que respuestas.

Nada fuera de lo normal.

—¿Puedes comprobar si el vídeo fue manipulado? —preguntó Virginia, con el ceño fruncido.

—Dame un par de minutos —respondió el técnico, sin apartar los ojos de la pantalla.

Arrastró el archivo al software de análisis forense. La barra de carga avanzó como un latido lento, en una sala donde el silencio pesaba como plomo.

—No —dijo al fin, con voz plana—. No hay cortes, ni capas, ni superposiciones. No es un vídeo editado.

—Perfecto, ¿qué mas tienes para nosotras?

—Ahora me iba a poner con el móvil de Gloria. Ya examiné el de Carolina. Su GPS indica que no se movieron de la calle Lavadero Viejo.

—Ese es el domicilio de su amiga Bárbara, estuvieron toda la tarde celebrando su cumpleaños. ¿Podemos ver las últimas fotos de su móvil? Alguna foto se hicieron juntas.

—Veamos.

Accedió a su móvil y navegó por el menú hasta encontrar los archivos de imágenes. En total, había cuatro fotos y un video. Las fotos estaban tomadas en distintos momentos de la celebración. En ellas se veía a la cumpleañera en su habitación, disfrutando de una copa junto a otras dos chicas. La última imagen era un selfie tomado alrededor de las once y media de la noche. Luego, reprodujo el video, donde las cuatro cantaban juntas el «Cumpleaños Feliz» para Bárbara, transmitiendo un ambiente cálido y festivo.

—Sigue investigando.

—¿No necesitas nada más de su móvil?

—Por ahora no, sabemos que no es un crimen pasional, solo quería saber si se movieron a otro lugar por si el asesino las hubiera visto con anterioridad.

Sobre las once y media de la mañana, Miri marcó el número del anatómico forense. Quería saber si la autopsia de Hafid ya estaba lista. Le confirmaron que sí. En media hora se personaron en el lugar. El forense, con paso firme y mirada fría, los guió hasta la sala de autopsias. Caminaban entre fantasmas y un silencio que pesaba más que el aire viciado. Frente al cajón donde yacían los restos, el forense abrió la tapa con manos acostumbradas a la muerte. Retiró la sábana, dejando al descubierto lo que quedaba de Hafid, y desplegó el informe con la misma indiferencia que se lee un parte meteorológico.

—Hafid no presenta ningún signo de pelea, ni de agresión. La bala fue lo que mató en el acto. Tiene una operación en su hombro derecho, es un hombre que se alimenta bien, no bebe alcohol según el hígado, pero si fuma, puesto que hay un poco de hachís en su organismo. Hice un examen capilar por si fuera consumidor de otras

sustancias con alguna regularidad, el resultado fue negativo excepto en el cannabis.

—Sabemos por un vecino que discutió con un hombre hace una semana. ¿Tiene signos de pelea que hayan sido curados?

—No, presenta alguna que otra cicatriz pero no parecen de lucha, ni parecen recientes. En mi opinión si discutió con el hombre, solo fueron palabras.

—¿Te han traído a las dos chicas?

—Sí, llegaron hará varias horas. Todavía no me he puesto con ellas.

—Necesitamos la autopsia cuanto antes.

—Inspectora jefe Otero siempre me hace lo mismo. ¿Quiere qué me ponga ya?

—Sí.

El forense la miró de la misma manera que miraba a los cadáveres: con una mezcla de distancia clínica y desapego absoluto. No había en su mirada ni un atisbo de emoción, ni siquiera curiosidad. Sus ojos recorrían cada detalle del rostro de Virginia. El silencio de la morgue parecía envolverlos a ambos, como si el tiempo se hubiese detenido entre la vida y la muerte.

—Lo puedo tener en tres horas.

—¿Puede ser en una?

—Inspectora, no soy Dios.

—Seguro que con sus ayudantes, la tienes en una.

El forense la volvió a mirar. Ya la conocía, sabía que iba a insistir. Cada vez que ella entraba en la sala, con sus preguntas afiladas y su mirada decidida, él sentía que el tiempo se hacía más lento.

—Volved en una hora, a ver qué puedo tener.

Se fueron al bar a comer algo. Una vez que pasó la hora, regresaron, ni un minuto antes, ni un minuto después. Como si alguien les hubiera marcado el tiempo desde afuera, sin margen para errores.

—Dime qué tienes algo.

—Algo tengo. Realicé informes toxicológicos, ambos revelan que no consumieron ningún tipo de droga en su organismo. Un poco de alcohol pero en cantidades minúsculas. Empecé con Carolina, la

chica disparada por la espalda. Comencé por ella porque me llamó la atención la forma del orificio de entrada del proyectil. Se nota que insertó un objeto punzante.

—Creemos que intentó extraer la bala.

—Y la extrajo, pero encontré esto —Le entregó trozos del proyectil— Estuvo hurgando bien, observa las vertebras, se nota la punta del objeto punzante.

—¿Murió por el disparo?

—No, murió desangrada. La bala impactó en la columna torácica sobre la T6, la sexta vertebra torácica. El desangre vino por el dibujo en el pecho y por extraer la bala de malas maneras. Si no lo hubiera hecho, quizás la víctima seguiría con vida pero en silla de ruedas. Gloria si murió por el disparo en la cabeza. Supongo que es lo que necesitabas saber.

—Sí, y tenemos lo importante, trozos del proyectil.

Se dirigieron a llevar los fragmentos del proyectil al laboratorio y hablaron con el técnico encargado.

—Toma —Se lo entregó—.Nos lo dio el forense, estaba entre las vertebras de Carolina.

—Bien, puedo seguir investigando sobre el arma.

—¿Tienes los resultados de las huellas encontradas en los cuerpos de las chicas?

—Sí, una pertenece al interno de la cárcel, y la otra a tu sospechoso, Luis Eduardo Pérez.

—A por él —sentenció Miri con una sonrisa.

Hablaron con la jueza. No fue un pedido cualquiera, era una orden de detención, firme y fría como un disparo en la noche. La jueza la estampó con una mirada que no perdonaba. No había vuelta atrás.

El primer interrogatorio en casa de Luis Eduardo Pérez, fue una pantomima. Una charla amistosa para disfrazar la presión que había bajo la mesa. Querían saber quién era realmente, si tenía coartada para el primer asesinato, si era un tipo con algo que esconder o simplemente un peón más en este juego macabro.

Sin embargo, la cosa se volvió a tercer para Luis cuando su huella apareció de nuevo. Esta vez en otra víctima. Ya no se trataba

solo de excusas. Ahora tenía que justificar dónde estuvo esa maldita noche, explicar por qué su persona, se proyectaba tanto en el crimen del portero como en el de las chicas. Pero lo que más ansiaban las inspectoras, era que contara una historia que no sonara a mentira, porque ellas ya olían el veneno bajo la lengua de la serpiente.

Volvieron a su domicilio. La calle seguía igual, inmóvil en el tiempo: el portal conservaba el cartón cubriendo el cristal roto, y lo que quedaba del carrito de bebé permanecía abandonado en las escaleras, sin haberse movido un centímetro. Subieron hasta la puerta de su casa y la golpearon con firmeza.

—Luis Eduardo, sabemos que estás ahí, abre la puerta, ¡policía! ¡Abre! —exclamó Virginia.

El sospechoso abrió con la misma ropa que el primer día.

—¿Vosotras otra vez? Ya les dije todo. Váyanse.

Fue a cerrar la puerta, Virginia se lo impidió poniendo el pie.

—Quedas detenido por el asesinato de Gloria Martín y Carolina Cruz.

Observó a las inspectoras y al séquito de agentes uniformados que las acompañaban. Sin perder tiempo, empujó la puerta y se lanzó al salón con rapidez. Pero no era eso lo que realmente quería hacer.

—¡La ventana! —exclamó Miri con voz urgente.

Justo cuando el sospechoso estaba a punto de saltar desde el cuarto piso, con un impulso decisivo, Miri se abalanzó sobre él y logró derribarlo al suelo, inmovilizándolo antes de que el peligro se consumara, y para que los operarios de la limpieza no tuvieran que quitar sus sesos del asfalto.

—¿Qué te querías lanzar a lo *Superman*? —cuestionó Virginia.

—¡Me haces daño perra!

—Calla —alegó Miri colocando los grillos en sus muñecas.

—Tienes mucho que contar —continuó Virginia.

—Esto es absurdo, ¿de nuevo la misma tontería? No he matado a nadie, ni sé quiénes son esas chicas.

—En jefatura lo explicas todo.

Le leyó sus derechos.

9

Entrada la tarde, el aire estaba pesado, como si la misma ciudad contuviera el aliento. Un compañero con la sonrisa torcida y la mirada perdida, le ofreció unas galletas rancias y un zumo de piña caliente, un gesto absurdo y casi cruel, dictado por Virginia. Sin protestar, se lo tragó todo, consciente de que no era más que el preludio a lo que vendría.

Lo llevaron a los interrogatorios con paso firme y entre murmullos, mientras el eco de sus propios pensamientos resonaba más fuerte que las palabras que aún no habían sido pronunciadas. Sabía que esa merienda amarga era solo la antesala de la verdad... o de la mentira que él haría tragar a las inspectoras.

—Bueno, ¿qué tal has merendado? No es un hotel de cinco estrellas, pero algo es algo. Nosotras ni eso, estamos caninas.

—Bueno, ¿qué tal la merienda? No es un hotel de cinco estrellas, pero peor es ayunar en una celda. Nosotras ni eso. Estamos caninas.

—No sé qué hago aquí.

—Claro que lo sabes. Estás aquí porque alguien murió y tu puta huella está en su cadáver.

—Ya lo he dicho mil veces. No he hecho nada.

—¿Y por qué están tus huellas en el cuerpo, entonces? ¿Me vas a decir que fue magia? Mira, no sé cómo lo hiciste, pero sé que no estabas solo, alguien que te ayudó a orquestar todo esto. Un colega del interno, quizás. Porque tú trabajas para él, ¿verdad?

—No.

—Sí. Os hicisteis amiguitos por carta. Él te calentó la cabeza con sus mierdas. Y tú, a falta de propósito, le compraste el discurso. Te puso en contacto con alguien, uno de los suyos. Te dio las instrucciones. Continuar su obra. Esa fue la petición, ¿me equivoco?

—No sé de qué me habla.

—Lo que no termino de entender es cómo demonios lograste que tu huella apareciera justo donde debía, como una firma. Y entonces

pensé en una técnica vieja, de las que no salen en Netflix: el celo. Impregnas tu huella en cinta adhesiva, y luego la estampas sobre la piel de la víctima. Como un sello. Preciso. Limpio. Frío.

Virginia se tiró un farol, sabía que de esa manera no lo pudo hacer, dado que el técnico no encontró restos de adhesivos impregnados en la huella.

—Lo hiciste así, ¿verdad?

—Se equivoca.

—Pues entonces, corrígeme.

Quedó callado.

—Dime que es lo que te pidió en esa carta, no es muy difícil…

—No puedo decírselo, lo siento.

—Estamos perdiendo el tiempo, llevárosle. Cuando quieras hablar me lo dices.

El agente que lo custodiaba le cogió por el hombro derecho e hizo ademán de levantarlo.

—¡Espera!

—¿Tienes algo que decir?

—Lo que me pidió fue…

—Dilo y te prometo que se acabará esto.

—¿Y quedaré en libertad?

—Depende de lo que digas…

—No se lo digo, es mejor que se lo muestre.

Se quitó el guante derecho con desgana y les mostró la mano. Donde debía estar el índice, sólo quedaba un muñón mal curado, oscuro como la noche más sucia. La gangrena se lo había ido comiendo desde el primer día, y no parecía que nadie lo hubiese curado. Las inspectoras se inclinaron, pero bastaba un vistazo para saber que aquello no lo había hecho un médico. El corte era tosco, brutal. Lo había serrado él mismo, con lo primero que encontró. Las marcas del serrucho seguían ahí, mordiendo la carne y el hueso como si acabaran de hacerlo.

Ninguna de las dos dijo nada, pero en sus caras se dibujó la sorpresa. Y algo más: asco, tal vez. O miedo. O las dos cosas.

—No puedo creerlo —añadió Virginia.

—Lo está viendo usted misma —Se volvió a poner el guante—. Eso fue lo que me pidió, no que discutiese con el portero, y menos matarlo como insinuó en mi casa.

—¿Qué? —inquirió Virginia frunciendo el ceño.

—Ya lo ha oído, me corté el dedo índice, eso fue lo que me pidió, no que discutiese con el portero y menos matarlo, como insinuó en mi casa.

—Pero nos dijiste que discutiste con él.

—No, yo les dije que discuto con mucha gente cuando voy borracho. Sabía lo de la calle Segovia porque voy mucho por esa zona. Él sabía por dónde me muevo.

—Menuda película me estás contando.

—Le digo la verdad se lo juro. ¡Joder! Ahora que caigo, que estúpido fui, ese hijo de perra me la ha jugado.

—Vamos a suponer que te creo. ¿A quién se lo mandaste? Porque él está en la cárcel y los paquetes se controlan muy bien. Es más, en los archivos no consta ningún registro. ¿Adónde lo mandaste?

—No se lo mandé a nadie, lo llevé yo mismo.

—¿Te dijo por carta el lugar donde debías entregarlo? —inquirió Miri.

—No, un hombre me llamó por teléfono, me dijo que fue a una hora y un lugar que él indicaría.

—Dime la hora y el lugar. —cuestionó Virginia.

—En la calle Goya, La Basílica de la Concepción de Nuestra Señora, a las siete de la tarde.

—¿Cómo lo llevaste?

—En una nevera portátil con hielo y a su vez dentro de una caja. Lo dejé debajo del quinto de banco empezando por atrás, cerca de una estatuada de la virgen María con el niño Jesús.

—¿Había gente en la iglesia?

—Bastante, se estaba celebrando una pequeña misa. Todo eran gente de mediana edad y mayores.

—¿Reconociste a alguien? Alguien que te sonase su cara.

—No.

—Lo dejaste y te fuiste, ¿no esperaste a ver quién lo recogía? —preguntó Miri.

—Me fui nada más dejarlo.

—Me suena un poco a historia —continuó la inspectora jefe.

—Le digo la verdad, créame.

—¿Cuándo te hizo cortarte el dedo?

—Hará unos diez días.

—En esas cartas, ¿qué os decías?

—Todo lo decía yo, él se limitaba a hablarme de su día a día en la cárcel. Yo le conté toda mi vida, a qué me dedicaba, dónde vivía, por dónde salía…

—¿Cómo te pidió cortarte el dedo?

—En una de las cartas. Aparte de contarme lo de siempre, me dijo que si hacía algo por él. Yo, en una de las cartas que le mandé, le dije que haría cualquier cosa que me pidiera.

—¿No te pareció raro esa petición?

—Estaba y estoy en un momento jodido de mi vida, él era mi consuelo, no me pareció raro. Solo lo hice.

—Hablaré con un forense para certificar cuándo te cortaste ese dedo.

Salieron del cuarto de interrogatorios y entraron en la sala contigua, separada por un falso espejo. Desde ahí, la jueza, el jefe superior y las dos inspectoras miraban al tipo. Cabeza agachada, los codos sobre la mesa. Pensaba. O fingía pensar. Sabía que se la habían jugado, y empezaba a entender cómo.

—¿Qué opina, inspectora? —preguntó la jueza.

—Dejando a un lado que está como una cabra… no sé qué decirle. Es un hombre solo, cargado de traumas. Vio en ese asesino a un héroe. Lo convirtió en su cruzada personal. Su fanatismo le llevó incluso a cortarse el dedo. El forense dirá si fue hace diez días, como él afirma.

—Dice la verdad sobre el dedo —intervino el técnico, acercándose con una carpeta—. Estuve tan centrado en el arma del crimen, que pasé por alto las huellas en el dibujo del pecho.

—¿A qué te refieres? —preguntó Virginia, entrecerrando los ojos.

—La huella que encontramos tiene los niveles de grasa por debajo de lo habitual. Los poros están cerrados. Además, detectamos residuos de grasa vegetal, en concreto, manteca.

—No entiendo nada —alegó la jueza.

—Es fácil, señoría —explicó Miri—. Se cortó el dedo, sí. Pero antes de eso, impregnó su dedo índice en manteca, luego en la sangre de la víctima, y lo usó como sello. Así dejó su huella en el dibujo sin tocar nunca el cuerpo.

La jueza inspiró profundamente, como si quisiera tragar todo lo que acababa de escuchar.

—Así es como lo hizo —afirmó el técnico.

—El no estuvo en los crímenes —continuó Virginia.

—Eso no prueba, pudo haber hecho el paripé para echar la culpa a otro —añadió el jefe superior.

—También tengo el informe de su ropa. No presenta manchas de sangre ni restos de pólvora —prosiguió el técnico.

—Pudo haberlo lavado con lejía —afirmó la jueza.

—Las manchas de sangre aunque le des lejía, siguen quedando rastros. Esa ropa por lo menos no estuvo en la escena del crimen.

—Es la misma marca, color que describió el hijo del portero —dijo Virginia.

—Las botas tampoco coinciden con la huellas del suelo.

—Dame un segundo.

Virginia volvió a entrar para hacerle un par de preguntas.

—¿Sueles llevar siempre la misma ropa?

—Cuando no estoy trabajando, sí. ¿Por qué lo pregunta?

—¿Has notado si alguien te ha estado siguiendo?

—No que yo sepa.

—Eso es todo.

Virginia regresó al pasillo.

—Le han tendido una trampa, eso está claro. ¿Y la huella encontrada sobre el interno? Si él no lo hizo, y el interno está en la cárcel, hay un tercero.

—Eso es lo que también quería decirles. La examiné detenidamente, una huella artificial, con restos de tinta que al mezclarse con la sangre, la tinta queda relevada a un segundo plano

—El técnico mostrando dos fotografías de la carpeta —Aquí la huella recogida en el cuerpo de Hafid, se observa con más nitidez, la otra son las recogidas en los cuerpos de Carolina y Gloria, se aprecia más difuminado el arco.

—¿Volvemos a la cárcel para hablar con él? —cuestionó Miri.

—Eso no serviría, aunque lo hiciéramos, se cerraría en banda. No nos contaría nada puesto que no tiene nada que perder, hay que averiguar quién es su cómplice. Ya hablamos con su madre y su único amigo. Tiene que haber alguien más, algún antiguo recluso que se llevase bien con él. Hay que averiguar dónde pudo conseguir el arma, no es un revólver que se pueda conseguir fácilmente, son de armería. Miri, investiga si hubo robos en las armerías de Madrid.

Miri se puso manos a la obra. Tiró de archivos, hizo llamadas y metió las narices donde no debía. Dos meses atrás, una armería del polígono industrial había sido reventada por la banda de Basilio Fernández Flores, el «Cangrejo». Un tipo sin cuello y sin alma. Se llevaron de todo: escopetas, pistolas y munición como para una guerra mundial. Varias Smith & Wesson desaparecieron del mapa.

La pasma los cazó a los pocos días. Pero el Cangrejo y los suyos duraron menos en el calabozo que el parte en la impresora. Un abogado con tarifa de quinientos la hora y contactos hasta en el juzgado de guardia los puso en la calle. El arsenal volvió. O casi. Faltaban dos escopetas de caza, una recortada y dos Smith & Wesson del .38. La misma que, casualmente, empezaban a dejar cadáveres en los barrios donde la ley llega tarde… o no llega.

10

Para averiguar a quién se las había vendido, se dirigieron al domicilio que figuraba en su ficha policial: un poblado chabolista a las afueras, junto a la carretera de Perales del Río. Aparcaron a la entrada del asentamiento, se bajaron del coche y caminaron hacia el interior de un submundo olvidado. Un submundo gobernado con puño de hierro por un patriarca al que todos obedecían: gitanos, payos, y cualquiera que se atreviera a cruzar esa frontera.

Allí no se pinchaba jaco a la ligera. Si querías robar o traficar, primero tenías que pedir permiso al «Viejo». Hasta las ratas de las alcantarillas, si querían convivir con ellos, necesitaban de la bendición de aquel patriarca apodado el Viejo.

En la ficha policial constaba que el Cangrejo residía en aquel poblado, pero no especificaba en qué chabola vivía. El asentamiento, formado por no más de diez construcciones precarias, se organizaba como una cuadrícula improvisada. Entre ellas, un sendero de tierra y barro serpenteaba como una advertencia: ese no era un camino que debieras tomar a la ligera. A ambos lados, chabolas construidas con los primeros materiales rescatados de la basura o donados por alguna asociación.

Tabiques de pladur, tan finos como un papel de fumar, se enfrentaban a los vientos fuertes, a las lluvias torrenciales y al calor sofocante del verano. En los días de lluvia, los agujeros del techo inundaban la chabola, dejándola inhabitable.

No había agua. No había electricidad. Pero sí un Audi de último modelo aparcado en la puerta. El frío que emergía de la noche los había expulsado al exterior.

Se agrupaban en la entrada, calentando el cuerpo al calor de la chasca encendida en un barril. El fuego ardía con ropa vieja y gasolina.

La luz de las chascas marcaba el camino, parpadeando entre sombras como si advirtiera de algo que estaba por venir. Iban

deprisa. Atentas. Demasiado bien vestidas, demasiado limpias. Payas y jóvenes. A un kilómetro ya se les notaba que eran maderas. Para los del poblado, Virginia y Miri eran dos gatitas sueltas en una selva donde nadie perdona. Y con una diana pintada en la frente.

Virginia ya conocía el terreno. Había pisado sitios peores, donde la miseria se servía en bandeja y los silencios olían a pólvora. Sabía mirar sin ver, hablar sin decir nada, y caminar como si no pasara nada mientras todo ardía. Pero Miri... Miri era nueva en todo eso. Era su primer paseo por un lugar donde la ley se aplica con navaja o se negocia con chatarra.

Se detuvo un segundo. No por miedo, sino por algo más frío. En mitad del descampado, entre chabolas, una cría gitana la miraba. No tendría más de diez años. Pelo negro, ojos de luto y una mirada que ya lo había visto todo. Iba vestida con lo justo: pantalones rotos, zapatillas que parecían restos de otra vida y un jersey que no abrigaba ni a un recuerdo.

Miri la miró como quien se asoma a un pozo. No entendía cómo una niña podía estar ahí, a la intemperie, tiritando bajo ese cielo sucio, como si eso fuera lo normal. Y en ese instante supo que había cruzado una línea. No solo la del poblado. Una más jodida. Una que ya no tiene vuelta atrás.

—No te pares y sigue andando, es mejor no detenerse —expresó Virginia empujando su espalda para que caminase.

Giraron a la derecha y se los encontraron plantados en mitad del camino. Tres tipos con cara de pocos amigos. Dos, con los nudillos abiertos por el frío, calentaban las manos sobre una chasca que chisporroteaba como si también tuviera miedo. El tercero, con los nudillos abiertos y no por causa del frío, no buscaba calor. Jugaba con una navaja, lanzándola al aire y recogiéndola con precisión de cirujano. La hoja brillaba al subir, desaparecía al bajar. Demasiado ensayado para ser un juego. No lo hacía por nervios. Lo hacía porque lo había hecho mil veces antes.

Aquello no era entretenimiento. Era una advertencia de lo que te podía pasar en el poblado si no seguías las reglas. Sus reglas.

Virginia echó un vistazo rápido, calculando distancias, salidas, nivel de mierda. Miri tragó saliva, pero no bajó la mirada. Sabía que

en sitios así, bajar la mirada es como agachar el cuello antes de que llegue el hachazo.

El de la navaja habló sin dejar de jugar con el filo.

—¿Os habéis perdido, princesas?

—Estamos de paso —añadió Virginia.

—¿A quién buscáis maderas?

—¿Qué te hace pensar que somos maderas? —contestó Miri con otra pregunta.

—No hay más que veros las pintas.

—Pues guarda eso, no te vayas a hacer daño.

—¿Y si no quiero? ¿Me vas a obligar tú madera? ¿Y si me gusta hacer daño a las jovencitas como tú?

—Ten cojones, y prueba a ver.

Los otros dos hicieron ademán de colocarse al lado de Miri. Virginia intervino.

—¡Eh! No buscamos problemas. Solo queremos saber dónde vive el Cangrejo.

Dejó de jugar con la navaja, para centrarse en las palabras de la inspectora jefe.

—Ese ya no vive aquí.

—¿Qué sabes de él?

—Lo que todos.

—¿Dónde vive ahora?

—A ti t lo voy a decir. Mira, será mejor que os *chindeis* de aquí.

—¿Y si no? —inquirió Miri acercándose a él.

Virginia volvió a intervenir. Tuvo que agarrarla.

—Nos vamos. —añadió Virginia.

—Es lo mejor que podéis hacer princesas.

Dieron media vuelta para irse. No hacía falta más. A veces, seguir caminando es la única forma de salir con los huesos enteros. Pero no habían dado tres pasos cuando los faros de un coche las cegaron de frente. Un motor ronco, bajo, viejo. El vehículo avanzaba despacio, como un depredador que no tiene prisa. Las iluminó con un par de largas, no por cortesía. Era un aviso. Al igual que avisaba el de la navaja lanzándola al aire.

Virginia se quedó quieta. Miri también. No se movieron. En sitios como aquel, correr solo consigue que te persigan más rápido.

—¿Son compañeros? —inquirió Miri.

—No lo creo. Por si acaso.

Virginia desenfundó la reglamentaria. Miri hizo lo mismo

—Contrólame a los otros —continuó la inspectora jefe—. Yo me ocupo del coche.

El coche se detuvo en seco, echando un leve bufido del motor, como si respirara humo. El piloto bajó con calma. Gitano, unos cuarenta años, pelo corto, barba bien recortada. Iba vestido sin lujo, pero con intención: ropa limpia, oscura, cuidada. Uno de esos tipos que no necesitan levantar la voz para hacerse entender.

Caminó hasta la puerta trasera izquierda y la abrió con respeto. De dentro, primero asomó un zapato negro, reluciente como el silencio que se hizo. Luego, el bastón. No era un palo cualquiera. Era un garrote con historia, de los que han visto más calle que la policía. El piloto extendió la mano. De la oscuridad salió un anciano que se movía con lentitud, pero sin temblores. Un traje negro impecable, sombrero del mismo tono, mirada que aún mandaba más que hablaba. Su nombre, «El Viejo.»

Ambas inspectoras lo reconocieron sin necesidad de palabras. No por haberlo visto antes, sino porque todo en él —la forma de andar, la forma en que todos los demás callaban— gritaba que ese hombre no pedía permiso. Lo daban por hecho.

La luz de la chasca y los faros del coche lo iluminaban justo lo necesario. Lo demás lo hacía su leyenda.

—A ver, ¿qué está pasando aquí? —preguntó el piloto.

—Eso lo tendría que preguntar yo, inspectora Virginia Otero —Mostró la placa—. Quiénes sois vosotros y a qué habéis venido.

—No han dicho que estaba la *pestañí.* Venimos a ver qué pasa.

—Lorenzo, ya me ocupo yo —expresó el Viejo—. Buenas noches, soy Agustín Montoya. Ante todo, quiero disculparme si esos de ahí le han creado alboroto.

—No se preocupe, se han portado bien—Virginia enfundó el arma — Miri, baja la pistola.

—Estaríamos indefensos.

Virginia miró al Viejo. Ambas miradas marcaban el respeto de uno hacia el otro.

—Nadie nos va hacer nada, baja el arma.

Miri así hizo.

—Quiero saber qué les ha traído hasta el poblado.

—Buscamos al Cangrejo.

—A ese le eché de aquí, no era bien recibido, se metió en negocios que aquí no queremos. Nosotros *semos* pobres, pero honraos.

—Eso no lo discuto. ¿Sabe dónde vive ahora?

—No, ni quiero saberlo.

—Uno de esos —señaló al de la navaja— Sabe dónde vive.

—Yo no sé ná, solo estaba vacilando.

—Tú cállate, nadie te ha preguntado —alegó el piloto.

—Verá inspectora, no tengo ningún reparo en decírselo, pero de verdad que no lo sé.

—Si lo dice usted, lo creo, porque usted tiene palabra, ¿verdad?

—Es lo único que tenemos.

—Entonces, no hay nada más que hablar. Nos vamos.

—Lorenzo, acompáñalas a la salida.

—No hace falta.

—Es por vuestra seguridad.

—Mi seguridad la marca esta —Se tocó la reglamentaria—. Pasen buena noche.

Salieron del poblado y de camino al coche, conversaron.

—¿Ese quién era? El del sombrero —expresó Miri.

—El que manda en el poblado.

—Al de la navaja… un minuto más, y le hago cantar dónde vive.

—Tranquila vaquera, eso no sabe nada, solo quería tomarnos el pelo, pero sé de alguien que sí pude darnos esa información. Monta.

A las ocho se dirigieron al barrio de Orcasitas, al sur de la capital. Estuvieron dando vueltas por la zona hasta dar con el «Gaditano». Lo llamaban así porque se creía de Cádiz, aunque en realidad había nacido en Albacete.

Lo buscaron primero en su zona habitual: la Renfe del barrio, justo enfrente de los pisos de protección oficial. Al no encontrarlo

allí, recorrieron los parques hasta localizarlo en el Segura, un parque a pie de la calle Beasain.

Sentado en un banco junto a otros tres, estaba el confidente de Virginia.

Un tipo de unos cincuenta, antiguo vendedor de hachís y hierba, al que la inspectora había trincado decenas de veces en sus primeros años con placa.

Allí estaban, los cuatro «premios nobeles», bebiendo litronas, comiendo pipas y, con toda probabilidad, debatiendo sobre filosofía, o cómo arreglar el mundo sentados desde un banco astillado del parque.

—Despide a tus amigos. Tenemos que hablar.

—¿Qué pasa, xoxo? ¿De qué quieres hablar tú?

—Deja de hablar así. Tú no eres andaluz.

Su expresión cambió de inmediato. Por el tono de Virginia, entendió que no estaba para cachondeos.

—¿Y esta quién es? —preguntó uno de sus amigos.

—Nadie. Esperadme en el bar, tardo veinte minutos. Ahora os veo.

Se fueron sin insistir.

—¿Qué hace aquí, inspectora? Ya le dije que no quiero colaborar más con usted. Si en el barrio se enteran de que hablo con la pestañí, me busco la ruina.

—No estaría aquí si no necesitara tu ayuda. Pero necesitamos información.

—¿Sobre qué?

—Mejor dicho, ¿sobre quién? Enséñaselo.

Miri le mostró la foto de la ficha policial.

—Sabes quién es, ¿no?

—Este es el Cangrejo. Todo Dios lo conoce.

—¿Sabes por dónde se mueve? —preguntó Miri.

—Ni puta idea. Hace mucho que no sé de él. ¿Habéis probado en el poblado?

—Nos dijeron que ya no vive allí.

—Pues ni idea.

—¿No sabes de algún otro sitio por donde se mueva? Tendrá algún lugar favorito —insistió Virginia.

—Sé que antes iba mucho al bar de la Trini. Allí planeaba los palos. Probad, pero mejor a partir de las diez.

—¿Dónde queda ese bar?

—Hace esquina en la calle Agustina Fierro, en Carabanchel.

—Ya puedes largarte.

—No, espera. Tienes que hacer algo por mí.

—¿Qué quieres que haga?

—Dame una hostia.

—¿Qué? ¿Qué te pegue?

—Sí. Un guantazo.

—¿Cómo te voy a pegar? No digas tonterías.

—Aquí hay muchos ojos. No quiero que me tomen por chivato.

—No seas idiota. Vete.

—Por favor.

—Miri —sentenció Virginia.

—Encantada.

Miri le cruzó la cara con una bofetada seca.

—Ya puedes irte. Si alguien te ha visto, después de esto nadie pensará que eres un chivato.

11

Pasadas las diez y cuarto, aparcaron en una calle estrecha, justo al lado del bar. Entraron sin hacer ruido, pero con paso firme. Al fondo, frente a la barra, lo vieron: cenaba un bocadillo con calma, y la vista clavada en la televisión. Como si nada más existiera en el mundo.

El Cangrejo, contaba cuarenta años y una vida con más barro que asfalto. Empezó a entrar y salir del reformatorio cuando aún llevaba babero. A los dieciocho ya estaba en la trena por meterle dos tiros en el pecho a un vigilante durante un atraco mal cerrado. No se le cayó una lágrima. Después vinieron diez años más en el primer grado del penal del Puerto de Santa María. Allí aprendió a guardar silencio, a no fiarse ni de su sombra y a clavar cuchillos sin levantar sospechas. Su último golpe conocido: el asalto a la armería. Se llevaron armas como si fueran caramelos. No dejaron huellas, pero sí una firma: brutalidad, precisión y silencio.

Ahora estaba allí, comiéndose un bocata y viendo la tele como si no debiera nada a nadie. Virginia y Miri lo miraron sin acercarse. Porque acercarse al Cangrejo era como meter la mano en un bidón de gasolina con una cerilla encendida.

Aunque tenía cuarenta años, su frenético estilo de vida —alcohol, drogas y años en el agujero del primer grado— lo habían hecho envejecer veinte de golpe. Media vida.

El bar era uno de esos típicos de barrio que, aunque estuvieras en el año tres mil, seguiría anclado en los setenta. Era propiedad de la Trini, una mujer sexagenaria, de carácter fuerte y curtida a base de los tortazos que da la vida. Y el mayor tortazo que pudo recibir fue perder a su marido y a su hijo el mismo día.

A su marido lo perdió en cuanto pisó Carabanchel, después de asaltar a tres camioneros a la altura de Albacete. Una noche, su cuerpo no aguantó más.

Con una cuchara de plástico, quemada por una esquina, se fabricó un puñal.

Y se lo llevó al cuello. Su compañero de celda lo encontró en la litera de abajo.

En su atraco, iba con otros dos, que cayeron muertos cuando la Guardia Civil les dio el alto a balazos. Él, al ver que correr era morir, se quedó quieto, esperando a que aquel sargento de la benemérita cambiara su arma por los grilletes.

A su hijo lo perdió con el auge de la heroína en los ochenta.

Trini se quedó con el bar, y para llegar a fin de mes un poco menos ahogada, permitía que delincuentes como el Cangrejo planificaran sus golpes allí, a cambio de una mísera cantidad de dinero. También daba cobijo a alguno si andaba en busca y captura.

Fotos de toreros colgaban de unas paredes que, según la clientela, el bar era el más patriótico de todo Madrid. La barra, como el bar, se resistía al paso del tiempo y a la bebida desparrama por los borrachos. La máquina tragaperras seguía seduciendo a los vecinos al juego.

Las inspectoras caminaron hasta él. Virginia se colocó a la izquierda. Miri, a la derecha.

—¿De qué es el bocata? —preguntó Virginia.

—Tortilla con pimientos —respondió sin apartar la mirada de la televisión.

—Tiene buena pinta —comentó Miri.

—La mejor tortilla de patatas de todo Madrid. ¿Qué queréis, maderas?

—Inspectoras. Queremos hablar contigo.

Al oír la palabra «maderas», Trini, que estaba colocando unas cajas detrás de la barra, se giró y se acercó a ellas.

—¿Vais a tomar algo?

—Dos vasos de agua —dijo Virginia.

—Niña, aquí se viene a consumir. Si queréis agua, en la fuente del parque tenéis toda la que queráis.

Virginia puso la placa encima de la barra.

—Dos vasos de agua, por favor.

Se giró refunfuñando y se los sirvió

—Tomaros el agua, y fuera de mi bar.

—Tranquila Trini, déjalas que se queden, seguro que quieren información —alegó el Cangrejo.

—Chico listo. Y tú nos lo vas a dar —continuó Miri.

—Yo no tengo nada que decir, estoy limpio.

—Venga Cangrejo, ambos sabemos que la gente como tú, nunca está ni estará limpia, de una manera u otra, siempre acabáis hasta arriba de mierda —afirmó Virginia.

—Trini, sube el volumen.

A Virginia le jodió la indiferencia mostrada por el Cangrejo, sin embargo, la inspectora no lo iba a dejar así. Sin decir ni una palabra, se acercó, lo agarró del cuello y tiró de él hacia atrás con fuerza. El taburete chirrió al caer. El bar se congeló. Tres tipos se levantaron al instante. Uno se llevó e la mano a la chaqueta. Otro apretó los puños. Todos quisieron defender al cangrejo.

Miri sacó la placa y la alzó sin temblores.

—Policía. Sigan bebiendo, no pasa nada.

Aquellos tigres se volvieron mansos como corderitos.

—Tú y yo vamos a conversar fuera —dijo Virginia, mientras lo arrastraba del brazo.

—Vale, pero suéltame.

Virginia lo soltó. El Cangrejo se frotó la garganta.

—Eres dura... ¿Puedo coger el bocadillo y la birra? Me gustaría terminar de cenar.

Virginia lo miró sin responder. Luego dirigió la vista al botellín.

—Esa cerveza son babas. ¡Trini! Ponme dos botellines.

Trini los sirvió sin decir palabra. Virginia dejó un billete de cinco euros sobre la barra y cogió uno de los botellines.

—Coge el otro —le dijo al Cangrejo.

Él obedeció. Salieron al exterior. El Cangrejo se apoyó en la pared, encorvado, con el botellín en la mano. Virginia y Miri se colocaron frente a él, sin darle respiro.

—Ya estamos fuera, qué quieres saber.

—El mes pasado, diste el palo a una armería —continuó Virginia.

—Ya he pagado por eso.

—Cállate y escucha. Se recuperaron las armas menos dos escopetas, una *chata* y dos Smith and Wesson. Las primeras de

momento no me interesan, quiero que me digas que hiciste con los revólveres.

—Los vendí.

—¿A quién? —cuestionó Miri.

—Eso no te lo voy a decir.

—¿Quieres ganarte otra cerveza, o una noche en comisaría? —inquirió Virginia.

—A uno sí lo conocía, el otro ni puta idea de quién era. Era la primera vez que lo veía.

—¿Y le vendes un arma sin conocerlo? No me lo creo.

—Se lo vendí porque vino muy bien recomendado.

Virginia sacó del bolsillo interior de la chaqueta la foto del sospechoso.

—¿Era este?

El Cangrejo observó la foto.

—No, ese no es.

—¿Seguro? —pregunto Miri.

—Palabra.

—¿De parte de quién venía recomendado? —continuó la inspectora jefe.

No contestó, dio un mordisco al bocadillo y un trago al botellín.

—Estamos esperando —alegó Miri.

—Eso sí que no lo voy a decir.

—¿Por qué no?

—Porque no soy un chota, ¿vale? ¿Cómo le voy a decir a la pasma a quién le vendo la mercancía? ¿Estamos tontos?

—Nadie ha dicho que seas un chota —continuó Virginia—. Nadie se va a enterar, esto es cosa tuya y nuestra. Te doy mi palabra.

—La palabra de un poli vale menos que la mierda de perro.

—La mía sí —Le ofreció el botellín—. ¿Qué me dices?

Agarró el botellín que le ofreció Virginia, y lo dejó en el suelo.

—Me llamó al móvil, me dijo que se llamaba Miguel y que si le podía conseguir un arma. Al principio me rayé, le pregunté qué quién cojones le había dado el número, que se había confundido de persona, que yo no sabía nada de armas… Pero cuando me dijo de parte de quién venía, hicimos negocios.

—¿Venía bien recomendado?

—Bastante.

—¿Quién le recomendó?

—El Petete.

—¿Te suena? —preguntó Miri a Virginia.

—Ni idea.

—Lleva treinta años a la sombra, maneja los negocios desde el patio. Él fue uno de mis primeros mentores. Por eso sé qué vino bien recomendado.

—¿En qué cárcel esta?

—Soto del Real.

—¿Cómo es al que se lo vendiste?

—Pues no sé, alto delgado, venía con gorra y gafas de sol, como si fuera una estrella de cine, y hablaba raro, me puso bastante nervioso.

—¿Cómo raro?

—Yo que sé, como si no pronunciase bien las palabras., como si tuviera la nariz taponada de esnifar mucha coca.

—Puedes irte.

Se estaba haciendo tarde. El reloj marcaba diez minutos más de las doce. La gente comenzaba a salir del bar para ir desapareciendo entre las calles. Virginia arrancó el coche.

—¿A quién te suena esa descripción que ha dado? —preguntó Miri.

—Al funcionario de prisiones, el que entró en la sala cuando hablamos con él.

—Exacto.

—¿Piensas que fue él?

—Tiene todas las papeletas, tiene contactos dentro de la cárcel, y contacto directo con el interno.

—¿Cuál es el motivo?

—Mañana iremos a preguntárselo. Ahora regresemos a jefatura.

12

Al día siguiente se dirigieron a la cárcel. Antes de marchar, estando en jefatura, Miri pidió al ministerio del interior la ficha del funcionario de prisiones, querían hacer los deberes para saber con qué tipo de persona iban a tratar. Sin embargo, tenían un inconveniente, no conocían el apellido. El contacto del ministerio le envió la ficha de veinte personas con ese nombre. Tuvieron que ir uno a uno observando las fotografías hasta dar con él.

Respondía al nombre de Miguel Ruiz, cuya vivienda se ubicaba en el número ocho de la calle los Urquiza, en Ciudad Lineal. De cincuenta años, llevaba desde los veinticinco como funcionario de prisiones. Su expediente, no mostraba ninguna sanción, al revés, había anotaciones de los compañeros que lo tildaban de una buena persona y un gran compañero, siempre dispuesto a ayudar. No tenía ni mujer ni hijos, como única familia, una hermana llamada Verónica la cual, residía en el número once de la calle Virgen de la Fuencisla, en el barrio de la Concepción.

A las diez, hablaron con Elena Ramos, la directora de la prisión. Esta preguntó el motivo de que preguntasen por Miguel Ruiz.

—Necesitamos hablar con él —alegó Virginia.

—Se ha cogido una semana libre, tenía días de vacaciones y los quería gastar. Si quieren le llamo.

—No hace falta, solo era algo rutinario.

—¿Se ha metido en un lío?

—No, todo está bien. ¿El lunes trabajó?

—No, también tenía el día libre.

—De acuerdo, gracias.

Estando en la calle, hablaron.

—¿Vamos a ver a la hermana? —cuestionó Miri.

—De momento no, es mejor no informarla, no vaya a ser que estén en contacto y la liemos, además, él no sabe que vamos detrás suya. Vamos a ver si está.

Se dirigieron a su domicilio. Subieron hasta su piso. Sin identificarse, llamaron al timbre, la inspectora jefe tapó la mirilla. No contestó nadie. Virginia puso la oreja en la puerta.

—No parece que se escuche nada. Llama al piso de enfrente.

Miri pulso el timbre. Una mujer de cuarenta años contesto detrás de la puerta.

—¿Quién es?

—Testigos de Jehová, ¿le importa si le hago unas preguntas?

Miri la miró incrédula.

—Lo siento, no me interesa.

—Señora, la palabra de Dios es importante. Abra un momento.

Abrió con mala gana.

—Ya les dio que no me interesa, ¿qué no entienden?

Virginia puso su dedo indicie en el labio para que se callase y seguido, mostro la placa.

—Estamos realizando una encuesta, dolo queremos que nos conteste a una pregunta, ¿creen en Dios?

Si Miri estaba incrédula, la mujer no sabía qué hacer.

—Conteste sin miedo.

—No.

—De acuerdo, no pasa nada. Hemos llamado a su vecino pero no contesta, ¿sabe si está en casa?

—Lo vi marcharse ayer a eso de las diez de la noche, pero no sé si ha vuelto o no.

—Gracias y sentimos molestarla.

Regresaron al coche.

—Vir, a veces no te sigo, ¿por qué decirla que éramos testigos de Jehová?

—No sabemos si está en casa y no nos quería abrir, era mejor no gritar que somos policías, quería la información de la vecina, es la única manera que se me ocurrió. Tendremos que hacer vigilancia.

De vuelta en jefatura, Virginia no perdió tiempo. Aún con la tensión en los hombros, fue directa a la sala de reuniones. Iba a necesitar a su gente. A los que aún podía confiar… o al menos controlar.

Los primeros en llegar fueron el oficial Alberto Palomo y la subinspectora Celia Calvo. Una pareja dispareja, pero funcional.

Alberto tenía treinta años, y una relación complicada con su placa. Irónicamente, odiaba las armas. No le gustaban ni en las manos ni en las noticias. Su terreno era otro: teclados, bases de datos, rastros digitales. Era más peligroso con un portátil que muchos con una Glock.

Celia, en cambio, era todo impulso. Treinta y cinco años, mirada afilada y carácter que estallaba con facilidad. No ocultaba del todo los celos que sentía hacia Miri. No por celos románticos, no. Era algo más agrio: la incomodidad de ver cómo otra ocupaba el lugar al lado de Virginia. Su lugar.

Después llamó a otra dupla: el agente Marcos San Juan y el agente Diego Reyes. Dos tipos que cumplían sin destacar. Funcionarios de vocación tardía. Hacían lo justo, no molestaban, pero tampoco se quemaban por la placa. Mientras el sueldo llegara puntual a final de mes, todo en orden.

Virginia los miró uno a uno mientras iban entrando. Sabía lo que tenía: piezas distintas, algunas sueltas, otras desgastadas… pero si las encajaba bien, aún podían formar un engranaje útil. Uno que sirviera para atrapar a los que juegan en la sombra.

Los reunió en la sala donde se mostraba la pizarra con todo lo relacionado con los crímenes, pruebas, fotos, víctimas… A su lado dos mapas, uno con la casa de Miguel Ruiz, y otro con el de la hermana. Con todos sentados, Miri comenzó a dar las instrucciones.

—Comencemos —Señaló la foto de Miguel Ruiz— Este es nuestro hombre, Miguel Ruiz, cincuenta años, funcionario de presiones… Tenemos indicios de que fue él quien cometió los crímenes. Inspectora.

—Así es—continuó Virginia—. Vamos hacer un operativo de vigilancia y si sale de la caza, lo seguimos y lo trincamos en flagrante delito—Señaló el mapa de la casa de Miguel—. Aquí, en la zona norte, estarán Alberto y Celia. Su coche K se mantendrá entre la calle del sospechoso, con la calle Alcalá. Me controláis bien esa zona, ¿estamos?

—Estamos —dijeron al unísono.

—La inspectora cruz y yo estaremos en una furgoneta en la zona de su portal. Sigamos, marcos y Diego, estarán en la zona de la hermana —Le mostró la foto de ella—. Quiero saber en todo momento si sale la calle, si entra, si va con alguien, con quién habla, si va a la compra a la peluquería, todo. ¿Estamos?

—Sin problema jefa — contestó Marcos.

—¿Alguna pregunta? —inquirió Miri.

No hubo.

—Bien, en marcha —sentenció.

13

Esa misma noche, tras más de tres horas de vigilancia inútil, el coche empezaba a oler a café frío y frustración. La radio en silencio. El reloj avanzando lento, como si supiera que nadie esperaba nada. Virginia y Miri seguían allí, apostadas frente al edificio, con la vista cansada y los nervios afilados. El tipo no salía, el teléfono no sonaba, y la ciudad parecía haberse olvidado de moverse.

Hasta que el reloj del salpicadero marcó las nueve en punto, y la puerta del portal se abrió.

Miguel Ruiz salió con paso tranquilo, como si no llevara horas jodiéndoles la paciencia a las dos inspectoras. Iba solo. Sin prisa. Sin mirar atrás. Con esa clase de calma que solo tienen los que creen que nadie los sigue.

El juego empezaba.

—Mírale, ese es —alegó Miri.

— Te dije que estaba en casa.

—¿Crees qué se huele algo?

—Ni idea, pero sigámosle, a ver adónde va.

—¿No lo detenemos?

—No tenemos nada contra él. Mejor seguirlo a ver dónde nos lleva, puede que vaya a ver a un cuarto. Celia, ¿me recibes? — inquirió la inspectora jefa por radio.

—Alto y claro, inspectora.

—Acaba de salir de casa, atentos por si se dirige hacia vosotros.

—Recibido

Miguel echó a andar en dirección a la calle Alcalá. Tranquilo. Demasiado tranquilo. Como si no llevara tres cadáveres a la espalda. Como si la sangre no pesara.

Sus pasos eran firmes, relajados. Ni una mirada atrás, ni una duda. Era el andar de quien no teme, porque no cree que le vayan a tocar. A juzgar por la ropa —la misma que llevaba en sus anteriores crímenes— no iba a por el pan. Iba a por una cuarta.

Virginia abrió la puerta de la furgoneta con suavidad, sin decir palabra. Miri la siguió. Salieron y comenzaron a seguirlo, despacio, a distancia. Lo justo para no perderlo. Lo justo para no delatarse.

La noche olía a peligro. Y Miguel caminaba como si fuera dueño de ella. A mitad de la calle, se detuvo. Sin prisa, sin mirar atrás, giró y entró en una tienda de alimentación de barrio. De esas que huelen a fruta pasada, detergente barato y pan del día anterior. Virginia y Miri se pegaron a la sombra, desde la acera de enfrente.

Cinco minutos después, volvió a salir.

En la mano, un sándwich de jamón y queso envuelto en plástico. Lo desenvolvió con desgana, como si lo hiciera por costumbre más que por hambre, y tiró el envoltorio a la papelera sin mirar. Le dio un bocado mientras retomaba el paso. Sin alterarse. Como si no acabara de poner en pausa una ruta que podía terminar con alguien más boca arriba y los ojos abiertos.

Virginia anotó el gesto. Miri lo memorizó. Porque a veces, el monstruo no ruge. Solo come algo rápido antes de matar otra vez.

Intentando pasar desapercibidas entre la gente, Virginia y Miri lo siguieron con paso contenido. Se habían soltado el pelo, cambiado el ritmo, bajado el tono. El flequillo cayéndoles sobre la frente. Nada de coletas. Nada de policía. Dos sombras más en la ciudad.

Miguel siguió caminando, como quien no tiene nada que ocultar. Saludaba a uno, a otro. Vecinos que le devolvían el gesto con una sonrisa, sin saber que ese saludo salía de la boca de un psicópata. Anduvo quinientos metros así, sin apurarse, encajado en su máscara. Hasta que se detuvo frente a un escaparate iluminado por focos blancos, fríos. Era una tienda de lencería.

Se quedó mirando a los maniquís, quieto, como si el mundo hubiese frenado de golpe.

—Tal vez sea un jodido fetichista —pensó Virginia desde la acera de enfrente, los ojos clavados en su nuca.

Pero entonces algo cambió. El cuerpo de Miguel se tensó. La expresión también. La sonrisa que había traído desde el portal se desvaneció como el humo de un cigarro mal apagado. No fue el maniquí lo que lo hizo reaccionar.

Fue el reflejo.

Porque el cristal, además de mostrar encajes y piernas de plástico, también reflejaba otras figuras. Dos maniquís que no pertenecían al escaparate. Dos siluetas humanas que llevaban demasiado tiempo ahí. Demasiado cerca.

Miguel dejó de mirar el encaje negro. Giró lentamente la cabeza, y en el brillo del escaparate los vio: dos rostros que conocía. Dos nombres que odiaba. El de Virginia y Miri.

Y entonces lo supo. Ellas también.

Al principio se extrañó al verlas. Una punzada mínima en la mirada, apenas un parpadeo más largo de lo normal. Pero Miguel no era tonto. Ni impulsivo. Ató cabos rápido. Dos caras conocidas, dos presencias que no encajaban en la noche. No estaban allí por casualidad.

Y si ellas estaban, sabía que no estarían solas. Otra unidad debía de estar rondando por la zona. Marcando distancia. Esperando el aviso.

Echó un vistazo fugaz por la calle. De soslayo. Nada sospechoso a simple vista. Gente que pasaba. Farolas encendidas. La ciudad con su cara de siempre. Salvo por ellas. Las únicas que no encajaban del todo.

Respiró hondo.

No hizo un gesto. Ni una mirada directa. Ni un paso en falso. Caminó hasta la papelera más cercana y arrojó el cuarto de sándwich que le quedaba. Como si fuera solo un tipo que no quería cargar con basura.

Y sin apurar el paso, sin mirar atrás, reanudó su camino por calle Alcalá.

Pero ya no caminaba como antes. Ya no era el vecino cordial, el psicópata disfrazado de tipo común. Ahora era otra cosa. Una bomba con la mecha encendida. Una que no tenían constancia de cuándo iba a estallar.

Virginia lo siguió con los ojos entrecerrados.

—Ya nos ha visto —dijo en voz baja.

Miri asintió. Ya no era vigilancia.

Era caza.

O al menos, eso parecía. La dirección de sus pasos seguía apuntando hacia la calle Alcalá, como si no hubiera notado nada. Pero Miguel ya sabía que lo estaban siguiendo. Y no era del tipo que deja que lo sigan mucho rato.

Giró, sin previo aviso, por la calle Gómez de Avellaneda. Un movimiento limpio, sin brusquedad. Virginia y Miri se adaptaron rápido, cruzaron tras él a distancia.

Anduvo quinientos metros. Ni muy lento ni muy rápido. Lo justo para no parecer que huía, pero marcando que ya no era un paseo.

Después, otro giro. Esta vez hacia la calle Timoteo Domingo. Un desvío más. Una señal clara.

—Nos está probando —murmuró Virginia, ya con la mandíbula tensa.

No sabían si los estaba llevando a algún sitio… o si simplemente quería sacudírselo de encima. Con un tipo como Miguel, todo podía ser una trampa.

Virginia se llevó el walkie a la boca, sin dejar de mirar al sospechoso.

—Celia, el sospechoso está callejeando, nos quiere liar. Bajaos y estar atentos por si lo veis.

—Recibido.

Soltó el botón. Miri no dijo nada. Solo ajustó el abrigo y aceleró medio paso.

El juego ya no era vigilancia.

Era ajedrez.

Y Miguel acababa de mover ficha.

Lo mismo que hicieron Virginia y Miri, lo hicieron Alberto y Celia. En cuanto escucharon el aviso por radio, se bajaron del coche sin mediar palabra. Cada uno tomó una esquina de la calle, cubriéndola como si ya supieran cómo iba a acabar la noche. La inspectora jefe se lo olió.

—Sabe qué lo seguimos —dijo a Miri.

—Continuar, a ver dónde nos lleva.

Durante un minuto entero las estuvo mareando, como si el juego fuera suyo. Zigzagueaba entre calles cortas, doblaba esquinas sin

previo aviso, se metía entre la gente. El típico paseo del gato que disfruta enseñándole al ratón quién manda.

Pero esta vez el gato sabía a dónde quería llevar al ratón.

Se detuvo en un semáforo de la calle Alcalá, justo en el extremo opuesto al que cubrían Alberto y Celia. Era una de las arterias más vivas de Madrid, una corriente humana que no paraba ni de noche.

El semáforo estaba en verde para los peatones. Decenas cruzaban. Hombres con maletín, mujeres con bolsas, parejas abrazadas, gente mirando el móvil sin ver nada. Todos pasaban como si no supieran que caminaban entre cazadores y presas.

Miguel no cruzó. Se quedó quieto.

Virginia lo observaba desde media manzana. Frunció el ceño. No tenía sentido. ¿Por qué no cruzaba? Ese era el momento perfecto para perderse entre la gente.

Fue entonces cuando decidieron ir a por él.

Pero Miguel los volvió a joder.

El semáforo cambió. El rojo los detuvo a todos. Los peatones se quedaron esperando al borde de la acera, y los coches arrancaron con furia.

Y justo entonces, Miguel echó a correr. No en dirección a la acera. En dirección contraria. Hacia la calzada. Hacia los coches.

Los motores rugieron, las bocinas estallaron, los faros lo iluminaron de lleno.

—¡Será cabrón! —exclamó Virginia.

—¡Está loco! —gritó Miri.

Pero no estaba loco.

Estaba escapando.

No tuvieron más remedio que hacer lo mismo. Si no querían perderlo, había que jugar sucio. Echaron a correr entre coches que no esperaban cazadores cruzando en rojo.

Virginia fue la primera en lanzarse. Miri la siguió medio segundo después, esquivando un taxi, un repartidor y un claxon que sonó como un disparo.

Un Ford Focus frenó en seco con un chillido de neumáticos. El morro del coche se quedó a un palmo de la pierna de Virginia.

El conductor, un hombre de unos sesenta, asomó medio cuerpo por la ventanilla, rojo de rabia.

—¡Estúpida cría! ¿Tú estás tonta o qué te pasa?

Virginia ni lo miró. Ya estaba al otro lado de la calzada, tragándose el humo, el miedo y la adrenalina. Miri le pisaba los talones.

Con el corazón disparado y a punto de salirse por la boca, consiguieron cruzar. Las ruedas de un coche les rozaron las piernas, los gritos aún flotaban detrás. Pero ya no había tiempo para disculpas. Miguel seguía corriendo.

Avanzaba a tirones. La marea de peatones le entorpecía el paso, pero aún abría camino. Virginia y Miri no lo perdían de vista. El muy cabrón estaba entrando por las calles de atrás, en dirección a la plaza de la Quintana.

Y entonces lo entendieron.

Miguel no escapaba sin rumbo. Las estaba llevando a su terreno. A una jaula marcada en su cabeza.

La plaza estaba desbordada. Un mercadillo medieval ocupaba cada rincón. Decenas de puestos amontonados. Cuerdas, toldos, banderines de colores. Gente disfrazada con espadas de madera, bufones haciendo malabares para niños con la cara pintada. El aire olía a incienso barato, cerveza caliente y sudor de multitud.

Miguel desapareció entre la gente.

Y ellas detrás.

La multitud era una muralla humana. No cabía un alfiler. Las inspectoras avanzaban a empujones, codazo tras codazo, apartando cuerpos como podían. Un niño lloró al caerse, una mujer gritó algo que nadie escuchó.

Miri tropezó con un hombre gordo de barba blanca y camisa de cuadros.

—Mira por dónde vas niñata, vais atontadas —espetó el señor.

Miri no le hizo caso. Solo tenía ojos para encontrar a Miguel.

—¿Estás bien? —preguntó Virginia ayudándola a levantarse.

—Imposible localizarlo.

Virginia miraba en todas direcciones. No lo veía. Lo había perdido. Y eso le jodía más que el aliento corto. Y entonces lo

entendió.

El callejón.

Miguel las había metido en un callejón sin salida para ellas... pero perfecto para él.

El gato, otra vez, había movido ficha. Virginia volvió a llevarse el walike a la boca.

—Celia, ¿me recibes? —cuestionó la inspectora jefe.

—Sí, inspectora.

—Lo hemos perdido, ¿vosotros tenéis algo?

—Ni rastro. Por aquí no ha pasado.

—De acuerdo, seguiremos buscando, venid con nosotras. Estamos en el puesto de comida rápida.

Se les unieron Celia y Alberto. Cuatro pares de ojos, cuatro respiraciones agitadas. Cuanto más ojos, más posibilidades de encontrarlo. Si es que todavía seguía allí.

No había certeza. Solo presión. Y un instinto: *no rendirse ahora*.

El mercadillo seguía en pleno espectáculo. Malabaristas giraban antorchas en el aire. Músicos tocaban flautas desafinadas. Los turistas reían sin saber que, entre los disfraces, había alguien que corría por su vida. O alguien que ya no estaba.

Virginia abrió paso a empujones. Miri iba detrás, sudorosa, tensa. Celia se separó hacia el lateral derecho; Alberto cruzó al otro lado de la plaza, escaneando rostros.

Pasaron minutos.

Y entonces, a unos setecientos metros del centro de la plaza, detrás de un puesto de objetos medievales —espadas de mentira, escudos de madera, cascos de hojalata— Miri lo vio.

Tirado en el suelo, como si se lo hubiera dejado un fantasma: el abrigo de Miguel.

Y al lado, su móvil estampado contra el adoquín. La pantalla destrozada y sin tarjeta SIM.

—Recoged el abrigo, la tarjeta —mencionó la inspectora jefe a Alberto y Celia—. Llevarlo a jefatura, que se pongan cuanto antes con ello. Lo quiero para ayer.

Lo recogieron y se marcharon.

—Miri, pide una orden de busca y captura contra Miguel Ruiz.

—¿Y después?

—Después, vamos a ir a ver a la hermana. Marcos y Diego están allí, ¿no?

—Sí.

—No perdamos tiempo.

A las once en punto, sin perder ni un segundo —porque cada segundo podía marcar la diferencia entre cazarlo o contar otro cadáver—, Virginia tomó una decisión: hablar con la hermana.

Antes de ir a verla, hicieron una parada obligada. La furgoneta de vigilancia seguía estacionada donde la habían dejado. Un par de agentes dentro, café frío en la mano, la mirada cansada de tanto esperar.

Virginia golpeó dos veces en la parte trasera.

—Chicos, ¿cómo lo lleváis?

—Bien inspectora.

—Contadnos.

—El sospecho no ha aparecido por aquí.

—De momento no creo que lo haga. No es tan tanto como para ir a verla sabiendo que si él estaba vigilado, ella también lo estaría. ¿Qué tenéis de la hermana?

—En lo que llevamos de vigilancia, no la hemos visto salir.

—Entonces puede que esté en casa. Vamos a verla. Continuar por si aparece el sospechoso, nunca se sabe. ¡Ah! Y compraos unos bocatas.

Aunque era tarde, las once y media de la noche, Virginia llamó al telefonillo de la hermana. No la importó las hora, y menos cuando se trataba de un caso de tan envergadura.

—¿Quién es? —preguntó una voz varonil.

—Policía, necesitamos hablar con Verónica Ruiz. ¿Está en casa?

—Sí lo está, ¿ocurre algo?

—Queremos hablar con ella. ¿Podemos subir?

—Por supuesto, suban.

Abrió el portal y subieron hasta el domicilio. El hombre de la voz varonil esperaba en el rellano.

—Inspectora jefe Otero. Mi compañera, la inspectora Cruz —dijo, mostrando la placa—. ¿Está Verónica en casa?

—Primero díganme de qué quieren hablar con ella.

—¿Es usted familiar de Verónica?

—Es mi mujer. ¿Ocurre algo?

—Como le he dicho, necesitamos hablar con ella.

—Pero al menos díganme de qué se trata.

—Acerca de su hermano —intervino Miri.

El hombre asintió con desconfianza.

—Un momento, la aviso.

Se giró hacia dentro:

—¡Vero! Ven a la puerta.

Verónica apareció y caminó hacia ellos.

—Dime.

—Estas mujeres son policías, quieren hablar sobre tu hermano.

—¿Podemos entrar? —inquirió Virginia.

—No, no pueden.

—Vero, qué pasa, ¿por qué no las dejas entrar? —cuestionó extrañado el marido.

—Sé porqué han venido, mi hermano no ha hecho nada, me dijo que vendrían y le acusarían de un delito, pero es mentira, él no ha hecho nada.

—Entonces se ha puesto en contacto con usted.

—Sí, me llamó, pero él no ha sido, no le culpen de delitos que no son.

—Señora, su hermano ha matado a tres personas, dos son chicas de veinte años —continuó Miri.

—¡Eso es mentira! Él no ha sido.

—Mami, ¿qué pasa?

Ambas inspectoras miraron al interior. Observaron a la hija de siete añitos, parada en el salón y frotándose los ojos con las manos.

—Ven Karina, volvamos a la cama —mencionó el marido cogiendo a su hija en brazos.

—Es muy tarde, váyanse por favor —mencionó Verónica.

Fue a cerrar la puerta sin embargo, como era habitual ella, Virginia se lo impidió con el pie para darla darle una advertencia.

—Una cosa antes de irnos, si habla o ve a su hermano, dígale que es mejor que se entregue antes de encontrarlo nosotros. Tiene

una orden de busca y captura.

No dijo nada, solo cerró la puerta.

14

—Policía, ¿en qué puedo ayudarlo?

La voz era un susurro. Apenas un hilo.

—Disculpe, no le oigo. ¿Podría hablar más alto?

—Hay un hombre en mi casa…

—¿Un ladrón?

—Me llamo María. Por favor, ayúdenme. Estoy con mi hija… dentro del armario.

Silencio. El ruido lejano de una respiración contenida.

—¿Cuál es la dirección?

—Está subiendo… lo oigo… viene a por nosotras…

Una pausa. Temblorosa.

—Nos va a matar.

—Señorita, necesito que me diga la dirección —insistió con voz firme pero sin elevar el tono. Sabía que los gritos no servían en situaciones así.

—Ya es tarde… —dijo la voz, quebrada—. ¡Está aquí!

Y entonces, al otro lado del teléfono, se escuchó el chirrido de una bisagra.

La puerta del armario se abrió.

15

La llamada entró en la centralita a las cinco en punto de la mañana. Había sido realizada desde el número 145 de la calle José Ignacio Ávila. Un chalé adosado, en una zona residencial donde, en teoría, nunca pasaba nada.

Una segunda llamada entró a las seis y media. Esta vez no fue desde dentro, sino desde fuera. Una vecina. Se marchaba al trabajo, bolsa al hombro, café aún caliente en el estómago. Al salir de casa y caminar hacia su coche, lo vio.

Un hombre saltaba el muro del patio trasero. Cayó al otro lado y echó a correr. Norte. Sin mirar atrás.

Ella, sin pensar, lo gritó:

—¡Eh! ¡Eh tú!

Pero no se detuvo.

Al contrario. Aceleró. Desapareció entre la niebla baja y los tejados aún dormidos.

La mujer llamó a emergencias envuelta en un manojo de nervios, con la voz partida. Aún tenía la imagen clavada en la retina: un rostro que no supo describir, una sombra con piernas. A esa hora, el chalé del número 145 ya estaba en silencio.

Y adentro, dos cuerpos seguían esperando a que alguien llegara.

La mujer, aún con el abrigo mal puesto y la prisa del madrugón encima, se acercó al lugar exacto donde había visto saltar al hombre. Cada paso que daba, la farola le mostraba algo nuevo. Primero, una mancha. Oscura. A ras del bordillo.

Luego otra, más alargada, más irregular. Una pequeña línea que se desdibujaba sobre la acera.

Frunció el ceño. Pensó en mil cosas: cerveza derramada, pis de perro, tal vez alguien borracho que no había encontrado un árbol a tiempo.

Pero había pasado por allí la tarde anterior. Esa mancha no estaba.

Siguió caminando. La luz amarilla de la farola trazaba sombras alargadas sobre los adoquines húmedos.

Y entonces lo vio en el muro. Justo donde el hombre había saltado.

Un trazo rojo. No un charco. No un salpicón. Un rastro. Pegado a la piedra como un recordatorio violento. Sangre. Aún húmeda.

La mujer se detuvo en seco. La mano le temblaba cuando buscó el móvil en el bolso. Tardó unos segundos en marcar. Los dedos no respondían. La respiración se le escapaba en pequeños jadeos de hielo.

Volvió a llamar a la policía.

—Vengan rápido, el suelo está lleno de sangre.

Ya no había ninguna duda. Lo que había visto, no era solo un tipo huyendo, era alguien escapando de algo mucho peor.

Varias patrullas se personaron en el número 145 de la calle José Ignacio Ávila. El silencio del amanecer todavía cubría el barrio. Todo seguía oscuro. Ni un alma en la calle, salvo los que llegaban a buscar la muerte con linternas y protocolo.

Un agente y un oficial se acercaron al portón y llamaron al telefonillo. Una vez. Dos. Nadie respondió.

No perdieron tiempo.

Saltaron el muro con la agilidad justa, cayendo al patio delantero. El sonido de las botas sobre el cemento húmedo rompió la quietud. Sacaron las linternas.

El interior de la vivienda estaba a oscuras. La puerta principal cerrada con llave, sin signos de forzamiento. Ni marcas, ni arañazos, ni presión en la cerradura.

Se miraron. Luego rodearon la casa hacia el jardín. No hizo falta revisar nada. Lo supieron por el crujido bajo las suelas, estaban pisando cristales.

Alguien había lanzado una piedra. La puerta trasera de cristal estaba reventada.

El oficial enfocó con la linterna los bordes astillados del marco. Se agachó y lo revisó con cuidado. En la parte derecha, varios fragmentos tenían manchas oscuras. Sangre reciente.

—Entramos —dijo en voz baja.

Pasaron uno a uno, con cuidado de no cortarse. El oficial fue el primero en iluminar el interior. Movió la linterna lentamente sobre los cristales caídos en el suelo. Pero no solo había cristales. Había más sangre. Y algo más revelador.

Huellas de bota. Perfectamente marcadas en el rastro. La pisada salía hacia el exterior.

—Salió caminando —dijo el oficial, sin apartar la luz del suelo.

El asesino se había tomado su tiempo. Y no se había ido limpio.

—Da la luz del salón —le espetó a su compañero.

El oficial apuntó su linterna hacia las paredes. Buscaba la caja de llaves, algún interruptor… algo que le diera control. Tardó unos segundos en localizar una pequeña caja metálica junto al marco de la puerta del trastero. Dentro, colgaba una llave.

Encajó. Giró. Y la luz general se hizo.

La bombilla del pasillo parpadeó dos veces antes de estabilizarse. Era una luz amarilla, triste, como si supiera lo que iba a mostrar. A partir de ahí, siguieron el rastro. Gotas de sangre. Huellas de bota. Un sendero claro, marcado como si el asesino hubiera querido que lo encontraran.

Como Alicia siguió al conejo blanco… solo que ese no llevaba a ningún país de maravillas.

Este rastro llevaba al piso de arriba.

Subieron con las armas desenfundadas. La linterna del oficial barría cada escalón. Cada huella los empujaba hacia algo que aún no podían ver, pero que ya sentían en la piel.

Llegaron al pasillo del primer piso. Un corredor angosto, con puertas cerradas a ambos lados. El papel pintado de las paredes estaba viejo, agrietado en las esquinas. El suelo crujía bajo cada paso.

La linterna se deslizaba por los rodapiés. Y entonces, el oficial se detuvo al escuchar una risa

—¿De dónde viene eso? —le preguntó a su compañero.

El agente alumbró al suelo.

—No es nada, has pisado una muñeca.

—Menos mal, sigamos.

Llegaron al dormitorio principal. La puerta estaba entornada, como si alguien la hubiera dejado así a propósito.

El oficial empujó con la punta del arma.

Dentro, la luz reveló la escena.

El cuerpo yacía bocabajo en el suelo, junto al armario. Brazos estirados. Una pierna encogida. El pelo revuelto como si hubiera intentado levantarse y no hubiera llegado a tiempo. Y en su cabeza, una bala.

El agente se agachó, tocó el cuello con dos dedos enguantados. Solo para confirmar lo que ya sabían.

—Central, aquí Unidad Tres. Tenemos una víctima. Mujer adulta. Necesitamos refuerzos y forense.

Mientras esperaban respuesta, el silencio se hizo más pesado. Tan espeso como la sangre seca en la tarima.

Entonces lo escucharon. Un quejido. Débil. A medio camino entre un sollozo y un suspiro.

—¿Lo has oído? —dijo el agente, bajando el arma medio centímetro.

—Sí —respondió el oficial, mirando en dirección al sonido—. Y eso no ha sido un muñeco.

—Creo que viene de debajo de la cama.

—Cúbreme.

El oficial se arrodilló. La sábana colgaba hasta el suelo, como un telón de teatro que aún no se había abierto. La apartó con cuidado.

Y entonces la vio.

—Baja el arma —susurró—. No hay peligro.

—¿Qué tienes? —preguntó el agente, aún tenso.

—Es una niña.

Se inclinó un poco más, suavizó la voz.

—Hola, pequeña…

La niña temblaba. Ojos como platos. Piel pálida. Se echó hacia atrás, arrastrando el cuerpo con torpeza, como un animal asustado que no sabía si debía correr o quedarse quieto.

—Está en shock —murmuró el oficial—. No entiende nada.

Y cómo iba a entenderlo.

Acababa de sobrevivir a una pesadilla real.

—No tengas miedo, tranquila. Me llamó Ángel, soy policía, mira —Le señaló el uniforme, la zona del pecho donde portaba la placa—. ¿Ves? No te voy hacer daño. ¿Cómo te llamas?

—¿Ya se ha ido el hombre malo?

—Estás a salvo.

—¿Y mi mamá?

—Ven, te ayudo a salir.

16

Virginia recibió una llamada que no esperaba. Su jefe, con voz grave y sin rodeos, le dijo lo que no quería oír.

—Tenemos otro. Chalé en José Ignacio Ávila, 145. Una mujer muerta, y una niña encontrada viva.

No hizo preguntas. Colgó. Sin guardar el teléfono, llamó a Miri.

Subió al coche y se dirigió a la escena. El cielo empezaba a aclarar con esa luz gris de las madrugadas frías. Cuando llegó, ya había dos patrullas en la puerta, cinta policial rodeando el perímetro, y vecinos asomando el cuello tras las cortinas. Miri aun no había dejado caer su cuerpo en el lugar. Virginia se paró en una esquina, silenciosa, y la esperó veinte minutos. Ambas se dirigieron a haber con el oficial de rostro endurecido y los ojos enrojecidos por el cansancio.

—Inspectora jefe Otero, ella es la inspectora Cruz, ¿qué puedes decirnos?

—Recibimos un aviso, una vecina afirmó ver a un hombre saliendo del interior.

—Tengo entendido que la víctima llamó antes pidiendo auxilio.

—¿Cuánto tardasteis en llegar? —inquirió Miri.

—Unos quince minutos.

—Así es.

—¿Vivía sola la víctima?

—Con su hija.

—¿Dónde está la niña? —preguntó la inspectora jefe.

—Con un psicólogo y sus abuelos. Cuando llegamos, escuchamos un gimoteo debajo de la cama. Me asomé y la encontré asustada. Nada más irse el asesino, se escondió debajo de la cama.

—¿Por dónde accedisteis?

—Por aquí, síganme.

El oficial condujo a las inspectoras a la parte trasera.

—Tuvimos que trepar el muro. La puerta estaba cerrada, lo intentamos por la puerta del jardín, fue cuando la vimos con el cristal destrozado.

Virginia observó los cristales, las salpicaduras y las huellas de bota ensangrentadas.

—De acuerdo compañero, buen trabajo.

—Gracias.

Subieron las escaleras hasta el dormitorio principal. El técnico ya estaba examinando a la víctima.

—¿Quién es? —cuestionó Virginia.

—María Ruiz Salazar. La llamada de emergencia la hizo ella, según el registro de las Luego la vecina llamó a las 6:30. Vio a un hombre saltar el muro trasero y huir.

—¿Hora y causa de la muerte?

—Entre las cinco y las seis de la mañana. Tiene un disparo en la nuca. El oficio es el mismo que el de las anteriores víctimas, realizado con el mismo revolver. Tiene piel debajo de las uñas y unos arañazos por la cara y el cuello.

—Por la descripción de la vecina y el arma empleada, fue él. La víctima está mirando al pasillo, unido a los arañazos, peleó con él y al intentar huir, la disparó. ¿Extrajo el proyectil?

—No parece haber sido manipulado.

—Tampoco tiene dibujo en el pecho.

—No.

—¿Huellas? —preguntó Miri.

—Tenemos tres pipos, analizaré y cotejaré. Las plantares coinciden con las de las anterior víctimas.

—No hay ninguna duda —continuó Virginia—. Se trata de Miguel Ruiz. Reconstruyamos la escena. Son las cinco de la mañana. A esa hora y dado que la cama está deshecha, la víctima dormía. Escucha un ruido en la planta baja. Quizás se asomó por el hueco de la escalera y lo vio. Se asusta, coge el teléfono móvil, a su hija y se esconden en el armario. Da el aviso pero el asesino la sorprende. Abre la puerta del armario y la víctima, para defenderse ella y a su hija, se abalanza sobre él. Hay un forcejeó, la víctima intenta

escapar pero este le dispara. Mi pregunta es, ¿cuál es el motivo de disparar a esta mujer? ¿Alguna hipótesis?

—Estaría huyendo de alguien —alegó Miri.

—Exacto. Después de que lo perdiéramos, estuvo dando tumbos, vagabundeando por la calles. En una de estas, se asustó de alguien y quiso esconderse de él.

—¿Pero de quién? —interrumpió Miri.

—¿De quién va a ser? De nosotros, de la policía. Vería un coche patrulla y como digo, se asustó. Entro en el primer chalé que vio, intento entrar por la puerta principal, y al ver que no abría, reventó el cristal de la puerta trasera. Lo mismo que la víctima lo escuchó a él, él la escuchó a ella. Asesinarla no estaba en sus planes, esto fue algo improvisado.

—¿Dónde puede estar?

—Tenemos vigilancia en el aeropuerto —espetó el jefe superior—. Estaciones de trenes, autobuses y controles de carretera. Hemos dado el aviso tanto a la Guardia Civil, como a policía municipal. No creo que vaya muy lejos.

—De ir algún lado, irá donde su hermana. Seguid examinando —añadió Virginia.

—Por cierto —continuó el técnico—. Ya tengo los resultados del abrigo que trajisteis. Tiene resto de sangre y pólvora.

—Perfecto, jefe, necesitaríamos pinchar los teléfonos de la hermana.

—No creo que la jueza ponga ningún impedimento.

Hablaron con la jueza para solicitar la intervención de los teléfonos. Tanto el de la hermana como el del marido. No hubo objeciones. A las cinco y media de la tarde, con una firma rápida y una mirada cansada, la jueza autorizó la orden.

A esa hora, la furgoneta gris seguía apostada en la misma calle, a pocos metros del portal. Dentro, los agentes Marcos San Juan y Diego Reyes. Turno eterno. El aire viciado de la parte trasera, la radio en susurros, los cafés fríos, los párpados pesados.

Según su informe, Miguel Ruiz no se había presentado en todo el día. Tampoco la hermana había salido del domicilio. Desde fuera, todo parecía dormido.

A las siete, Virginia y Miri tomaron el relevo. Entraron en la furgoneta, repasaron el parte, se acomodaron entre cables, pantallas y auriculares.

El tiempo empezó a pasar despacio. Durante las primeras dos horas, todo se mantuvo tranquilo.

A las 19:24, el teléfono de la hermana sonó.

La Primera llamada: una mujer identificada como Rosa. Hablaron cinco minutos. Tema: los niños. Quién iba a recogerlos mañana, si llevaban abrigo, si habían comido bien. Nada sospechoso. Nada útil.

A las 19:52, una segunda llamada. Se traba de Loli, la cuñada y hermana del marido. La voz sonaba genuina, despreocupada. Intercambiaron frases cortas, familiares. Todo dentro de lo normal.

Pero Virginia no se fiaba de lo normal. A veces, lo más peligroso se disfraza de rutina.

A las diez en punto, la lluvia comenzó a caer. Fina, persistente, de esa que empapa sin hacer ruido. El parabrisas de la furgoneta era un lienzo de gotas, y dentro, las inspectoras estaban en silencio. La espera se había vuelto rutina. Hasta que el teléfono sonó.

La hermana recibió una llamada con número oculto.

Virginia se incorporó de golpe, ajustando el volumen del auricular.

—Es él —murmuró Miri.

Nadie lo dijo, pero ambas lo pensaron. Al otro lado, una voz de hombre. Grave. Lejana. Sin nombre.

La hermana no preguntó quién era. Guardó silencio unos segundos, como si ya supiera. Como si lo hubiera estado esperando.

—Soy yo, ¿puedes hablar?

17

—Dani está en el salón y los niños están acostados. La policía estuvo en casa.

—Lo suponía… ¿qué les has dicho?

—Te buscan por el asesinato de varias personas, dime que no has sido tú Miguel…

—Eso ya no imparta, necesito tu ayuda.

—Dime que no has sido tú…

Comenzó a gimotear.

—Deja de llorar y escúchame, no hay tiempo, posiblemente tengan los teléfonos pinchados, necesito ropa y dinero. Tengo que huir del país.

—¿Qué quieres que haga?

—En una hora, trae lo que te pido a donde obtuve mi primer trabajo, ¿te acuerdas?

—Sí, pero ¿cómo voy a salir ahora? ¿Qué le digo a Dani? Se va a mosquear.

—Me da igual que se cabree, ponle cualquier excusa. Que te ha llamado una amiga y tienes que salir.

—Si se entera de que te estoy ayudando, me mata.

—No puedo perder más tiempo, me está buscando toda la policía, necesito huir de aquí como sea. Te espero en una hora, cuando entres silba, así sabré que eres tú. Espero que no falles a tu hermano.

Colgó.

La lluvia seguía cayendo, fina como un secreto mal contado. Dentro de la furgoneta, el aire estaba cargado. Solo se escuchaban los limpiaparabrisas arrastrando el agua con desgana.

Treinta minutos después, la hermana salió. Llevaba una bolsa de deporte en la mano. Oscura, sin logotipo. Liviana, pero no vacía.

Caminaba con nervios. No corría, pero sus pasos eran cortos y rápidos. La cabeza giraba cada pocos metros. Miraba a izquierda, a

derecha. No buscaba a nadie en concreto, solo ojos. Ojos que la reconocieran. O que la siguieran.

Llegó hasta su coche, un modelo discreto, aparcado tres casas más abajo. Abrió el maletero. Colocó la bolsa con cuidado, como si lo que hubiera dentro pudiera romperse o explotar.

Luego subió al asiento del conductor. Pero no arrancó de inmediato, respiró hondo y miró por el retrovisor.

—Va a ser muy cantoso ir con la furgoneta —expresó Miri.

—Cierto, vayamos en el coche.

Con Miri conduciendo el coche de Virginia, siguieron a la hermana.

—No te acerques mucho, sabe quiénes somos, así que intenta guardar distancia —añadió Virginia.

Tardaron veinte minutos en llegar a una antigua fábrica de cajas de cartón a las afueras. Dado su estado lamentable de oxido, cristales rotos y con un tejado a medio hundir, se hallaba cerrada desde hacía años. El lugar idóneo para alguien que no quiere ser encontrado.

La hermana estacionó justo en la entrada. Apagó los faros y dejó que el motor se enfriara. Miri aparcó en la esquina, donde la sombra de un árbol y la lluvia hacían su parte.

Pasados dos minutos, la mujer bajó del coche. Abrió el maletero, sacó la bolsa de deporte y cerró con sigilo. Miró en derredor y nerviosa, caminó hacia la entrada de aquella destartalada fábrica de cartones.

Sus pasos resonaron en el charco de la entrada. Luego se la tragó la oscuridad.

—Vamos —dijo Virginia.

Salieron de la furgoneta sin encender luces. Armas en la chaqueta, linterna lista pero apagada. Cruzaron la calle y entraron en silencio, con el mismo sigilo que se entra en una iglesia profanada. Dentro, el aire olía a humedad y abandono. La fábrica estaba vacía de máquinas, pero llena de ecos. Las siguieron unos metros. La hermana ya no iba sola sin embargo, aun no lo sabía. Cada paso era un golpe seco.

—¿Pido refuerzos? —preguntó Miri.

—Hazlo.

Se apartó de Virginia, sacó el móvil y llamó pidiendo refuerzos. La hermana continuó caminando hasta el centro. Allí se paró. Tal y como dijo su hermano, silbó.

En menos de un minuto una sombra emergió de una columna.

—Llegas tarde… ya pensé que no venías, y que me ibas a dejar tirado.

Se dieron un abrazo.

—No tengo mucho tiempo —alegó la hermana.

—¿Tu marido sabe algo?

—No, se fue a dormir. Le dije que me quedaba un rato más viendo la tele, como se despierte y no me vea, se va a poner muy nervioso —Agachó la cabeza—. ¿Qué estoy haciendo?

—Mírame.

Esta lo miró.

—Estás ayudando a tu hermano.

—¡A un asesino! ¿Por qué lo hiciste?

—Olvídate de eso, ya no importa.

—Sí, sí importa Miguel, me estás haciendo cómplice.

—¿Y qué quieres, qué me entregue? ¿Quieres qué pase lo que me queda de vida encerrado? ¿Eso es lo qué quieres para tu hermano?

—Lo que quiero es que todo fuese mentira.

Miguel quedó en el más absoluto silencio. Ya no había marcha atrás. Las almas de las víctimas giraban a su alrededor como peonzas, susurrando una y otra vez: Asesino.

—¿Y tú sobrina? ¿Qué va a pensar ella?

—Todavía es muy pequeña, ya lo entenderá.

—No hay nada que entender.

Hubo un silencio.

—¿Me has traído lo que te pedí? —cuestionó Miguel.

—Toma —Le entregó la bolsa—. Un par de pantalones y camisas de Dani, es lo único que he podido conseguir.

Entre tanto conversaban, Miri se acercó a Virginia.

—En un minuto está aquí —susurró Miri.

—¿Y de dinero? —continuó Miguel.

Se lo dio.

—Doscientos euros, lo que tenía en casa para hacer la compra.

—No es mucho pero servirá para largarme.

—¿Qué vas hacer? ¿Adónde vas a ir?

—De momento no sé, quiero que saques todo el dinero de mi cuenta y una vez que esté instalado, me lo mandas.

—¿Pero adónde? Te están buscando.

—Lo sé, tengo un conocido que me puede sacar un pasaporte y DNI falsos, empezaré una nueva vida, quizás en la playa.

—En eso estoy de acuerdo, vas a empezar una nueva vida, pero no será en la playa—mencionó Virginia.

Ambas inspectoras salieron de su escondite con la rapidez de un conejo, y la precisión de un halcón. Desenfundaron la reglamentaria al unísono y lo apuntaron.

Miguel Ruiz levantó la vista. Estaba de espaldas a la entrada, revisando el contenido de la bolsa bajo la tenue luz de una lámpara portátil. Al girarse, no levantó las manos ni corrió. No dijo nada.

Solo miró a su hermana. Y esa mirada bastó.

Jamás lo vio con aquella mirada. Ni siquiera de niño, cuando le rompieron la bicicleta. Ni de adolescente, cuando volvía a casa oliendo a cerveza. Miguel no pestañeó. Tenía los ojos vacíos y la mandíbula tensa, como si contuviera algo que quería salir desde muy adentro. Y lo que le contenía dentro, lo expresó.

—Pedazo de puta, ¿has vendido a tu hermano?

Seguido, lo expresó con hechos. Le pegó una bofetada.

—No sabía nada, te lo juro…

—¡Mentira!

Le intentó pegar otra sin embargo, Miri se abalanzó. Miguel Ruiz fue más rápido y la encañó con el revólver.

—Niña, no des un paso más. Solo me quedan una bala, y es para ti si te acercas, no quiero hacerte un agujero en esa preciosa cara.

Miri frenó sus pasos. No había que tentar a la suerte, y menos si no está de tu lado.

—Escucha, aquí nadie ha vendido a nadie, tu hermana no sabía que la estábamos siguiendo.

Miguel no la creyó. Dejó de encañonar a Miri. Agarró a su hermana y la apuntó en la sien.

—Ahora me voy a ir, no quiero tonterías.

—Miguel, ¿qué estás haciendo? ¿A tu propia hermana?

—Eres mi moneda de cambio para salir de aquí, no voy a dejar que me enchironen, lo siento.

Retrocedió unos pasos bajo el cañón de las reglamentarias de las inspectoras. La sirenas de los patrullas comenzaron a cercar el edificio. La caballería había llegado.

—¿Escuchas eso? —cuestionó Virginia a Miguel—. Hay dos opciones, venirte con nosotras, o salir con los pies por delante. Estás rodeado.

—Es un farol…

—No es ningún farol, no en este caso. Mira allí —Señaló un tramo del techo. Ambos vieron a un GEO en posición—. Como él, hay más.

La indecisión corroía el cuerpo de Miguel Ruiz. Estaba en una encrucijada, entre la espada y la pared. Pensó en entregarse sin embargo, ese sería el peor final que podía tener un funcionario acusado de cuatro asesinatos. La mano que sostenía el revólver, temblaba como un flan.

—¡Pues salgo muerto! ¡Y a ella me la llevo conmigo!

Se empezó a poner más nervioso.

—¿De verdad quieres eso para tu hermana? Mírala, está muerta de miedo. Piensa en ella, piensa en tu sobrina, ¿sabes? Cuando estuvimos en casa de tu hermana, la vimos. Es una monada. Karina se llama, ¿no?

—Sí… —mencionó con una voz ahogada. Virginia estaba tocando su fibra, la fibra que todos tenemos.

—Suéltala y baja el arma. Esto ha terminado.

—Prefiero morir que ir a la cárcel, no sabes cómo me iban a tratar por ser un «guindilla.» No duraría ni un minuto.

Miri se fue acercando hasta él.

—¡No te acerques o disparo! —exclamó apuntando a Miri.

—Vamos a tranquilizarlos, Miri, no te acerques más.

—Quiero una furgoneta para salir de aquí —dijo Miguel volvió apuntar a su hermana.

—No voy a traerte ninguna furgoneta, te dije que esto acaba aquí. No hagas que te disparemos.

—Tienes razón, aquí termina.

Apartó el arma de su hermana, y se encañonó en la sien. Dos disparos se escucharon.

Seguido, hubo un silencio sepulcral.

18

La caballería llegó justo después de los disparos. Botas retumbando en la nave vacía, gritos secos, armas listas. El jefe del equipo GEOS fue el primero en entrar. Lo primero que vio fue a Miri, de rodillas, abrazando a la hermana como si con eso pudiera consolarla. A continuación, la mirada del GEO se deslizó hasta Virginia. La inspectora jefe tenía a Miguel Ruiz reducido contra el suelo, la rodilla hundida en su espalda. Ninguno dijo una palabra, ya no hacía falta.

Todo había acabado.

Antes de que apretara el gatillo, Virginia se lanzó sobre él. Le sujetó el brazo justo a tiempo, desviando el cañón hacia el techo. Los disparos estallaron en el vacío, rompiendo el silencio como un latigazo. Forcejearon durante unos segundos eternos, dos cuerpos al límite, jadeando, resbalando en su propia desesperación. Virginia no dudó, le metió la rodilla en la entrepierna con la fuerza justa para derribarlo. Miguel cayó con un quejido ahogado. El arma voló.

A los pocos segundos, estaba en el suelo, esposado y sin dignidad. Miri dejó de consolar a la hermana. Sin mediar palabra, sacó los grilletes y se los puso con la firmeza de quien ya ha llorado todo lo que tenía que llorar.

—Miri, no hace falta que la esposas, pero se viene con nosotras.

Llevaron a la hermana a jefatura sin perder un minuto. Aunque el cuerpo les pedía descanso, Virginia y Miri no estaban dispuestas a esperar. Sabían que, en caliente, era cuando salen las verdades.

La hermana iba sentada en la parte trasera del coche patrulla, esposada, con la mirada clavada en algún punto muerto entre sus zapatos y el suelo. No escupió palabra en todo el trayecto. Solo lloraba en silencio, con el rostro encogido por la culpa o por el miedo, o por ambos.

Ya en la sala de interrogatorios, la dejaron sentada frente a la mesa. Miri cerró la puerta tras de sí y salió. Virginia la observaba desde el otro lado del cristal, cruzada de brazos. La noche aún no

había terminado. Y las respuestas tampoco. Ambas respiraron hondo y entraron Virginia se sentó. Miri quedó de pie.

—¿Estoy detenida?

—Si lo estuvieras, no estaríamos hablando a la una de la madrugada. Lo habríamos dejado para mañana y pasarías la noche en el calabozo —afirmó la inspectora jefe.

—¿Puedo llamar a mi marido?

—Ya le hemos avisado. Dejó a tu hija con una vecina y viene de camino.

—Habrá alucinado.

—Bastante. Además de nervioso.

—¿Qué me va a pasar?

—Hiciste lo que, para ti, era correcto. Es tu hermano. Pero se te puede acusar de encubrimiento.

—Yo no sabía que había matado a nadie, se lo juro.

—Cuando fuimos a verte, te había llamado. ¿Seguro que no te dijo lo que había hecho?

—No. Solo me contó que lo estaban buscando. Les dije la verdad. Si llego a saber esto, jamás le habría ayudado. Créanme.

—Nosotras te dijimos lo que había hecho.

—No les quise creer.

—Pero al final lo hiciste. Le llevaste ropa y dinero para que huyera.

—¿Qué quería que hiciera? Es mi hermano, no podía dejarlo en la calle. ¿Usted qué habría hecho?

—Lo mismo. Pero no seremos nosotros quienes decidan si vas a la cárcel o a casa. ¿Solo habló dos veces contigo?

—Sí. La primera, cuando vinieron ustedes. La segunda, para pedirme ayuda.

—¿Pensaba qué sería capaza de hacer esto?

—No, siempre ha sido solitario y un chico influenciable, en el colegio se metían con él por su forma de hablar, pero de ahí a asesinar…

Un agente llamó a la puerta.

—Pasa.

Entró y se acercó a Virginia para susurrarle algo al oído.

—Ahora volvemos —expresó levantándose.

Ambas inspectoras salieron al pasillo. La jueza y el jefe superior esperaban.

—¿Cómo lo ve, inspectora jefe?

—Está asustada, hizo lo que hubiera hecho cualquier hermano.

—¿Debería presentar cargos?

—Si le soy sincera, por mí no, bastante tiene encima. También nos llevó hasta él, dejemos eso como un punto a su favor.

—Acaba de llegar el marido —expresó el agente.

—Inspectora, usted decide —alegó la jueza.

—Miri, ¿tú qué opinas?

La observó a través del cristal. La vio tan frágil allí, llorando, con los codos apoyados en la mesa, que sintió cómo algo se le encogía por dentro. Ahora solo quedaba una hermana y una madre rota.

—Que se vaya a casa.

—De acuerdo —expresó la jueza.

Virginia volvió a entrar en la sala.

—Tengo buenas noticas, puedes irte. Su marido la espera en la sala.

—¿En serio?

A Virginia se le encogió el corazón.

—Sí, no se presentarán cargos contra usted. Vaya a casa con su familia.

—Gracias de corazón.

19

La tarde siguiente, dejaron a Miguel Ruiz cocerse a fuego lento, y en su propio silencio. Cuantas más horas pasaban en el calabozo, más peso tenían los remordimientos… o el miedo. A las siete en punto, lo subieron a interrogatorios.

Miguel caminaba despacio, las esposas marcándole las muñecas y la mirada perdida en algún rincón de su cabeza. No había dicho una palabra desde su detención. Los agentes lo escoltaron por el pasillo como si arrastraran a un muerto que todavía respiraba.

En la sala lo esperaba Virginia, sentada, seria, los dedos entrelazados sobre la mesa. Miri, de pie junto a la pared, lo observaba como quien vigila a una bomba sin desactivar. Había llegado el momento de escuchar su versión. Si es que tenía una.

—Bueno, bueno, bueno… La que has liado, Miguelito.

—¿Y mi hermana? ¿Qué habéis hecho con ella?

—Mejor preocúpate por lo que va a pasar contigo. ¿Por qué los mataste?

—No sé de qué me habla.

—Tengo pruebas de sobra para que pases una buena temporada en la cárcel. Y, como tú mismo dijiste, ya sabes lo que les hacen a los «guindillas» como tú en el talego. Más te vale colaborar.

—Primero dime qué ha sido de mi hermana.

Virginia echó un vistazo a su reloj de pulsera.

—Son las siete y cuarto. Supongo que ahora mismo estará con su marido y tu sobrina.

—¿Está libre?

—Como un pajarito.

Resopló de alivio.

—Menos mal.

—Pues sí, sino más peso sobre tu conciencia. Ahora dime, ¿qué te hicieron las víctimas para hacer esa salvajada?

—No me hicieron nada, solo tenía que hacerlo.

—¿Por qué?

—Había que seguir la obra de Ramón.

—No me digas que tú eres otro fanático del enfermo ese.

Quedó callado.

—Di, ¿eres otro seguidor de ese enfermo?

—Más o menos.

—Habla claro.

Miguel alzó la vista por primera vez desde que entró. La voz le salió ronca, como si le costara empujar las palabras fuera de la garganta.

—Es mi hermanastro.

Las palabras quedaron flotando en el aire, pesadas, frías, inesperadas.

Virginia frunció el ceño. Miri, que se mantenía apoyada contra la pared, se enderezó como si acabaran de despertarla de un golpe. Ninguna dijo nada al principio. Solo se miraron, sorprendidas. Aquella pieza no encajaba en el puzle. O tal vez sí… pero en uno mucho más retorcido de lo que habían imaginado.

—¿Cómo tu hermanastro? Explícanos eso.

—Hace cinco años, en el lecho de muerte de mi padre, me confesó que tenía un hermano. Mi padre era un putero y un alcohólico. En una de sus salidas nocturnas, conoció a la madre de Ramón, y me tuvieron a mí.

—Te dijo quién era tu hermano, ¿o lo descubriste tú?

—Fui yo quien empecé a investigar a raíz de la muerte de mi padre. Mi padre solo le vio dos veces en su vida, una de crio, y otra de mayor. En esa última visita, se hicieron varias fotos juntos, supongo que para el recuerdo. Yo encontré esa foto, pero no supe quien era el chico que estaba junto a mi padre hasta que lo detuvieron por los crímenes y la prensa sacó una foto parecida a esa. ¿Me da un poco de agua?

Virginia vertió agua en el vaso y se lo entregó.

—Continúa.

—Cuando lo detuvieron, yo ya era funcionario en la prisión de Navalcarnero. A los seis meses pedí el traslado a Soto del Real.

—¿Él sabía de ti?

—No. Su madre nunca llegó a decirle nada. Para Ramón, mi padre era su «tío».

—¿Cómo fue ese primer contacto con él?

—Conectamos rápidamente, como si nos conociéramos de toda la vida, como si realmente fuéramos hermanos. No le conté que éramos hermanastros hasta pasados varios meses.

—¿Cómo se lo tomó?

—No se lo creyó, se pensaba que lo estaba engañando y me mandó a la mierda. Entonces le enseñé la foto que encontré en mi casa.

—¿Cuándo decidisteis matar?

—Al mes de contarle que éramos hermanastros.

—¿Pero por qué? ¿Qué te llevó hacerlo?

—Me identifiqué con él, ambos éramos personas solitarias y que habíamos sufrido acoso de pequeños.

—¿Qué tiene qué ver el sospechoso con esto?

—Era nuestra cabeza de turco, el hombre perfecto para ejecutar su plan. De todos con quien se escribía, él era el más fanático. Se empezó a ganar su confianza, cuando llegó el momento, le preguntó si haría cualquier cosa por él, este acepto.

—Desviasteis toda la atención a ese pobre hombre. Y en esa prueba de fe, le pedisteis que se cortase el dedo para poder plantar su huella en los cuerpos.

—Exacto.

—¿Por qué Hafid?

—No sé quién es ese.

—El portero de la calle Segovia.

—En las cartas que se mandaban, le escribió que salía mucho por esa zona, y que un vez discutió con un moro que era el portero del edificio, como queríamos que todas las pruebas recayeran sobre él, empezamos por ese hombre, sabíamos que ustedes lo acabarían averiguando.

—¿Y las chicas?

—Decidimos que fuese en la otra punta de Madrid, las chicas solo pasaban por allí…

—Vamos con la mujer el chalet, aquello no fue planeado, ¿verdad?

—Después de vuestra visita, estuve escondido. Ya sabía que era el sospechoso principal y que toda la policía me estaría buscando. Vi un par de coches de policía y me asusté, pensé que me estaba siguiendo, por eso me metí en el primer chalet que pude. Pensé que no había nadie.

—Pero sí habían una mujer con su hija, ambas dormían en el piso de arriba.

—Yo no quería matarla, lo juro, se me fue de las manos. Solo quería un sitio donde pasar la noche o el tiempo que fuese necesario. Escuche unos pasos y subí. Estuve registrando la habitación de la niña y no la encontré.

—¿Por qué no te fuiste en ese momento? Sabiendo que sí vivía gente en el chalet.

—Porque me estaban buscando.

—Continua.

—Entré en el dormitorio principal, escuche una respiración en el armario, abría la puerta y ella me ataco para intentar huir. Me puse nervioso y la disparé. Yo no quería se lo juro…

—La asesinaste y huiste, ¿qué hiciste después?

—Me escondí en la fábrica donde me han detenido.

—¿Tu hermana sabe lo de tu hermanastro?

—No y por favor, no la digan nada, ella idolatraba a nuestro padre, me gustaría que siguiera siendo así.

—Por nuestra parte no creo que se entere, pero no le puedo decir que no saldrá en los informativos, si quiere un consejo, es mejor que se lo digas tu mismo, que se entere por ti y no por los medios. Con esto tenemos suficiente, agente, llévenselo.

Salieron al pasillo y hablaron con la jueza.

—Ahí lo tiene señoría.

—Caso cerrado —mencionó el jefe superior.

—No, todavía hay una cosa más.

20

Volvieron a la cárcel esa misma noche. La lluvia empezaba a caer con desgana, como si hasta el cielo estuviera agotado.

Pidieron hablar con el interno. El hombre llegó esposado, con el rostro demacrado y la mirada vacía de quien ya ha aprendido a no esperar nada.

—Ustedes otra vez por aquí, ¿qué se les ofrece?

—Habrás notado que estos días, no ha venido tu amigo Miguel.

—¿El funcionario?

—El mismo.

—Ese no es mi amigo, ya le dije que yo no tengo a nadie.

—Es verdad, no es tu amigo, es tu hermanastro.

Quedó callado.

—¿Te ha comido la lengua el gato? ¿O pensabas que no nos íbamos a enterar?

—No sé de qué hablan, ahora si me disculpan. Quiero regresar a mi celda —le mencionó al funcionario.

—Eso lo decido yo —dijo Virginia sin apartar la vista de él—. Y te adelanto algo, vamos a estar aquí un buen rato más.

Se inclinó ligeramente hacia delante, con la voz más baja y cortante.

—Sabemos que tú fuiste el que movió los hilos. Tu hermanastro solo apretó el gatillo. Lo hemos detenido. Y ha cantado todo. Hasta el último maldito detalle.

El interno tragó saliva. Virginia sonrió sin alegría.

—Dentro de poco lo tendrás de compañero de celda. Ahora podéis recuperar el tiempo perdido. El comité judicial ya tiene lo necesario para agravar tu condena. Así que ve despidiéndote de cualquier esperanza de salir de aquí.

Hizo una pausa, lo miró con desdén y luego asintió hacia el funcionario.

—Ahora sí. Llévatelo. Quítamelo de la vista. Espero no tener que volver a ver tu cara.

Salieron de la cárcel sin prisa. El aire fresco de la noche les golpeó la cara como una caricia áspera. Había algo distinto en el ambiente. Tal vez era solo el peso que se quitaban de encima.

Subieron al coche en silencio. Las luces de las farolas de Soto Real proyectaban dibujos amargos en el asfalto mojado. Por primera vez en días, compartieron una sonrisa sin tensión.

—Me debes una cerveza —dijo Virginia, con media sonrisa cansada.

Miri encendió el motor y miró al frente, los ojos brillando bajo el resplandor del salpicadero.

—Hace buena noche para tomarla —respondió.

Y arrancaron. Sin sirenas. Sin prisas. A su vez que Miri conducía, la inspectora jefe observó al cielo de Madrid el cual no dormía, solo fingía hacerlo.

Puedes seguirme en Amazon: